



Lemir 17 (2013) - Textos:: 449-590

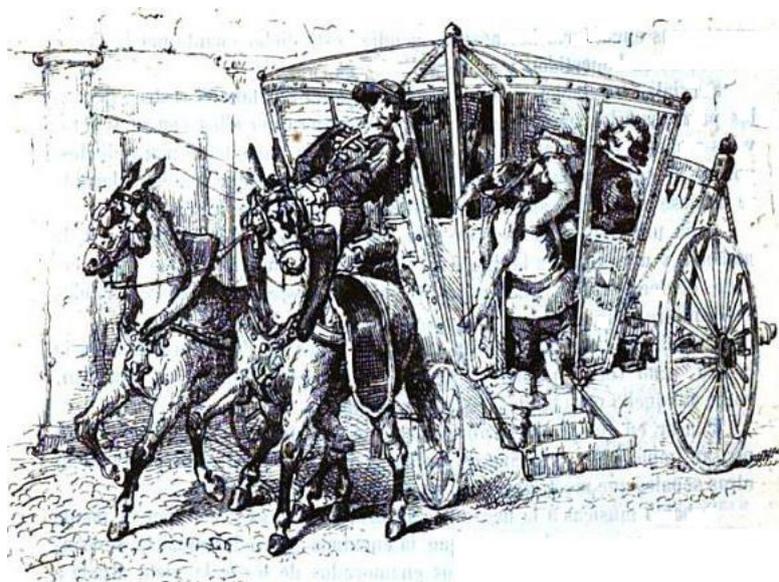
ISSN: 1579-735X

---

FRANCISCO SANTOS

---

# LOS GIGANTONES EN MADRID POR DEFUERA



---

Texto preparado por ENRIQUE SUÁREZ FIGAREDO

## A D V E R T E N C I A

**E**STA edición digital de *Los gigantes en Madrid por defuera*, de Francisco Santos (1623-98), sigue el texto de su *editio princeps*, estampada por Pablo del Val en la Villa y Corte en 1666.

Dice Fray Pedro Mexía en su censura: «En leyendo lo elegante, lo entretenido, lo conceptuoso, dirán... *Esta obra es de Francisco Santos*». Bien pudo el censor incluir «lo repetitivo», o cuando menos «el asunto que trata», porque estos *Gigantones en Madrid* nada añaden a la bibliografía del autor de *Las tarascas de Madrid* (1664) y *Día y noche de Madrid* (1663).

— o O o —

A un par de leguas de Madrid, Manzanares arriba, de aires saludables y riqueza cinegética, el Monte del Pardo era *Real Sitio* desde que Enrique III de Castilla se hizo construir una pequeña casa de campo (luego sustituida por el suntuoso palacio levantado por Carlos V), y la realeza española siempre gustó de pasar temporadas en el lugar. Felipe III encargó la espléndida imagen de Cristo yacente al escultor vallisoletano Gregorio Fernández («El cuerpo lo hice yo, mas la cabeza la hizo el mismo Dios») para conmemorar el nacimiento de su primogénito el Viernes Santo de 1605. El Rey la llevó consigo a Madrid cuando regresó allí la Corte y en 1615 la donó al recién construido convento de Capuchinos del Pardo (situado en un alto a 1 km al O. del actual pueblo). Colocada en la pequeña iglesia conventual, dedicada a Ntra. Sra. de los Ángeles, fue retirada de su capilla y escondida durante la invasión francesa y la Guerra Civil española. En octubre de 1939 fue llevada con todo aparato desde Madrid a su antigua capilla (cuyo acondicionamiento se dice costeó el General Franco).

E. S. F.  
esuarezfi@telefonica.net  
Barcelona, 2010

Portada: asesinato de don Juan de Tarsis, Conde de Villamediana  
(*El Alcázar de Madrid, leyendas históricas*, 1857).

## Erratas corregidas sin dejar nota

Dso. y pág.		En el original	En esta edición
Prels.	III-r	Cum autem crevisse verba & fructum fecisset tùm apparuerunt ciçannia	... crevisset herba et fecisset fructum, tunc ... et zizania
Prels.	IV-r	es de Francisco de Santos	Francisco Santos
Tabla	VI-v	Bulla del sitio de Pardo	del
I	4	la que miras ... es la Verded	Verdad
I	5	el viento respitava ambar	respiraba
I	8	pocos vivientes ha que avido	ha habido que
I	11	El otro, un desesperadado	desesperado
I	11	parece que llevavan consigo	llevan
I	13	yo espero es Dios	en
I	13	Vandalo, Rey de Persa	Persia
II	21	son causa que Dios nos desquicie los Soberanos Globos, y destruiã los malos	no ... destruya
II	22	que te daziamos	decíamos
II	23	peraçosa sobremanera	perezosa
II	24	; poro de qualquiera manera	. Pero
II	25	las dor criadas que tenia	dos
II	25	tampoco se le daba	tan poco
II	26	tiene cola, y el manto caleta	coleta
II	28	sus vozinglerías, y chrismes	chismes
III	31	Pue ya hemlos ... parar de las mugeres	hemos ... hablar
III	32	siguifica amargura	significa
III	33	de aquil saco yo	aquí
III	34	dençentro de su boca	dentro
III	40	rellenar el vientte	vientre
III	41	han de pessar hoy	pasar
III	44	bassò a sosegarlos	pasó
IV	49	Fulana, y Cutana	Zutana
IV	51	à solo hablarle de venido	he
IV	53	los mundanos luxiriosos	lujuriosos
IV	54	cornejas naturalas	naturales
IV	54	Valeriano Pieyro	Pierio
V	64	Seguianle siete Gigantillas	cinco
V	66	no te aceba la vida	acaba
V	67	O mal hombee ;	hombre
V	67	pues por su gnsto	gusto
V	69	Rencor, Pusilenimidad	Pusilanimidad
V	73	llegarse a las criarutas	criaturas
VI	79	De todo esso se libraràn	libraran
VI	80	las mangas y el talahi	tahalí
VI	81	que por la reñia su madre	por qué
VI	84	preguntaba a romo valia	cómo
VI	84	habian eocido las suyas	cocido
VI	85	por no gastar el aforo	aforro
VI	85	dexaranlas encomendas	encomendadas

VII	94	el temor del <i>eseuchar</i>	escuchar
VII	94	Murmuración, <i>Destrección</i>	Detracción
VII	97	el <i>encuentro</i> de la lanza	cuento
VII	100	<i>Hizinio</i> dice	Higinio
VII	102	las ocho <i>Gigentillas</i>	gigantillas
VII	104	encendido en fieras <i>llames</i>	llamas
VII	106	monstruo de la sierra <i>Delicia</i>	de Licia
VII	109	pues obraron <i>sodornados</i>	sobornados
VII	111	<i>fue</i> en la segunda eleccion	le fue
VIII	113	<i>misericordia</i> de Dios	misericordia
VIII	114	<i>enterar</i> el cuerpo	enterrar
VIII	114	el gran Rey <i>Datio</i>	Darío
VIII	117	<i>cuydada</i> de dos elefantes	cuidaba
VIII	117	que <i>quiesiere</i> oir	quisiere
VIII	118	por vidas, y <i>rmeiegos</i>	reniegos
VIII	118	por los <i>ajugeros</i>	agujeros
VIII	121	guardavan la <i>mese</i>	mesa
VIII	122	<i>pespedido</i> con ira	despedido
VIII	123	(replicò el <i>Desengañ</i> ?)	Desengaño
VIII	124	comprar una <i>esportilia</i>	esportilla
VIII	124	los que piden <i>limona</i>	limosna
VIII	126	<i>encuenta</i> muchas mançanas	encuentra
IX	130	Y el mismo <i>Aliano</i>	Eliano
IX	132	no <i>enturbo</i> el agua	enturbio
IX	135	al <i>aparse</i> descubrieron	aparse
IX	141	si acaso està <i>promta</i>	prompta
IX	141	<i>sasacar</i> tal moralidad	sacar
IX	145	145 Y <i>respondieroel</i>	respondieronle
X	149	el <i>veton</i> de vidrio	botón
X	151	<i>tratado</i> de casar	tratando
X	163	la <i>neecessidad</i> de casarse	necesidad
XI	165	escupir, y <i>gargegear</i>	gargajear
XI	168	<i>Leer</i> à Ovidio	Leyera
XI	174	no se <i>atreva</i> à hablar	atrevan
XI	175	las <i>Cigaras</i> , <i>Codornizes</i>	cigarras
XI	175	guardar secreto <i>el</i> señor	al
XII	183	dijo el <i>Desengo</i>	Desengaño
XII	183	destruido <i>cierros</i> caudales	ciertos
XII	186	Y Ovidio <i>de</i> su libro	en
XII	187	son, <i>alhajas mugeriles</i>	son: alhaja mujeril es
XII	191	hace <i>tampoco</i> caso	tan poco
XII	193	conociendo que <i>pude</i> peligrar	puede
XII	193	<i>pedreçualas</i> en el pico	pedrezuelas
XII	195	<i>destezrrando</i> de si el pecado	desterrando
XII	195	la <i>embriagme</i> ha causado	embriaguez
XII	195	perdicion, y <i>descredi</i>	descrédito
XIII	198	entre alas de <i>Serafinea</i>	serafines
XIII	199	mostrando por la mañanar	mañana
XIII	199	le llamaban el <i>Gavisan</i>	Gavilán

XIII	202	lo poco <i>dudable</i> en estas flores	durable
XIII	203	<i>lolo</i> es porque blasona	sólo
XIII	206	en que <i>traía</i> la comida	traían
XIII	207	han quedado con <i>caudad</i>	caudal
XIV	209	no sè <i>que</i> me pariese	por qué
XIV	211	la <i>amenaca</i> el dueño	amenazaba
XIV	211	tanta <i>passion</i> como <i>nuestra</i>	muestra
XIV	216	con tantas <i>sortija</i>	sortijas
XIV	216	<i>melos</i> de tanto	menos
XIV	218	<i>buelen</i> su apetito	huelen
XIV	219	<i>la</i> avia dado su padre	le
XV	223	<i>Pualo Jaometra</i> Florentino	Paulo, geómetra
XV	223	pues <i>tampoco</i> los aprovecha	tan poco
XV	226	mas <i>asplendidamente</i>	espléndidamente
XV	234	<i>obesse</i> reprobantur	<i>ne probantur</i>
XV	235	<i>sed post</i> <i>ocasio</i> calcaba est	<i>calvata</i>
XV	236	y si <i>tiene</i> el descuydo	tienen
XVI	238	para llamarle ladron, <i>homitador</i>	o matador
XVI	242	<i>vn avismo</i> en que Iesu Christo	una visión
XVI	249	ausentandose el <i>Aguilla</i>	águila
XVII	253	se <i>procuran</i> entretener	procuraban
XVII	259	<i>estrañò</i> a lo nacido	estraño
XVII	270	que <i>desapassionado</i>	desapasionado
XVIII	273	pues <i>que nonbra</i> mi voz	que te nombra
XVIII	279	ésta en <i>embatgo</i>	embargo
XVIII	282	El corrimiento <i>modura</i>	madura
XVIII	284	porque faltò lo <i>laçano</i>	lozano

LOS GIGANTONES  
EN MADRID  
POR DEFVERA,  
Y PRODIGOSO ENTRETENIDO.

FESTIVA SALIDA  
AL SANTO CRISTO  
DEL PARDO.

DEDICADO  
A IVAN MARTIN VICENTE, FA-  
*miliar del Santo Oficio, y Soldado de la  
Real Guarda de Acavallo de su  
Magestad.*

SV AVTOR FRANCISCO SANTOS,  
natural de Madrid.

CON PRIVILEGIO.

---

EN MADRID : *Por Pablo del Val.*

Año de 1666.

### *Fee de erratas*

**E**STE libro, intitulado *Los gigantones en Madrid por de fuera, etc.*, corresponde y está impreso conforme su original. Madrid, 4 de abril de 1666.

Lic. D. Carlos Murcia  
de la Llana

### *Suma de la tasa*

**T**ASARON los señores del Consejo Real este libro, intitulado *Los gigantones en Madrid por de fuera, etc.*, a cuatro maravedís cada pliego, como más largamente consta de su original, despachado en el oficio de Luis Vázquez de Vargas a 9 de abril de 1666 años.

### *Suma del privilegio*

**T**IENE privilegio Francisco Santos, o quien su poder tuviere, para poder imprimir este libro, intitulado *Los gigantones en Madrid por de fuera, etc.*, como más largamente consta de su original, despachado en el oficio de Luis Vázquez de Vargas.

A JUAN MARTÍN VICENTE,  
Familiar del Santo Oficio de la Suprema y General Inquisición, y  
de la Real Guarda de a caballo  
de su Majestad

**T**ODO el discurso de un pobre se compone de inquietudes. Vacila en su más quieta mansión, zozobrando cuando había de ofrecerse alivios. Así fluctuaba la navegilla de mis esperanzas entre varias imaginaciones, discurriendo la fantasía por la confusa idea si me atrevería a enfadar a vuestra merced segunda vez con mis humildes borriones, cuyos pobres caracteres han ideado la Festiva salida al Santo Cristo del Pardo; y acordándome de mi corta estrella, próspera sólo en haber merecido mi libro del Día y noche de Madrid tal protector, pues con su amparo ha sido tan bien recibido, vuelvo segunda vez a buscar el puerto a que anhelo a pesar de la infernal envidia, sirviéndome de consuelo que el envidioso primero se ceba en sus propias entrañas que en las del vecino; porque todos los vicios nacen de la apariencia o delectación, pero la envidia, de un íntimo tormento y rencor del bien ajeno: a los demás vicios los llega el castigo después de la culpa, pero al envidioso mucho antes.

Saca el búho los ojos al rayo del sol y causa envidia a las demás aves y empiezan a perseguirle; no lo hicieran si se entrara en el olvido y sombras de la noche. Con la igualdad no hay competencia, en creciendo la fortuna de uno crece la envidia del otro; muy semejante a la cizaña, que no acomete a las mieses bajas, sino a las más altas, que llevan fruto: Cum autem crevisset herba et fecisset fructum, tunc apparuerunt et zizania.<sup>1</sup> Y en otra pintura veo que aunque la sombra que produce la tierra llega hasta el primer orbe y obscurece los resplandores de la Luna, no ofende a los planetas más levantados. La soberbia y desprecio a los demás es quien suele fabricar enemistades en la felicidad, incitándola a que la perturbe el odio.

Todo esto a los ojos de los discretos y desinteresados ha vencido vuestra merced con su modestia y llaneza, siguiendo la escuela de Saúl cuando se retiró a su casa así que fue ungido por rey, y, mostrando que no le engrería la dignidad, arrimó el cetro y puso la mano al arado. Admirando en vuestra merced el agrado y modestia, con tanta afabilidad y tan poco desvanecimiento, me atrevo a consagrar a su amparo y protección este libro de Los gigantes en Madrid por defuera y prodigioso entretenido para que goce de las felicidades que el primero, repitiendo el acento de mi voz: Desgájense Zoilos de la lóbrega habitanza de la envidia, y muestren mis merecimientos su corto caudal y mi estrella manifieste lo adverso de su anhelar; que todo no ha de ser parte a que se aparte mi natural inclinación de su amparo, pues a él aspiro. Guarde Dios a vuestra merced como desea y deseo.

Francisco Santos

1.- Mateo, 13, 26. Orig. (p. IIIr): 'Cum autem crevisse verba, & fructum fecisset tùm aparuerunt ciçannia'

## CENSURA DEL REVERENDÍSIMO PADRE FRAY PEDRO MEXÍA,

Lector de Teología jubilado en las Cátedras de Alcalá y Salamanca, Provincial desta Provincia de Castilla y Vicario General que ha sido de España, Examinador Sinodal deste Arzobispado de Toledo y Predicador de su Majestad, de los Mínimos de San Francisco de Paula

**O**BEDIENTE al precepto de vuestra Señoría, he registrado el tercero tomo de Francisco Santos, que es *Los gigantones en Madrid, etc.*, y ha andado tan acertado en los dos que tiene impresos, que, mirando el principio de los discursos deste que se me remite, por lo entretenido ajustado con lo doctrinal, por la variedad de noticias tercera parte de los dos que ha sacado a luz, es de tanta bizarría y elegancia que no es menester mirar el nombre, si no es acordarse de los libros que ha impreso, diciendo con justicia lo que dijo de sí sin ninguna arrogancia Marcial: *Quid titulum poscis? Versus duo tresve legantur, clamabunt omnes te, liber, esse meum.* En leyendo lo elegante, lo entretenido, lo conceptuoso, dirán por lo que tiene escrito: *Esta obra es de Francisco Santos, que no contradice a ningún servicio de entrambas Majestades;* y así, se le puede dar la licencia que pide. Madrid, 29 de agosto de 1665.

*Fray Pedro Mexía*

## LICENCIA DEL ORDINARIO

**N**OS, el Lic. D. García de Velasco, Vicario de esta villa de Madrid y su Partido, etc., por la presente, y por lo que a nos toca, damos licencia para que se pueda imprimir e imprima el libro intitulado *Los gigantones en Madrid por defuera, etc.*, compuesto por Francisco Santos, criado de su Majestad, atento, por la censura de esta otra parte, parece no haber en el cosa contra nuestra santa fe y buenas costumbres. Dada en Madrid, a 1 de setiembre de 1665.

*Lic. D. García de Velasco*

Por su mandado,  
*Juan Álvarez de Llamas, Notario*

CENSURA DEL PADRE DIEGO JACINTO DE  
TÉVAR,  
*Rector del Noviciado de la Compañía de Jesús*

MUY PODEROSO SEÑOR<sup>2</sup>

**P**OR mandado de V. A. he visto un libro a quien su autor, que es Francisco Santos, natural de Madrid y criado del Rey nuestro señor, intitula *Los gigantes en Madrid por defuera y prodigioso entretenido. Festiva salida al Santo Cristo del Pardo*. Yo confieso que cuando leí el título concebí ser esta obra más para divertimento entretenido que para provecho cristiano; pero, habiéndola comenzado a leer, hallé no ser como lo había imaginado; porque aunque el estilo y alegres aprehensiones del autor deleitan por el buen gusto y ingenio que suponen, miradas en su interior médula son una elocuente y viva reprehensión de los vicios, ensalzando a las virtudes y procurando enamorar a ellas. Por lo cual, y porque en nada se opondrá a nuestra santa fe, es digno de la licencia que pide para darle a la estampa. De este Noviciado de la Compañía de Jesús de Madrid, septiembre 28 de 1665.

*Diego Jacinto de Tévar*

2.- Orig.: 'M. P. S.'

DE FÉLIX MANUEL  
FERNÁNDEZ DE ESPINOSA,  
*soldado de la Real Guardia de  
a caballo de su Majestad,*  
AL AUTOR

DÉCIMAS

Goza de inmortalidad,  
Santos, y dente el laurel  
las Musas, por que con él  
se premie tu claridad.  
Tan bien desnuda verdad  
en volumen tan pequeño  
no vi; pero de tal dueño  
diré, a fuerza del destino,  
que pisaste Real camino  
y hallaste Real desempeño.  
Con nuevas admiraciones  
por lo elegante en tus obras  
el crédito sin zozobras  
gozas en aclamaciones.  
Describes los *Gigantones*  
con estilo tan profundo  
que satisfaces al mundo,  
al paso que considero  
el asunto, sin primero,  
y tu pensar, sin segundo.

DE UN AMIGO  
DEL AUTOR

DÉCIMA

¿Quién eres (¡oh peregrino!),  
que a fuer de tu gran desvelo  
para la patria del Cielo  
muestras el mejor camino?  
¿Quién eres, pasmo divino,  
rayo en lo moral profundo?  
¡Respóndeme, sin segundo!  
Mas la Fama dice, en suma:  
*Santos, que tomó la pluma:*  
*nuevo Quevedo en el mundo.*

## TABLA DE LO QUE CONTIENEN

los discursos deste libro de  
*Los gigantones en Madrid por defuera*  
*y prodigioso entretenido*

DISCURSO I .....	465
Camino del Pardo - El Tiempo - La Verdad - Los siete pecados mortales - Las virtudes contrarias a los siete capitales, y su pintura - Danzas de gigantones.	
DISCURSO II .....	471
El coche de culpas - El carro - Tropa de borricos - Gente de a pie - Los muchachos - Comparación de las condiciones de las mujeres - Desigualdad de casados.	
DISCURSO III .....	478
Varia naturaleza de las mujeres - Bulla del sitio del Pardo - Lances notables del sitio.	
DISCURSO IV .....	484
Sucesos en holguras - Del modo que hace el hombre propio el pecado ajeno - Consejos del Demonio - Afeite y galas de las mujeres.	
DISCURSO V .....	491
Estremos de la gula, y sus hijas - Estremos de la ira, y sus hijas - Estremos de la pereza, y sus hijas - Estremos de la soberbia, y sus hijas.	
DISCURSO VI .....	497
Estremos de la avaricia, y sus hijas - El avariento vil - Ejemplo notable.	
DISCURSO VII .....	504
Estremos de la envidia, y sus hijas - El animal tarántola - Palacios de la envidia - Comentación de la envidia - Estremos de la lujuria, y sus hijas - Pinturas de la justicia.	
DISCURSO VIII .....	511
Grandezas del perro - Grandezas de animales - El tonto blasfemo - Proce-sión del mundo - Pintura del erizo.	
DISCURSO IX .....	518
Grandezas y agilidades de los ratones - Antipatía del lobo y la oveja - Cas-tigo a los deshonestos y grandezas de la honestidad - La mandrágora y sus calidades - Comparación del alma pegada al cuerpo - Ejemplo notable de la ambición.	

DISCURSO X .....	525
Medios para atajar la desvergüenza - El hilar de las mujeres - Rencor de suegra y nuera, y sus principios - Habladores tontos - Mujeres notables.	
DISCURSO XI .....	531
Causas de los hijos e igualdad de los casados - Danza notable - Cuento del tesoro.	
DISCURSO XII .....	537
Cosas notables y cuentos gustosos - Habladores malos - Hechos de Cavaón y otros reyes - Moralidades curiosas.	
DISCURSO XIII .....	545
El pez sabalino - El entendido - El bufón - Varias moralidades - Notables comparaciones de la envidia.	
DISCURSO XIV .....	540
Determinación de mujer - Pobre medroso - El agradecido - El casto, y su comparación - Vendedoras de prendas - Comparación del lujurioso.	
DISCURSO XV .....	555
Lo que pasó a Demóstenes con Lais - Discreción del ave pezpita - Vuelta del Pardo - Pintura del avaro - El bufón y sus dichos - Visiones notables.	
DISCURSO XVI .....	561
La vanidad imita a la calabaza - Lloros sin propósito y temores con él - Sucesos varios - Ejemplo de Pedro el Cambiador - Fábula del escarabajo - El trompeta de quien habla Cicerón.	
DISCURSO XVII .....	567
Entretenimiento honesto - Entremés de <i>Otros hay más locos que no nosotros</i> .	
DISCURSO XVIII .....	579
La que pare camino del Pardo - Décimas a la vida del hombre.	

## PRÓLOGO A LOS HIJOS DE CAÍN

**E**A amantes míos! (con razón debo llamaros así, pues habéis recibido mis obras con tanto gusto). Quiero cumplir mi palabra; y si ofrecí *Los gigantones en Madrid por de fuera*, allá van (y mirad que no todos se encierran en el corral de la Villa). Recibid este libro con lo afable, entretenido y piadoso que a los otros, y creed que para pintar la salida al Santo Cristo del Pardo que sobraba en cuatro pliegos de papel, y que para vestir y adornar este libro de historia, ejemplos y moralidades me ha costado algún desvelo. Leed piadosos; y si os pareciere filósofo, moral, historiador, piadoso y ejemplar, creed que son en mí muy grandes los deseos de saber, y que quiero más leer una hora que la mayor fiesta del mundo, y que me ha puesto pleito el sueño por el mal tratamiento que le hago. Quería no ofrecerte más libros, por haberme faltado quietud y comodidad; pero el amor que he cobrado a tu afabilidad me fuerza a ofrecerte el *No importa de España. Política entretenida*. Siempre aspiro a tu cordura, que es el imán que mueve mi voluntad. Vale.

DISCURSO  
PRIMERO  
DE LOS GIGANTONES EN MADRID por  
defuera y prodigioso entretenido

UNA envidiosa noche, que apresuraba el paso por sólo obscurecer la claridad de un hermoso día que, asistido del rubio planeta, lució a porfías de reflejos, viéndose amparada de confusas nubes se animó a coronarse por reina de las tinieblas, con que dio avisos a la caduquez de la vida más descansada, pues cualquiera tiene eclipses que anuncian la noche de su fin. Esta que digo, que, porfiada de nubes, cansada, se redujo a llanto con que humedeció la tierra, recogíendome al sagrado de mi albergue (que en cualquiera honrado albergue halla un hombre sagrado, y sólo es sagrado el que se dedica a Dios, obrando en él cómo se debe; no como el más común uso del mundo, pues ya se estila hacer las casas trojes de culpas, y las más clarín de pecados con la desenfrenada boca de muchos, y otros con demasiada confianza de sus vidas, sin mirar que es una vida cargada de mazas pesadísimas), recogido en el abrigo de mi pobre choza, dando el cansado cuerpo a la tarea común del ensayo del último suspiro, me venció un profundo sueño, que, apoderado de todos los sentidos, me pareció que caminaba unas cuestras arriba, y que, aunque eran agrias, las subía con gusto. Y así que llegue a lo más alto oí grande bulla de instrumentos, como panderos, castañetas y algunas guitarras, acompañadas de desvergonzadas siguidillas de las del uso que publicaban algunas voces trasnochadas, y luego oí ruidos de carro, coches y todo género de animales de rúa, que a más andar caminaban ellos y quien los gobernaba. Confuso y admirado me hallé, sin saber la causa, cuando a mi lado vi un hombre desnudo a quien tapaban sus mismas barbas lo más vergonzoso de su persona, pues tan largas eran que le cubrían la mayor parte del cuerpo. Salían de sus hombros unas alas, aunque pequeñas, tan cortantes como las del águila. Tenía los ojos muy vivos y el rostro pálido y la frente llena de arrugas. Yo que atento le estaba mirando, fue causa que me dijese:

—¿Qué miras? ¿Qué dudas? ¿No me has visto pintado hartas veces? El Tiempo soy, y sólo he venido a ver y a llorar lo mal que me gastan los nacidos creyendo que no los he de faltar. Y se engañan; que en la mejor hora darán fin mis sufrimientos, pues me tienen tal que, cuando reparo en la edad pasada y veo la presente, a mí mismo me desconozco. Y si no fuera por esta hermosa dama que me asiste en algunas ocasiones, ya hubiera perdido el poco juicio que me ha quedado.

Yo que atento le había estado, oyéndole nombrar *dama* volví la vista a la parte que había señalado el Tiempo y hallé una mujer, la más hermosa que vieron ni verán mis ojos: rostro aguileño, ojos rasgados y negros; hermosa, aunque pequeña, la boca; nariz, la que bastaba para hermohear el rostro, muy blanco el color y cabello largo. Llevaba adornado

su cuerpo de ricas y costosísimas telas, tales, que no pude conocer el género, por ser infinitos los visos hermosos que hacían, así en color como en oro y plata que los labraba. Llevaba en la frente una corona de flores; mas no de todas: sólo eran azucenas, alejandrías, maravillas, lirios, alelíes y mirasol, entretejidas con hojas de laurel. Aseguro que fue causa su belleza para que me quedase como suspenso algún rato, hasta que dije:

—¿Quién eres, hermosura del mundo?

A lo que el Tiempo, tirándome del brazo, dijo:

—Ésa es la hermosura del mundo, conocida de pocos, aunque es la que, sin perder parte alguna de su belleza, entra y sale en el Cielo y comunica a Dios; y cuando está en la tierra de ordinario habita con los pobres. Y aunque en casa de muchos ricos acude, va medrosa, porque hay lisonjeros que la procuran deslucir (aunque jamás han podido); y por eso se halla bien con la humildad, que, como no tiene bríos para sustentar zánganos ni alacranes, allí acude descansada. Y porque he reparado que su belleza te tiene absorto, la que miras presente es la Verdad.

—¿Sea muy bien hallada! —respondí—. Pero ¿cómo dicen que la Verdad ha de andar desnuda para ser verdad?

—Engañase quién lo dice —replicó el Tiempo—, porque sola la desnudez que ha de tener ha de ser de la falsedad, del engaño, de la usura y de la hipocresía, que son unas picaronas muy comunes que me gastan las mejores galas que tengo. Y aunque deseo echarlas de mi abrigo, no puedo, porque me fuerzan los vivientes a que las críe y sustente. Y sólo por verme sin su estorbo he madrugado hoy a buscar a la Verdad, que hartó trabajo me cuesta el hallarla.

A esta razón abrió la Verdad la boca para hablar, y verdaderamente creí que llovía perlas el Cielo o que el viento respiraba ámbar o que se deshojaban las flores; y todo era junto, pues sus hermosos dientes, blancos y menudos, sus purpúreos labios y su aliento eran perlas, claveles y ámbar, que con todo ello pronunció:

—Yo hartó deseo hallarme en cuantas partes tiene el mundo; pero, aunque lo procuro, no puedo conseguirlo, porque mi contraria la Mentira tiene cogidos todos los puertos de la naturaleza.

—¿Es posible —dije— que huyan de tu vista y conversación los hombres? O no te han visto jamás o no saben que habitas en el mundo.

—Sí saben —respondió—; pero al verme (que siempre es con la vista turbada y confusa) se acuerdan luego de sus vicios, con que me olvidan y desconocen.

—Sácame de cuidado —la dije—, ya que he tenido dicha en haberte hallado y en poderte hablar, y dime: ¿quién fue tu madre?

—Muchas tengo —me respondió—; pero padre sólo tengo uno. Fueron mis madres la Bondad, Claridad, conocimiento propio, Constancia, Castidad, Humildad, Sabiduría, Pobreza, Devoción, y Discrepción. Y tengo por hermanas la Confianza en Dios, el Escarmiento, la Elegancia, la Evidencia, la Experiencia, la Especulación, la Eficacia, la Enmienda, la Ejecución y la Elocuencia. Y por tías tengo el Fervor, la Firmeza, la Fortaleza, la Fe y la Fuerza. Y mis caudales son Gracia, Gozo, Fama, Inocencia, Modestia, Oración, Recato, Piedad, Paciencia y Prudencia. Y mi padre fue Dios. Y si tengo por enemigos la Envidia, la Pereza, la Gula, la Soberbia, la Avaricia, la Lujuria, la Ira, la Crueldad, el Chisme, la Calumnia, la Cobardía, la Desconfianza, la Duda, el Desagrado, el Descuido, el Daño, el

Engaño, el Divertimiento, el Deleite, el Dolor, La Vanidad, el Susto, la Pena, la Fantasía, la Falsedad y la Mentira, jamás me vencieron: lo más que hacen es oprimirme. Pero por fin salgo vencedora, porque esta guirnalda que me adorna me la dio la Humildad, y estas azucenas son castidad; estas alejandrías, vergüenza; estas maravillas, recuerdo de lo caduco de la vida; estos lirios perfilados de oro me acuerdan en su funesto y triste color de las penas del Infierno; estos alelíes, a la amarillez de la muerte, y esta flor del mirasol me avisa que sólo a Dios se ha de amar y mirar; que, haciéndolo así, tendré seguro el triunfo que significa este laurel. Mis vestiduras siempre son las mejores y más hermosas, y así, al que me comunica le verán vestido de razón; que no hay tela más costosa en el mundo.

—Y a estas horas tan escusadas —la dije—, ¿a qué has salido al campo?

Respondió:

—Llamada y buscada del Tiempo (que harta novedad me ha hecho) y para hacerte compañía a ti, pues sé que deseas ver y notar materias de que hablar. Y pues tienes escrito a Madrid por dedentro en tu *Día y noche* y en tus *Tarascas y tribunal*, razón será que escribas los *Gigantones*; y para enseñártelos he salido a la campaña que ves, donde quedó vencido a manos del ingrato hombre el Hombre-Dios, manifestándose en una efigie dolorosa bien cerca de aquí, donde le albergan humildes sayales de Francisco. Y por que no lo dudes, este camino es el del sitio Real del Pardo, tan frecuentado del mundo, y esta gente que ves lleva su viaje a este sitio, aunque no todos van a ver aquel cárdeno Lirio que nació de la blanca Azucena. ¡Mira la danza de gigantones que vienen por esa senda de mano izquierda!

Volví la vista a ver lo que era y noté siete demonios que bailaban al son de un tamboril que tocaba una figurilla pequeña de cuerpo; pero ellos eran tan altos y disformes que daban horror y espanto. Y, reparando en la gravedad con que se meneaban, vi que los llevaban a cuestras personas vivientes. El primero era de rostro hermoso y muy adornado de galas; en sus manos un espejo, en que se iba mirando, y en el vestido llevaba pintados pavos reales y lozanos caballos. El segundo llevaba un rostro desabrido, y en el vestido imitados gatos y sierpes, y en las manos llevaba una bolsa muy asida. El tercero tenía el rostro más encendido que las brasas, y en las manos llevaba flores, que iba oliendo, y el vestido bordado de oro, y en el imitados perros, gallos, gorriones y cabras. El cuarto llevaba todo el cabello enmarañado; en la una mano una espada y la otra abierta, como quien quería asir con ella; el vestido muy roto, sólo en un pedazo dél se veía un león. El quinto era una figura muy abultada, y en las manos se le veía un pastelón muy grande y una bota de vino; el vestido puerco y grasiento, y pintados en él muchos cochinos. El sexto llevaba una cara espantosa sobremanera, sirviéndole de cabellos los que pintan a Medusa; y en la una mano llevaba parte de ellos y en la otra un báculo de espinos ponzoñosos; en el mísero vestido se veían serpientes y perros. El séptimo tenía el rostro tan frío y desgraciado que obligaba a huir de su vista; en las manos llevaba un caracol y otro que iba subiendo a su rostro; y en el vestido pintados asnos y hombres recostados. Pasaron estos siete gigantones espantosos, y viéndome la Verdad tan suspenso y tan atento, me dijo:

—Deja de mirar a esos fieros monstruos, que son los Pecados Mortales, y si los miras mucho puede ser que se te entren por los ojos, porque son muy fuertes y penetrantes, y hasta hoy pocos vivientes ha habido que se hayan librado de su veneno. Vuelve la vista a este camino derecho y verás siete enemigos que tienen; que si el hombre quiere, bien pue-

de vencer cualquiera vicio buscando la virtud contraria a él; pues cualquier vicio tiene su contrario y cualquiera virtud también.

Volví la vista y vi que por el camino venían siete personajes de hermosísimos rostros. El primero llevaba los ojos inclinados al suelo, llorando y arrojando suspiros que traspasaban al alma que los oía; en las manos un rosario, más devoto que curioso, y en un vestido muy honesto y llano, bordados corazones entre unos rayos de luz. El segundo era un personaje de buen rostro, alegre y risueño, que con grande desenfado iba dando limosna a los pobres que topaba y quitando los cantos del camino y arrimándolos a las orillas; la una mano ocupada con dineros y la otra desembarazada para repartirlos; en el vestido, que era de una tela alegre y ligera, llevaba bordadas unas letras que decían: *Dale a Dios algo de lo mucho que te ha dado*. La tercera figura era la más hermosa que vieron mis ojos: llevaba en las manos un libro y unas disciplinas; el vestido era afrenta de la nieve, según su hermoso blanco, y entre su candor sembradas firmezas de oro. El cuarto tenía el rostro majestuoso y honesto; los ojos, graves y rasgados, mirando al cielo; y, aunque le daban repujones y tropezaban con él, no se quejaba ni abría la boca para vengarse. Llevaba en las manos un devoto crucifijo, a quien contemplaba, y en el vestido pintados los tormentos de su Dios. El quinto era un personaje muy flaco y amarillo; los ojos traspasados y hundidos, y andaba tan a espacio y con tanto sosiego que causaba admiración. Llevaba en las manos un jarro de agua y un pedazo de pan; el vestido muy humilde y sembrado de cruces. El sexto llevaba toda la alegría del mundo en su rostro, las manos abiertas y los ojos atentos; y porque vio a un labrador a quien se había caído una carga de leña y que no podía levantar el jumento que la traía, fue a él, muy diligente, y le ayudó; y luego acudió a un pobre que no podía levantarse del suelo; y luego a un niño que iba llorando, a quien dio un pedazo de pan; y luego fue a una mujer, a quien oyó suspirar y la dijo qué era lo que la afligía, que mirase si la podía remediar; y porque vio a un pobre que iba desnudo, le dio su capa (y luego le vi con otra capa). Todo era admiraciones esta figura: el vestido era de sayal, y pintados en él muchos pobres, como cuando van a la limosna de un convento. El séptimo era toda la viveza del mundo; el rostro alegre, y en las manos llevaba una hoz, dando mucha prisa a todos que anduviesen para confesar antes que cargase mucha gente.

Admirado me tenían estas cosas cuando la Verdad me dijo:

—Estas siete son las Virtudes contrarias a los siete Pecados Mortales; después verás en los sitios que se reparten. Haz reparo ahora en esa danza de seis gigantones que van tan hambrientos y con tanta bulla, que después los verás con mucho espacio: estos son los seis pecados contra el Espíritu Santo.

No pude notarlos, sólo me pareció que el uno era un gigante muy desenfadado y muy confiado; el otro, un desesperado; el tercero, un demonio que tenía traza de contradecir a la misma Verdad; el otro que se seguía le pesaba de cualquiera que veía lucido y alegre; el otro era perverso y obstinado, y el último, un demonio incorregible y descuidado.

Pasaron éstos y vi otra danza de cuatro gigantones: el uno era la misma fiereza; el otro, muy desvergonzado; el tercero, muy amigo de hacer mal, y el cuarto tenía traza de negar que había mundo. Pregunté a la Verdad quién eran aquellas cuatro visiones, y respondió que los cuatro pecados que claman al Cielo.

Pasaron éstos, y vi otra danza mucho mayor que las pasadas, pues se componía de nueve gigantones, tan horrorosos que daban miedo. Pasaron, aunque bailando, tan breves

que no pude verlos los rostros. Preguntele a la Verdad quién eran y la causa de su prisa, y díjome:

—Éstos son los nueve pecados que hace propios el hombre, siendo ajenos. Van con la prisa que ves porque hoy tienen mucho que hacer, que en tales días es cuando más trabajan. Vuelve la vista al camino derecho y verás otra danza, que no todas han de ser de gigantes. Mira esos ocho personajes, tan contentos, tan gustosos y tan alegres, que parece que llevan consigo a todo el Cielo.

Volví la vista a ellos, y cierto que me alegré infinito de ver la unión que consigo llevaban. Preguntele a la Verdad quién eran, y díjome que las ocho Bienaventuranzas, y que aquellos tres personajes que las seguían eran los tres Consejos Evangélicos.

—Y ahora vuelve a esotra parte la vista —prosiguió la Verdad— y verás quién viene.

Hícelo, y vi cuatro figuras harto espantosas: la una era la Muerte, en una figura de huesos que daba pavor a los ojos que la miraban; la otra, un hombre enojado, levantada la mano derecha, como quien amenazaba; el otro, un fiero demonio con una maza de fuego en las manos; pero luego, al son de alegres instrumentos, vi la cuarta figura, que era un hombre con una cruz a cuestas. Aquí, sin preguntar, conocí ser las Postrimerías del hombre; pero, volviendo a la Verdad, la pregunté que de tanta gente como en estas danzas iba, qué era en lo que se habían de emplear, o a qué iban. Y la Verdad dijo así:

—Los Pecados Mortales, las siete Virtudes, los seis pecados contra el Espíritu Santo, los cuatro que claman al Cielo y los nueve ajenos que hace propios el hombre; las Bienaventuranzas y los tres Consejos Evangélicos y los novísimos del hombre, todo ha de tener en qué emplearse hoy en esta salida al Pardo; y así, todo lo has de ver y notar; y luego, pues la memoria que tienes es tan feliz que te acuerdas desde la edad de treinta meses (que fue cuando murió tu padre), y tú sabes que te has de morir, y que es ley tan forzosa que el mismo Dios, en cuanto hombre, pasó la puente mortal, mañana empezarás a escribir todo lo que vieres entre las fantasías de este sueño verdadero, y para que te den crédito dirás cómo te asistí en este tiempo. Y al libro que hicieres darás por título *Los gigantes en Madrid por defuera*; que yo espero en Dios, como hija suya, que ha de ser tan bien recibido como los otros que has hecho. Pues tu celo es bueno, ayúdete Dios con él.

Así que dijo esta razón desapareció, quedando yo tan triste que al punto se me cubrió el corazón de luto por tal ausencia, pues por gozar de su hermosa vista se podía un hombre estar toda la vida sin comer. Pero ¿qué cosa hay tan gustosa como la verdad?, pues se cuenta de Anfión, hombre de nación gentil, de tan rara vida que jamás dijo mentira; pero, confederado con otros en dar muerte a Vándalo, rey de Persia, se fio de su valiente corazón la tal acción por ver en él alientos bastantes. En fin, prometió de hacerlo, y al quererlo ejecutar se le ofrecieron hartos inconvenientes, pero por cumplir su palabra le<sup>3</sup> obligó a darle la muerte. Pasáronse algunos días, pero, aunque ya había otro rey, no cesaban las diligencias de procurar saber quién había sido el atrevido. Y, habiendo preso a diversas personas, fue Anfión llamado ante el tribunal de la justicia, y, siendo preguntado si sabía algo en cuanto a la causa presente lo dijese, y, si no, se fuese (tanto le estimaban, por conocer su condición); pero Anfión dijo así: «Nunca quiera el Dios que ama la verdad que yo mienta: yo fui solo quien mató a vuestro pasado rey, y fui mandado de Fulano». Así que dijo estas

3.— Quizá haya errata por 'se' (p. 13).

razones fue sentenciado a quemar, y para ejecutarlo jamás se pudo encender lumbre; y viendo semejante caso, mandaron que fuese echado en el mar, y al arrojarle se dividieron las aguas. Con que a tanto prodigio mereció perdón, por parecer a los jueces que, pues Dios le guardaba, no merecía la muerte por la culpa presente: tanto vale el tratar verdad. Y pues vemos que entre gente infiel y bruta es estimada de todos, ¿qué estimación merecerá entre cristianos católicos, que profesan la fe de Jesucristo?

## DISCURSO II

### DE LOS GIGANTONES EN MADRID por defuera y prodigioso entretenido

**D**E aquel copete de la tierra, o berruga del campo, donde la Verdad y el Tiempo me dejaron me fui bajando poco a poco cuando impensamente vi a mi lado a la Verdad, a quien di la norabuena y buenos días, pues a mi parecer el rubio planeta se disponía a correr la mansión del aire sin fiar su carro de alientos pusilánimes, y así, venía cambiando sus luces a los mortales.

Forzonos a huir del camino un coche a quien tiraban cuatro fieras espantosas, y el coche iba todo rodeado de llamas y el cochero era un demonio fiero sobremanera. Admirado, pregunté a la Verdad qué visión era aquélla, y respondiome:

—Un coche lleno de culpas.

—Declárate más —la dije—, hermoso prodigio.

Y prosiguió, diciendo:

—Ahí van dos mujeres sólo con intento de ofender a Dios, pues, llamadas de la gula, vanidad y sensualidad, van a buscar al dueño del coche y a otro amigo suyo que las están esperando, para lograr su perdición, como lo verás luego.

Pasó aquel coche y vino otro a buen paso, y reparé que las mulas eran viejas y cansadas y el cochero parecía que se iba cayendo muerto de hambre, pues aun bríos para tenerse encima no llevaba. Pregunté a la Verdad quién llevaba aquel trasto, y respondiome:

—Dos arrimados.

—No me hables en frases cultas —la dije—: declárate más.

Y, risueña, me dijo:

—Ahí van dos ancianos en edad que ya no pueden navegar en el sexto bergantín y sólo vienen a ver; aunque se ven arrimados de la juventud, que se cansó de traer tan infame carga a cuestras y los desechó de los hombros, como hace el ganapán al gigantón de la Villa, arrimándole muchas veces a la puerta de una taberna para que vea cómo beben los otros, ya que ellos no pueden beber.

Pasó este coche y oí gran bulla de pandero y castañetas, y, reparando bien, vimos que era un carro lleno de gente. Reíme de verle tan lleno de hombres y mujeres, y la Verdad me dijo:

—Ahí van tres casas, o la gente de ellas, que se componen de doce personas. Los unos ha seis días que ahorran el vino de las comidas, y han dejado de comprar una camisa (que la había él harto menester) sólo por juntar cuarenta reales que les ha tocado del gasto de su casa para venir a esta fiesta; y todo ha sido a persuasión de la mujer, porque sabe que ha de venir un vecino suyo y desea el que la vea un rebozo y una montera que la han prestado, y va imaginando en buscar ocasión en que la vea bailar, porque lo hace con notable desenfado y desvergonzado aire. Y la otra casa es de uno que para pagar la parte que le ha tocado ha vendido una capa de paño, creyendo el mentecato que no ha de llegar el

invierno y le ha de pedir cuenta de la ropa. La otra casa ha sido el faraute la mujer, y ha engañado al marido diciendo que van convidados, y con esto le ha hecho venir; porque él no gastara un real en fiesta ninguna, y tal es su condición que en seis años que ha que es casado no ha comprado a su mujer unos zapatos. Pero ella bien sabe buscar quien se los de, aunque deje a su marido hecho pasajero de Europa,<sup>4</sup> y no repara la cuitada que desnuda el alma por vestir los pies.

Éstos pasaron, y los siguió una tropa de borriquillos de aguadores que llevaban seis mujeres razonablemente aderezadas: la una iba diciendo que no había de volver otra vez en tan mala caballería, y que era una tonta en no haber venido en coche, pudiendo como podía. Pregunté a la Verdad quién era, y respondiome:

—Esa mujer vende turrón en una esquina.

Otra dijo:

—¡Había de faltarnos Fulano en venir! Pero no hará, que bien sabe que estoy yo acá; y ha de traer consigo al músico de la guitarra y hemos de tener famoso día.

Preguntele a la Verdad, quién era aquésta, y respondiome que vendía escarpines en las gradas de San Felipe.

—Y el músico que dice que ha de venir le ha de traer un mozo de un mesón, que es quien cuida de esa dama; que para sustentarla, ya que no puede más, siempre que sale fuera de casa saca las faltriqueras llenas de cebada y se lo da, y deste modo hace ella su cosecha, que llueva, que no llueva.

Otra dijo:

—¿Si estará por acá mi marido? Que yo le dije que venía con vosotras y puede ser que por que no me falte maza, venga. Harto me pesará, por si viene Juanillo.

—¿Quién es esta pérdida? —pregunté a la Verdad.

Y respondiome que mujer de un lacayo, y el tal Juanillo, a quien aguardaba, era un paje que la miraba con alegres ojos.

Otra dijo, con mucho desenfado:

—Pesarosa vengo de no haber tomado lo que me daban aquellos caballeros en la Fuente de la Reina.

—Mal hiciste —dijo otra—; que el uno te miraba con mucha atención.

—¿Qué hay en mí —dijo la tal— para que pudiese emplearse un hombre de aquel porte?

—¡Calla hermana! —replicó la otra—. Ruin sea quien por ruin se tiene. Y en verdad que hemos de correr el sitio hasta toparlos, y si nos quieren dar algo, que lo hemos de tomar y hemos de gozar de la ocasión.

—¿Quién son estas dos? —pregunté a la Verdad.

Y djome que medidoras de dos tabernas, y que cuanto llevaban a cuestras era prestado.

En fin, cada una dijo su sentir y pasaron, cuando vi dos mujeres a pie, y en verdad que el traje que llevaban no me pareció que lo merecía, pues el adorno era muy al uso, pero todo seda. Preguntela a la Verdad que aquellas dos damas quién eran, y respondiome:

—Éstas han sido dos fregonas de las que el mundo llama dichosas porque las ve que han adquirido galas. Y vienen a pie porque las ha faltado un coche que las habían man-

4.- Debe referirse al rapto de Eruopa por Zeus, transformado en toro.

dado, y por ver si el dueño trae otro particular se vienen de este modo. Luego verás lo que revuelven.

Pasaron éstas, y vi una tropa de hombres a pie, todos de mediana edad, chanceando unos con otros y burlándose algo pesadamente y manoseando a las mujeres que venían solas con el camino. Seguíanlos una docena de picaronas de mantilla, terciadas al hombro, cantando libertades. Éstos pasaron, y luego vi un montón de ciegos que, asidos unos de otros, los guiaba un hombre con vista. Llevaban mucha bulla sobre cuánto habían ganado la fiesta pasada en las estampas y oraciones. Éstos pasaron, cuando vi más de quinientos pobres muy ansiosos, diciendo unos que el domingo pasado habían traído qué comer para toda la semana. Otros decían que habían llegado a muchas mesas donde estaban comiendo y no les habían dado ni un poco de pan. Aquí conocí que de esta familia pobre había mucha cosecha.

Pasaron estos, y vi mucha gente de a caballo, muchos coches y carros y otros en cabalgaduras menores, todos con gran contento y bulla, Cuando la Verdad, asiéndome de la mano, me dijo que volviera los ojos a otro camino y que dejase de mirar tantos gigantones, y que a todos los había de ver arrimados por inútiles y soberbios. Volví la vista a la parte que me dijo cuando reparé en dos mujeres tapadas con sus mantos y descalzas de pie y pierna, vertiendo lágrimas, con sus rosarios en las manos. Admirado, pregunté a la Verdad quién eran, y me dijo que dos buenas almas que devotamente visitaban el santo sepulcro de Cristo, y que así habían de ir todos cuantos pisaban este camino.

Apenas pasaron cuando vi otras cuatro mujeres: la una llevaba unas velas, otra llevaba dos panes, otra, unos ramilletes. Pregunté a la Verdad adónde lo llevaban, y dijo que los pocos cuartos que podían adquirir siempre que venían en esta romería lo empleaban en velas y ramilletes para el altar de Jesucristo, y el pan lo llevaban de limosna para los Padres Descalzos que administraban aquel santo templo que encierra la joya sangrienta, y que no me admirase de aquello; que había en Madrid muchos limosneros que los socorrían de muchas cosas necesarias para su vivir, y que donde había tantas tarascas y gigantones también había buenas almas, con cuyas limosnas y oraciones consentía Dios a los malos; y que parecían a los cantos belfos, que eran unas monstruosísimas piedras que milagrosamente se tenían casi en el aire, siendo la causa una que las hacía corona, donde estaba esculpida una cruz, y por que no cayese esta piedra permitía Dios sustentar las otras; y que así se puede creer que muchos buenos que hay son causa que Dios no desquicie los soberanos globos y destruya los malos.

Apenas pasaron estas mujeres cuando vi un hombre de mediana edad, desaliñado el rostro; en cuanto a las barbas hice reparo, porque, como se usa tanto el hierro al bigote, sin acabar de conocer el hombre si el<sup>5</sup> yerro con que afeita el alma, me admiré. Iba descalzo y los ojos clavados en la tierra. Llevaba en sus manos un decenario muy grueso.

—Ese hombre —dijo la Verdad antes que yo la preguntara cosa alguna— era gran pecador, y público, y ahora se ha recogido; y lo que antes era todo cuidar de su persona ahora es lo que más olvida. Y le temo hartito que en estas salidas no le venza el Demonio y le haga caer otra vez; que con un pecado que vuelva a cometer tiene hartito para su condenación, pues con él se ha de cumplir el número que le ha de hacer precito condenado.

5.- Quizá haya errata por 'es' (p. 21).

—Ese pecador —dije yo— está bien comparado al que cuando nació dijo un oráculo que moriría de comer rejalgas, y desde aquel día fue criado con el mismo veneno, y como le sucediesen algunos trabajos cuando grande, y con alguna ausencia dejase de comer el veneno que a su paladar servía de triaca, cuando volvió a ello reventó al punto.

Así que pasó volví la vista a la bulla y estruendo que traían una veintena de muchachos, unos en cuerpo y otros con capa. Iba diciendo uno:

—¡Cuidado con las guardas, amigos!; que el domingo pasado me quitaron la capa.

—Si tú eres tan para poco —dijo otro— que aunque te avisamos no acabaste de entendernos que te decíamos ¡*Ojo al montado!*, no te quejes. Yo llevé a mi mujer más de dos celemines de bellotas.

—Mi ama —dijo otro— es brava golosa: así que llega el sábado me avisa que tengo de venir por bellotas, porque ella en toda la semana no hace más de andar comiendo golosinas. Y yo no sé cómo consiente mi amo tal y no coge un garrote y la mata a palos o la hace trabajar, y no que con aquello de que es niña y que ella se hará, la deja. Y no sabe freagar un plato, y el otro día, por no levantarse de donde estaba, me dejó poner la olla. Y ¿qué pensáis que hice? Sólo porque mi amo la diera una felpa eché en la olla más de un cuarto de sal; pero él no hizo caso, y cierto que yo no pude llegar el caldo a los labios. Y no sé de qué se paga, que no tiene nada de bonita.

—Si fuera mi mujer —dijo otro— yo la hiciera que no se criara tan tiesa de pescuezo; que a fee que se había de acordar de lo pesado del yugo matrimonial.

—De poco os espantáis —dijo otro—; que mi ama es la mayor puerca que hay en Madrid, y perezosa sobremanera: sólo es ágil y limpia con su rostro, y mi amo con eso está contento. Él está endiosado con ella, y el dote va muy cuesta abajo y no sé yo qué haremos en acabándose, cargado con una maza<sup>6</sup> que a la cama no hace más que meter las manos por debajo de los colchones y luego iguala la ropa, con que pasa los más días. Pues la olla pocas veces se pone, y luego nos arrimamos al asado o al bodegón. Y ahora ha dado en el tema de que está preñada, con que en aderezando el ramo de amor se arellana y no se levanta en todo el día de un asiento.

—No se parece en perezosa a mi ama —dijo otro—; que para saber y oler todo cuanto pasa en la vecindad bien ágil es. ¡Así lo fuera para mirar que tiene un marido que no le merece y que es un santo! Pero ella es un diablo, según sus obras. Y si ello va así, perdóneme el amor de amo; que yo tengo de buscar otra parte donde estar.

—Pues ¿qué hace? —preguntó otro.

A que respondió:

—¡Harto hace! Ojalá no hiciera tanto, pues valiera más que dejara el quebradero de cabeza con que da causa a la perdición del alma. Yo ya se lo he dicho a mi confesor, y me ha aconsejado que no diga nada a mi amo; que puede ser causa de matarla, y que sólo se lo encomendara a Dios, y que, si hallara ocasión, por huir del mal ejemplo buscara otra casa.

—Eso tiene bueno mi ama —dijo otro—, que todas las virtudes se hallarán en ella. ¡Así tuviera yo su alma! Ella es amiga de hacer bien, es limosnera, da buenos consejos, consuela a mi amo cuando le ve en la necesidad, y, sin que él lo sepa, ha vendido una saya para comprarle una camisa; y el otro día quitó a una suya las nesgas y el cabezón se le estrechó

6.- Incordio, persona insoportable.

para que le sirviese a él. Pero si él lo hubiera sabido no lo consintiera, porque dice que a la necesidad más resistencia puede hacer el varón que lo femenino de la hembra. Ellos son buenos casados y se quieren como Dios manda.

—Así son los míos —dijo otro—, y yo, aunque paso algunas hambres, lo llevo a bien porque veo que no pueden más. Si no hay más que pan, hace mi ama unas sopas famosas y echa en ella unos ajillos, y con eso pasamos; que en verdad que como vale tan caro el pan estos años, que no hace poco. Pero de cualquiera manera veréis una conformidad notable, y jamás los he oído quejar de su suerte: sólo con los ojos llorosos tan gracias a Dios. Y yo estoy tan enseñado que no los dejara por la casa de Perico, donde sobra tanto.

—En mi casa —dijo el tal Perico— hay mucho dinero sobrado, que con las rentas que mi amo tiene puede pasar y sustentar coche.

—Dime —le preguntó otro—: ¿es tu amo de mala condición, que a mí me lo ha parecido?

—No por cierto —respondió—. ¡Así lo fuera mi ama! Mi amo es hombre entendido y virtuoso, y frecuenta los sacramentos muy a menudo. ¿Qué mejor condición ha de tener? Que tal vez riña no hay que espantar, que cualquiera gorrión tiene su condición; pero mi ama, ¡fuego en tan mala ralea! Jamás está contenta, ni con la gala riquísima ni con el regalo ni con el agasajo de mi amo; que algunas veces me da una rabia en ver que una pobre mujer que de criada ha subido a señora y al mismo que fue su amo le paga en desprecios el haberla sacado del estropajo.

—¡Voto a San... —dijo otro— que no me casara yo con mujer que hubiese sido mi criada!, aunque fuera más hermosa que Anaxarte, Diana, Porcia o Palas.

—Buen gusto tienes —dijo otro—; que por eso despidió mi amo las dos criadas que tenía así que enviudó; porque una ocasión dentro de casa al más fiel suele hacer ladrón.

—Si mirara eso de ocasiones mi amo —dijo otro— otro gallo le hubiera cantado.

—Cuéntanos la historia, por tu vida —dijeron algunos dellos.

Y se sentaron y prosiguió diciendo así:

—¿Qué queréis que cuente, más de que mi ama, mal gobernada, se salió con cuanto quiso? Mirose mi amo recién casado con una niña toda melindres, seguía el humor en los primeros lances, con lo reciente; en los segundos, con tibieza, y en los terceros llegó el extremo de sacudirla unas bofetadas. Ella, mal enseñada, le trató mal de palabra y luego con cuatro lagrimitas se hicieron las amistades. Después dio en cojear, y mi amo yo no sé dónde tenía la luz de los ojos, que tan poco se le daba de tantas nubes como se oponían a su claridad. En fin, dio con el hacienda y luego se fue con lo que había quedado, sin saberse de ella hasta hoy. Pero mi amo hace muchas diligencias.

—Amigo —dijo otro—: al principio se hacen los panes de buena o de mala hechura. Mira: las mujeres he leído yo en un libro que todas son malas, y tanto, que a lo peor del mundo las compara. Habla de ellas Eurípides y otro autor que se llama Hipólito, y con estas razones lo encarecen: «Nunca me hartaré de maldecirlas y decir mal dellas, aunque me noten de maldiciente, pues siempre son malas, por siempre incorregibles, y a mis enemigos no quiero desearlos más mal de que topen mala mujer». Y concluye diciendo: «A todo el linaje humano mujeril aborrezco. Sólo amo a la que me parió, por deberla el traerme en sus entrañas nueve meses; pero digo que también se debe amar a la propia, siendo honesta, virtuosa y humilde, que son tres partes muy estimables, pero poco halladas en las mujeres, y más hoy». Y más adelante dice que la mujer fue hecha de cuatro animales:

caballo, puerco, perro y abeja; porque el buen parecer, la hermosura y gentileza tiene del caballo, pareciéndose a las herraduras el andar en chapines o chinelas, el adorno del cabello a la clin; en los vestidos que usa, la que llama ropa tiene cola y el manto coleta, a la cola del caballo; en lo vocingleras a los relinchos. Del puerco tienen el gruñir siempre y la porquería de su menstuo. Del perro, el ladrar y molestar al hombre, ser fiera rabiosa y mordedura. De la abeja, lo hacendosa, trabajadora y cuidadosa de su familia. ¡Dichoso el que la halla sólo parecida a la abeja!; pero aquellas mujeres que todas las cosas de su casa tienen descompuestas, sucias y asquerosas y revolcadas por el suelo, y ellas cargadas de cazcarrias y arrellanados, tales mujeres más parecen puerkas. Las mujeres prudentes y sagaces que con su astucia todo lo penetran y a veces son malas y a ratos buenas, aun éstas son malas, sabiendo qué harán ignorando. A éstas las llamo yo zorras, o raposas, porque la zorra jamás hizo cosa buena con sus astucias, si no es degollar gallinas y patos que encuentra, comiendo parte y llevando parte; y si las cogen entre puertas con sus infamias y ladrocinios, al quererlas castigar se hacen mortecinas, con que al descargar el garrote llega a tenerle piedad y con la lástima la echáis fuera y ella toma las de Villadiego y se pone en salvo, con que viene a ser el hombre el que queda hecho mona y ellas huyen como quien son. Las astucias de las mujeres golosas y el fingir mil embustes y achaques, todo es parecido a este animal que he pintado. Otras mujeres hay que ni aun a solas quieren callar, ni dejar calle ni callejuela que no anden trotando y sabiendo lo que guisan en cada casa, trayendo las orejas del pobre marido hechas ayunque de herrero a puro martillarlas de sus vocinglerías y chismes, dando vueltas a todo el pueblo notando cuanto pasan la vecindad, sólo para tener qué hablar en la ocasión, buscándola aunque nunca la haya, sin cerrar su mala boca aunque la escuchen gentes de otro barrio. Y aunque el pobre marido la mande callar, ¡ni por ésas ni por esotras!; y aunque eche mano a un garrote, peor que peor, pues parece aceite que se echa para apagar el fuego. A tales mujeres se deben llamar perras ladradoras. Y mirando a la historia de Sócrates lo que pasó con su mujer Jantipa, que, después de haberle quebrado la cabeza con sus voces, le echó a cuestras una artesa de lavazas de jabón, a quien dijo Sócrates: «Tantos truenos ¿en qué habían de parar, sino en lluvias?».

—En un lugar de Castilla —dijo otro de los mancebitos— estaba una mujer sentada en el umbral de su puerta, y por delante de ella se andaba paseando su marido, que era un hidalgo honrado a quien la tal señora estaba parando tal con su lengua que le hacía asomar el agua a los ojos. Llegó a este tiempo un hombre preguntando por el tal hidalgo y, llegándose a él mismo, le dijo si sabía dónde vivía. Respondiole, arrasados de lágrimas los ojos y arrancando un suspiro: «No sé donde vivo; que aquí muero, ¡voto a tal!, y aquí estoy sepultado, podrido y consumido de gusanos.

—A tales hombres —dijo otro— se los puede tener lástima muy grande; que semejantes acaecimientos suelen resultar de ser ellas de mejor linaje que ellos, o haber llevado mucho dote y ser ellos pobres, o haber casado ellas con sus criados; y así, digo que cada oveja con su pareja; que la igualdad engendra unión.

Aquí llegaban los mancebos cuando, sacando un pan y unos livianos fiambres, empezaron con mucha cuenta y razón a repartirse por mano del uno, a quien parecía guardaban algún decoro. Volví a la Verdad el rostro y la miré muy risueña, diciéndome:

—¿Qué te parece lo que han cantado estos jilgueros? Si acaso estuviera por aquí alguna vecinilla suya chismosa y amiga de saber, de aquellas que dejan sus casas y dan orejas

a las ventanas de sus vecinos, con cuánta más atención las dieran a los reclamos de estos pajarillos.

—¡Oh, qué cosa tan cierta —dije yo— es el no haber secreto entre cielo y tierra!, y aquella fábula de Midas, que (según cuenta Ovidio en sus *Metamorfoses*), habiendo juzgado mal en la música de Febo y Pan, por venganza que tuvo Timolo le convirtió las orejas como las de un asno. Viéndose Midas tan afrentado, las cubrió con un velo colorado por que nadie notase su fealdad, consintiéndose afeitar solamente de un siervo suyo. Pero el tal siervo, conociendo que él sólo lo sabía y que si lo decía sería descubierto su falso pecho, muerto por decirlo, se fue al campo y, abriendo un hondo hoyo, metió la cabeza dentro y dijo a grandes voces: «¡Mi señor Midas orejas de asno tiene!». Con esto, volviendo a tapar el hoyo se volvió a casa. De este hoyo y tierra movida nacieron unas cañas tan hermosas y lozanas de todos las cortaban para flautas, y toda la música de las cañas era decir: «¡Mi señor Midas orejas de asno tiene!», con que poco a poco se hizo pública su fealdad. Y así, yo, que soy aquí la flauta, será fuerza que publique mi voz en lo sonoro de mi libro todo lo que he oído.

—Pues aún no has acabado —dijo la Verdad—; que aún han de dar más manos a las que todas son lenguas, pues las malas mujeres aun no están libres de sus agudos picos.

## DISCURSO III

### DE LOS GIGANTONES EN MADRID por defuera y prodigioso entretenido

**O**H pesarosa carrera de la caduca edad! ¡Oh vida, que apenas naces cuando apenas eres y entre penas quedas! Ya el sol había tendido su trenza de oro por la frente de la tierra y ya caminaba a las sombras de su ocaso cuando, acabando de almorzar aquellos mancebos de la primer tijera y quedándose sentados, el uno, que tenía algo de más edad que los otros dijo:

—Pues ya hemos matado el gusanillo, volvamos a hablar de las mujeres en pago de lo mucho que ellas parlan de todo el mundo, pues en hacerlo no agraviamos a las buenas; que las que lo son son como el mar: que si le dan de palos, aunque parece que le dividen sus aguas, luego vuelve a juntarse sin sentir daño ni recibir mal alguno; o son como la claridad del sol, que aunque se procura coger a manos para ultrajarla, jamás se consigue. Así es la buena mujer.

—Ya que has hablado de la mar —dijo otro—, una suerte hay de mujeres hechas del mar. Como dice Simónides, la mar significa amargura, amargor y mal. Dice así: Veréis la mar que se muestra unas veces lechal y mansa, que convida a que entren en sus aguas los hombres ofreciendo mil placeres, y otras veces anda tan alta y furiosa que atemoriza mortalmente aun a los que la miran desde afuera. Así son las mujeres de quien habla este autor. Si las galantea el hombre por la parte del gusto, de la belleza, gala o gentileza o un buen pico (que muchas hay que enamoran con él, aunque fuera mejor que se parecieran al ruiseñor, que no tiene lengua, aunque canta tan suavemente), digo, pues, que, miradas así, no hay más que desear de conversable y amigable cosa, y todo es bendiciones echadas de quien aún no las ha tratado. Mas si se alteran levantan las furias de sus ondas rigurosas sobre las más altas rocas de las cabezas de sus pobres maridos, y braman y hunden; y las marinas hembras son malignas, y muchas veces sacan fuego de discordia de debajo de las aguas de la concordia, y otras veces arrancan las arenas de las pesadumbres de lo más profundo del pecho más contento de su esposo; y lo que más pondero: que en tiempo borrascoso o sereno y quieto, siempre el agua del mar amarga como la hiel y quema más que las brasas. Pero no puedo dejar de decir que aunque el mar ande levantada y peligrosa, no por eso dejan los hombres de surcar sus aguas, y de aquí saco yo un ejemplo: que si el hombre se sabe gobernar pocas veces peligran en el mar, y así, médase con su matrimonio; que yo le aseguro que no peligran, y ha de ser sabiéndolas huir el primer arrojito que algunas veces las sacude, reparando que también los hombres le tienen, y más fieras que no ellas; pero entre lo blando de la lición, ¡jojo a la vela!, a ver qué aire bulle con buen trato y que no las falte lo necesario, ni la compañía en cama y mesa, y que ayuden a llevar las andas del gasto con sus puntadas; que, aunque de poco valor, valen más que algunos piensan.

Otra suerte de mujeres hay hechas de tierra, según Simónides, que no hacen bien ni mal ni sirven de cosa que aproveche, sólo de tragar cuanto en ellas se echa. Así hace la

tierra. Estanse asentadas o arrellanadas, no atendiendo más que en engordar y sentarse al fuego en tiempo de castañas, y todo se les va en asar y comer. Y aunque no haya manteles para la mesa ni sábanas para la cama ni camisa para el cuerpo, no saben tomar la rueca en la mano: sólo miran al uso del traje.

Otras hay hechas del asno de carga, y estas tales son las que a puro palo quieren ser mandadas, tratando sólo de comer y beber donde lo ven, siendo tragonas, perezosas y malas, dándose a quien las quiere, como el asno.

Otra suerte de mujeres dicen que se hicieron de la comadreja: bestezuela vil, triste y solitaria y ladroncilla maliciosa que por su rabia se anda por los gallineros degollando aves. Así, son las mujeres que se parecen a esta bestezuela mujeres indignas de parecer entre gentes, siendo golosas y dañadas para sus vecinos, sin serles de provecho en cosa de favor. Y cuando más provecho hacen en casa es matar algún ratón, y aun esto lo hacen por hacer mal. Así son las mujeres sus semejantes: el poco bien que hacen en sus casas es para a su sombra hacer algún mal hecho. Y Ovidio dice que la comadreja fue primero mujer, y Juno, por celos que tuvo, la convirtió en esta sabandija, dándola de pena que pariese por la boca.

—Luego, si eso es así —dijo otro—, también será cierto el concebir la víbora por la boca.

—Ni uno ni otro apruebo por verdad —prosiguió otro—, porque he leído de Alberto Magno, gran filósofo, que encerró en una jaula dos víboras, macho y hembra, y las vio tener acto carnal y que a su tiempo parió la hembra sin reventar y sin que los hijuelos la royesen las entrañas. Y Eliano dice que el descabezar la hembra al macho no es por tener dentro de su boca la cabeza, con que dicen engendra, sino que al acabar el acto le muerde la hembra el cuello y se le troncha o arranca. Y dice este autor que, en cuanto a la comadreja, el decir algunos haberla visto echar los hijos por la boca es causa de un pez que se llama mustelo, y que la comadreja se llama *mustela* en latín; y que, así, hablan de ella lo que habían de hablar del pez, que es el que, de miedo de que otros peces le coman sus hijuelos, se los tragan y luego los vomitan cuando están sosegados, y los que lo han visto creen que paren entonces.

Pero, volviendo a las mujeres que se parecen a la comadreja, ¡desdichados de los maridos que tal compañía tienen! Porque la comadreja es símbolo del mal agüero y su hiel es veneno ponzoñoso, y todos los animales de carga la temen y huyen de ella. Y, por fin, digo es símbolo de la mujer que se da al pecado. San Pablo lo dice en la carta que escribió a los romanos, en el primero capítulo. Y ¡dichoso el hombre que topa mujer como la abeja: limpia, casta, honesta, hacendosa, trabajadora y cuidadora de sus hijos y marido! Estas tales son las mujeres que Dios da por compañeras a sus amigos. Sepan los que las tienen agradecerse a Dios y estimarlas, reparando en la historia de Crates, gran filósofo, pero tan pobre que aun donde recogerse no tenía, pues, obligado de la necesidad, se albergaba en los portales o plazas, y sólo le servía de consuelo su mujer, amante y honesta, que jamás le faltó del lado. Y ¡qué pocas hubiera hoy que, viendo a su marido en tal extremo, no le tiraran coces y se fueran a buscar la flor del berro, que se halla en los campos de la perdición!

Aquí llegaba esta compañía de infantes cuando uno inquietó la conversación, pues, levantándose, dijo:

—Vamos, señores, que es tarde y con sus cuentos gastan el día, y no reparan que lo es de misa y hemos menester oírla.

Con esto guiaron y yo quedé algo triste, porque verdaderamente había gozado con mucho gusto su conversación. Consolome la Verdad, diciendo:

—No te santigües; que harto tienes que ver y notar, y de mucho más gusto y importancia. Y de lo que ha oído en la boca de estos muchachos no te admires, que muchos han tenido principio de estudio.

Con este consuelo poco a poco fuimos caminando. Entramos en el camino Real, procurando yo llevar siempre a mi lado derecho a la Verdad, pareciéndome que cualquiera que me viese me envidiaría tan hermosa compañía, con que el mismo gusto alivió lo molesto del camino, pues al rato nos hallamos en el Real Sitio del Pardo.

Noté su hermoso palacio, su campo y cercado, su espeso monte, la famosa venta y aquel hilo de plata con que guarnece Manzanares todo el sitio: río muy parecido a los enredadores, pues con sus tramoyas son muy nombrados sin tener caudal para una mortaja; río muy celebrado, pero tan pobre que, arrastrando, va a pedir una limosna a Jarama, y por que no la malogre le mete en casa y sustenta.

Admirome lo que a la vista se fue ofreciendo, pues semejante bulla en las fiestas Reales de Ginebra no se vio: en una parte componían el rancho; en otra, la olla; otros hacían lumbre, otros guiaban a las cocinas; otros, a la venta. Todo era confusión: aquí lloraban, acullá reían, en la otra parte bailaban, a otro lado reñían, por acá andaban amores, en el otro lado pedían celos, la otra se quejaba, el otro maldecía, aquí decían «¡Comamos!»; otros, «¡Bebamos!». En fin, todo era asombro, donde mis ojos se habían engolfado, cuando la Verdad me dijo la siguiese.

Hícelo así, llevándome una cuesta arriba enderezando sus pasos al templo de la Verdad, donde a su puerta había arrimado un venerable anciano muy devoto, y así que vio a la Verdad la hizo una cumplida cortesía y, escudereándola, entró dentro; y después de haber hecho oración en el altar mayor visitamos la capilla de aquel Cordero sacrificado que, tendido en el santo Sepulcro, provoca a católica piedad y devoción con arrepentimiento verdadero, por ser verdadero Hijo de Dios y mostrar en su soberana efigie un retrato de lo que pasó por los amores del hombre. Después de besar la tierra y oído misa, donde vi comulgar algunas almas a quien apadrinaban dos hermosísimas damas; que verdaderamente creí que eran dos ángeles del Cielo que habían bajado a la tierra santa de aquella casa, pero no me engañé en todo, pues, preguntando a la Verdad quién eran aquellos dos hermosos prodigios, me respondió:

—Estas dos damas son el conocimiento de Dios y la Noticia, y así, acompañan a éstos, que se acuerdan que han de morir y, así, obran como discretos, con el conocimiento natural, reparando que le deben a Dios el ser y vida, agasajándole para que les dé su gloria. Y este hombre anciano que nos acompaña es el Desengaño, que ha de andar con nosotros todo el día para que nos saque de algunas dudas que se ofrecerán.

Con esto nos levantamos y salimos fuera todos tres, empezando a ver prodigios, estrenándose la vista en contemplar un hormiguero de gente, en particular muchas mujeres con sus monterillas, unas con plumas y otras sin ellas, muy adornadas el rostro y con muy costosos guardapieses, con mucha plata y oro y otras costosas guarniciones, muchas húngaras de felpa y rebozos admirables, y muchos hombres de todas edades, unos galan-

teando y otros acompañando. Y al bajar una cuesta bajo, junto a su llanura, vi un hombre a quien detenían otros muchos y algunas mujeres, pero él, muy colérico, echando votos y reniegos, con la espada empuñada, decía que le había de matar. Más adelante había gente deteniendo a otro, aunque no tan colérico; pero la mucha gente lo apaciguó y, ya hechos amigos, pregunté a la Verdad la causa de aquella pendencia, y la Verdad dijo así:

—Estos dos hombres son entremetidos: pidió el uno cuatro reales que le debía el otro, diciéndole que, pues había para fiestas, hubiese para pagar deudas. Y sobre eso ha sido.

—Así es —dijo el Desengaño—; pero este que debe ha venido a pata y sin traer un consuelo ni moneda consigo; que su intención es arrimarse a la primera mesa en que vea algún conocido, y esto lo usa los más días que viene. Y el otro colérico anda hambriento buscando unos amigos que le convidaron ayer, y los tales no han venido. Y toda esta noche pasada se le ha ido en imaginaciones de lo que ha de comer, contemplando los cuerezuelos de un cochinito, lo tostado del pecho de el cabrito, la pechuga de la perdiz, la tierna polla, el apetitoso jamón, y el ir y venir al pellejo y las empanadas para merendar; pero el pobre diablo se volverá sin jugar el diente, porque los amigos a quien busca no han hallado mulas en que venir, en cuyo alcance anduvieron perdidos todo ayer, y lo han dejado para otro día.

Aquí llegaba el Desengaño cuando atravesaron por junto a nosotros seis hombres muy contentos. Preguntele la causa al Desengaño, y respondiome:

—Éstos son entremeses en la comedia del mundo, entremetidos, chocarreros, celebradores de bodas y fiestas de campo. El uno es jacarero, el otro toca guitarra, otro baila, otro danza, y cada uno tiene su habilidad para engullir y rellenar el vientre. Y el ir tan contentos es la causa el haberlos convidado para una de las mesas de este sitio, donde hay muchas damas de las que vienen sólo por ser vistas. Y éstos a todo hacen con sus gracias, que es entretener a los simples y requebrar a las tontas; y en Madrid pasearse y andar de casa en casa de juego, y de noche Dios lo sabe.

Pasaron estos lindos (a la vista) cuando salía el que tiene cuenta de la venta en el alcance de un hombre imputándole de ladrón. Metiéronse de por medio algunas personas y, sabida la causa, fue porque de una de las salas que tiene la venta había limpiado no sé qué hato. Miré a la cara al Desengaño y a la Verdad, y a un tiempo dijeron los dos:

—No es novedad en el caballero engolillado; que de eso vive, y tales días como éstos hace su agosto.

Con alguna brevedad nos hicieron apartar dos hombres que venían tirándose estocadas de muy buen aire, pisando por encima de los ranchos y mesas. Allí rodaba el pan, acullá se vertía el vino, en otra parte daba voces una mujer, en otro sitio lloraba un niño, otra decía: «¡Ay, mi hijo!», otro muchacho daba voces: «¡Madre mía!», hasta que se apaciguó. Y la Verdad me dijo:

—Estos dos tontos han reñido de celosos, porque el uno ha venido con una dama a quien llama suya, y en el tiempo que gastó en ir a buscar lumbre la halló con otro (de media docena que tiene). Y este ciego que la ha traído bien puede armarse de valentía, porque en el Sitio tiene cuatro tontos avasallados a su gusto, y al uno le hace vivir malcasado y al otro le ha comido el hacienda. Y este que la ha traído para hacerlo y regalarla, ha buscado cien reales prestados y tiene en su casa tres hijos y una buena mujer por esposa, y en ver-

dad que han de pasar hoy con un panecillo y dos cuartos de mondongo ella y sus hijos. Y él se ha venido diciendo en su casa que le han convidado unos amigos.

De aquí pasamos, haciendo guía la Verdad, cuando vimos una fiesta de buen gusto, pues eran dos mujeres asidas de los cabellos una de otra, zaleándose las melenas a buen andar y las lenguas nada quedas: no había colada que así sacase manchas como ellas sacaban faltas de otra. Y después de algún tiempo las dividieron alguna gente piadosa (aunque con tales mujeres no había de haber piedad), y así que se vieron apartados los dos campos empezó de nuevo el pico que no había más fiesta, con que de sus mismas bocas se supo que la pendencia fue por haber hallado la una a su galán con otra, y que la una era criada de una comedianta (que es acto positivo para casa de aposento junto al hospital de la Pasión)<sup>7</sup> y la otra aderezaba valonas, y, de su primer clase, vendedora de castañas.

Sosegaronse y pasamos adelante, donde vi reñir otras dos mujeres sobre si la una había puesto más que la otra y sobre cual traía más gente, diciendo la una que a ella le costaba mucho sudor el ganarlo, y la otra que a ella también, y que para qué era tomar en la boca aquellas ruindades.

—¡La ruin será ella! —dijo la tal—; que, en fin, cada uno no puede más dar más de aquello que tiene.

—¡Más tengo que dar que vos! —respondió la otra.

—¡Qué se entiende vos! —replicó la agraviada.

Y al echar mano para asirse llegó un cochero y por su respecto cesó la pendencia, y, guiándolas a la venta, las hizo amigas con un jarro de vino.

A este tiempo salían un hombre y una mujer juntos, y tanto, que la traía asida de la mano. Venía la tal con su monterilla llena de plumas y una toca con puntas de Flandes muy grandes, el rostro con harto cuidado y un guardapiés de camelote con seis pasamanos de oro, un jubón de raso de flores y el pelo al aire, lleno de lazos de colores italianos en italianas colonias, manillas de aljófara, y por gargantilla un cordón de oro. Él iba a lo de campo, con su valona caída, dando que decir a todos cuantos lo veían. Miré el rostro al Desengaño y vi que se estiraba de cejas. Preguntele la causa, y dijo:

—Aunque me ve ese perdido hombre, no acaba de conocerme; y tan ciego va con el falso hechizo de aquella mala mujer que no ha reparado en su perdición.

Estando en esto vi que una mujer de muy honesto adorno, rostro muy agraciado, aunque lloroso el semblante (que cuando las lágrimas salen de un lastimado corazón no afean lo exterior porque salen regando piadosamente y lo piadoso jamás tuvo ceño), había estado tapada con su manto, y así que vio a estos dos, echando el manto a la espalda, dijo:

—¡Acá estamos todos, señor Fulano! No se espante que haya dejado mi casa por buscar mi marido; que aunque le hallo perdido, en fin le hallo. Y lo que me consuela, que donde está esa dama no faltará qué comer, y así, «por mejoría mi casa dejaría».

El hombre se quedó mortal, y la picarona, torciendo el camino, dejó el empeño, cuando a pocos pasos encontró a otro galán, y, deteniéndola, dijo:

—¿Cómo ha venido al Pardo con tanto atrevimiento y tan compuesta? ¿Creyó que no sabía yo acá? Engañose; pero a tales mujeres deste modo se castigan.

7.- Era el hospital de mujeres, y se tiene noticia de que su patio fue uno de los primeros lugares de Madrid en que se representaron comedias.

Diola unas cuantas bofetadas, tan bien dadas como merecidas. Levantó el bramo, injuriosa, a cuyo reclamo acudió el otro galán y, dejando a su mujer, sacó la espada, donde se encendieron unas buenas cuchilladas encima de aquellos aparadores del suelo. El tal galán a quien encontró su mujer quedó con una estocada y el otro huyó. Retiraron al herido para curarle y la mujer se desmayó viéndose falta de consuelo, hasta que unos señores de un coche [...] <sup>8</sup> en él y vuelta en sí, la metieron en él y consolaron mucho.

Aplacose esta pesadumbre, armando en el mismo sitio un baile entre cuatro o seis picaronas, y al instante le cercaron ducientas personas; entonces formaron un lazo hasta que entró a bailar un galfarrón y luego otro, y sobre si la abrazó en el baile, si es permitido o no, se encendieron unos fuertes cachetes, tan en seco que hubo de salir la sangre a remojar los labios. Púsolos en paz un caballero muy oloroso que con brevedad pasó a sosegarlos. Pregunté a la Verdad quién era aquel hidalgo, y respondiome:

—Uno de los muchos entretenidos de Madrid, que, por que hagan reparo en él las damas, trae guantes de ámbar, vestidos muy al uso y las más ricas medias que hay; y, mirado por dedentro, duerme en una posada de la calle de los Negros en media cama que le cuesta cuatro cuartos, y a comer suele ir los más días en casa de su tío el contador, que vive en la Puerta del Sol en un sotanillo.

—Cierto —dije a la Verdad— que yo le tuve por un caballero poderoso

—No es más de lo que te he dicho —prosiguió la Verdad—; pero, según sus obras, vendrá a ser caballero muy estirado.

A este tiempo vi venir cuatro guardas de las de aquel Sitio en seguimiento de unos muchachos que venían cargados de bellotas y, medrosos, se acogieron al sagrado de la gente. Quitáronlos las bellotas y al irse las guardas con ellas llegó una dama y se las pidió, a quien muy servicial se las dio, diciendo mirase si mandaba otra cosa. Despidiéronse con esto, y los muchachos que vieron las bellotas en poder de la mujer y ausentes las guardas, estuvieron a quitárselas, y ella por defenderlas cayó en el suelo a modo de la lacia lechuga, que cae de troncho descubriendo buenos bajos, pero una camisa que a mí me dio vergüenza de verla.

Y volviendo a la Verdad y al Desengaño, los vi que guiaban a otro sitio, a quien fui siguiendo.

8.— Algo se extravió en el salto de línea (p. 44).

## DISCURSO IV

### DE LOS GIGANTONES EN MADRID por defuera y prodigioso entretenido

QUÉ descuidado de la muerte se ve el que se halla entre holguras, y qué ajeno del último quejido de la vida! Pocos pasos habíamos andado cuando vimos a un hombre que, mostrando poco sentimiento, decía a otro que con él venía:

—¡Famosos hemos quedado, sin tener qué comer!, si no es pan y vino, pues otra cosa no nos han dejado; porque la olla, aunque era grande, cargaron con ella, y con los dos asadores: uno con cabrito y otro con cuatro pollas.

—A fee que no fue un ladrón solo el que lo llevó —dijo otro—, y que si se hiciera alguna diligencia pudiera ser hallar el rastro.

—¿Cómo puede ser —respondió el primero— donde hay tantas gentes y tantas comidas parecidas a la nuestra?

Pasaron de largo con esto, cuando vi una mujer dando pasmosos gritos, y apretando las manos una con otra y levantándolas al cielo, decía así:

—¡Desventurada de mí! ¿Qué tengo de hacer? ¿Por dónde echaré, triste? ¿Quién me consolará?

—¿Qué tiene, señora? —le preguntó un hombre.

A quien respondió ella:

—Desdichas que tengo: el manto, señor; que le tenía en el enfaldo y de allí me le han sacado.

—Pues ¿qué hacía vuesa merced —replicó el hombre—, que dejó que se le quitaran de ese sitio?

—Caí, señor —prosiguió la mujer—: que me le quité, doblé y guardé para bailar con unas amigas, y cuando eché mano ya me le habían quitado.

—Bien empleado está —dijo el hombre—, que yo apostaré que no ha venido más de a celebrar convites y no habrá ido a rezar a la iglesia. Y si venía no más que a bailar, ¿para qué traía manto? Y si le traía para tapar su persona, hiciéralo, y con devoción visitara a Dios y volviérase a su casa. ¡Bien haya el ladrón que tal hizo!

Fuese la mujer, desconsolada, y la Verdad me dijo:

—¿Ves este hombre, que parece en su razones buen cristiano? Pues ha pecado en uno de los nueve pecados que hace propios el hombre siendo ajenos, porque holgarse del daño del prójimo y alabar al ladrón que hurta ya es ser cómplice en la maldad, y así, hizo propio el pecado ajeno.

Más adelante había tres hombres y un muchacho, a quien estaban dando lición de cómo había de entrar en las cocinas y sacar lo primero que hallase que comer, y que pues en tales días lo había sobrado, y sobrado descuido, que echase bien el ojo y emplease bien las manos, que ellos estarían a la mira para defenderle si acaso caía en la ratonera del cuida-

do. Con esto, más descuidado que el Diablo en la tentación, se fue, y ellos quedaron muy contentos.

—¿Qué te parece, amantísima Verdad?— dijo el Desengaño

A quien respondió que aquéllos habían pecado también en uno de los nueve pecados que el hombre hace propios siendo ajenos, «pues han mandado pecar a aquel muchacho».

—Así es —dijo el Desengaño—. Y por aquí me parece que veo espantables gigantes que, divididos, andan entre la gente.

—Sí harán —respondió la Verdad—, que han venido muchos en danzas para inficionar a los vivientes.

Aquí llegaban cuando vimos una mujer que lloraba y otra que la consolaba con estas razones:

—Hermana mía, tú harás mal de no ensanchar ese corazón, que estar tan sujeta a un hombre es infierno continuo; y no eres tan fea que no baste tu cara a que vuelva los ojos el más ajeno de amor, y más de cuatro se holgaran de tenerla tan y tan sazónada. Y así, hermana, da de mano a tanto yugo; que bastante ocasión tiene una mujer a quien dan sin causa.

—Bien dices —dijo la afligida—, que mi marido, o mi infierno, no repara en que él anda amancebado y que se suele quedar fuera de casa la noche que se le antoja.

—Luego bien te aconsejo yo —replicó la tal—; que si tú hicieras buen reparo, cuando los hombres hacen esas cosas y otras semejantes dan liciones a las mujeres de lo que han de hacer.

Con esto pasaron de largo, y la Verdad, por si lo ignoraba, me dijo:

—Esta mujer también ha caído en uno de los nueve pecados.

—Así es —la respondí—, pues da mal consejo, teniendo obligación, como cristiana, de darle bueno.

—Mira este lance —me dijo la Verdad—, que es bueno.

Era un hombre que estaba quitando una cortina de un coche, y pareciéndole que no podía hacerlo muy a gusto, sacó una navaja y cortó lo que se defendía de sus uñas. Pero apenas se apartó del coche cuando se le llegó otro de su mismo arte (que le había estado mirando) y le dijo: «Amigo, a la parte me llamo», con que los dos guiaron juntos.

—Aquí —dijo el Desengaño— entrambos pecaron gravemente: el uno en cometer el pecado y el otro en consentirle, con que también le hizo propio y cayó en uno de los nueve contagios.

Luego vimos dos hombres, y uno decía:

—¡Andad acá! No seáis de esa condición; que tienen muy bien qué comer y beber, y están allí Fulana y Zutana y se holgarán de veros.

—No os canséis —respondió—, que yo no he venido más de a rezar y a ver un rato esta bulla y volverme a casa.

—Habéis de venir, ¡voto a tal! —replicó el incitador—. Y basta que yo os lo pida.

—No os canséis, por vuestra vida —respondió—, que no quiero ver lo que ya dejé una vez; que el Diablo suele meter calor donde más frío hay, si ve ocasión, y así, el huirla es cordura, aunque vos lo tengáis por mengua.

—Sea lo que fuere —prosiguió el porfiado—, habéis de venir; que otra vez será lo que vos quisiéreis.

Con esto se fueron, y la Verdad dijo:

—Este porfiado también ha caído en uno de los nueve errores, pues con tantos alientos han incitado a pecar.

Luego vimos un hombre y una mujer que venían hablando acerca de otra, y esta tal decía al hombre:

—Cierto que tenéis buen gusto, porque mujer más sazónada no la tiene la Corte, ni talle con más sales ni rostro con más gracias.

—Por cierto, Fulana —respondió el hombre—, que no sé lo que es, que ella me tiene preso, y aunque reparo que es casada, tan ciego me trae su amor que no hallo camino para dejarla ni dificultad para proseguir.

—Callad —replicó la tal—, que nadie os culpará conociéndola a ella. Si yo fuera hombre tuviera notable envidia de veros gozar tanto agrado en un rostro milagroso y un pico que puede enamorar a un bruto. No seáis desagradecido a vuestra fortuna.

Con esto pasaron de largo.

—¿Qué te parece, Desengaño —dijo la Verdad—, de aquesta alabadora de pecados ajenos? ¿Si deberá tanta pena como el que comete el pecado?

—Así es —dijo el Desengaño.

Cuando se nos ofreció otro lance de dos mujeres. La una decía:

—De vos me he de valer, que podréis creer que a sólo hablarle he venido; que, si no fuera eso, no tenía yo el corazón tan alegre que me animara a ver fiestas. Y por más diligencias que he hecho no ha sido posible el poderle hablar a solas.

—Hermana mía —dijo la otra—, lo que por ti puedo hacer es ofrecerte mi casa, porque aquí, si le hablas, puede ser que lo vea alguno que se lo diga a su mujer, y no te estará bien. Lo mejor es mi consejo: allí está mi casa y lo que yo valiere; que aquí hay mucha gente y no ha de ser posible.

Fuéronse con esto, y la Verdad, dando un suspiro, dijo:

—También está encubridora se quiere ir a los Infiernos. Y, de mi opinión, aun más castigo merece el que encubre que el que ejecuta el delito, pues muchas ofensas se dejaron de cometer si faltara albergue. ¡Desdichados los que tal hacéis!, que gravemente enojáis a Dios haciendo propio el pecado ajeno.

Repararon estas dos mujeres en que las había escuchado otra, y así fue, pues atenta había estado a todo. Saludáronla y preguntaron qué hacía allí. Y ella, muy disimulada, respondió que estaba aguardando a unos muchachos que habían ido por bellotas.

—Por sus pasos contados —dijo el Desengaño— se viene al pecado esta disimulada, pues un buen consejo era más permitido que disimular el veneno; y sin darse por entendida de lo que había oído, pudo responder cuando la preguntaron qué hacía: «Estaba, hermanas mías, contemplando en el rigor de las penas del Infierno y la desdicha de los condenados; en el tremendo Juicio que en la presencia de Dios se toma a una alma y en el crujir de dientes del condenado a las penas eternas»; y diciendo esto pudiera ser el ocasionar algún dolor en los corazones de aquellas dos pecadoras.

Luego vimos una tropa de siete u ocho hombres que tomaban parte de lo que uno había limpiado en uno de los descuidados sitios. Uno decía: «¡Pringuémonos todos!»; otro: «¡Gocemos de la ocasión!»; otro: «¡A mí, que no pido!»; otro decía: «¡Vaya viniendo algo bueno!». Ello cosa de comer era, y con mucho gusto se untaban todos, aunque sabían que

era hurtado. Allí todos participaban del daño del prójimo entrando en la danza de los gigantes.

Luego vimos dos hombres que defendían a un mozo contra quien venía una mujer diciendo haberla quitado una bota de vino. El mozo negaba y los defensores enviaron enhoramala a la mujer, diciéndola el uno:

—Miren, la borracha, con la libertad que imputa a un hombre honrado de ladrón.

El otro la dijo:

—Quien tiene las hechas, tiene las sospechas.

En fin, la mujer se fue sin su bota y ellos quedaron con mucha algazara y bulla, guiando todos tres al consumo.

—Ves aquí éstos —dijo el Desengaño—, que por defender el pecado ajeno se han hecho participantes de la culpa y han incurrido en uno de los nueve venenos que hace propios el hombre.

—Así es —dijo la Verdad—, y todos éstos son enemigos míos declarados.

—Así es —dijo el Desengaño—; que a más andar huyen de ti y bien tarde han de conocerme. Plegue a Dios no sea cuando apenas haya aliento para respirar.

Aquí llegábamos cuando vimos un viento tan recio que parecía arrancar las encinas del Sitio, levantando gran polvareda y rumor como de animales en la brama, causando grande espanto hasta que, algo sosegado, vimos pasar tres gigantes, tan altos y espantosos que atemorizaban, así por lo fiero como por los visajes que iban haciendo. Pregunté a la Verdad quién eran, y respondiome que los tres enemigos del alma; que, aunque no los había visto pasar por el camino, era la causa que los mortales los tenían acá con sus pensamientos, imaginando en su idea la ocasión del pecado a vueltas de la holgura.

—Y ahora andan sembrando su veneno entre los mundanos lujuriosos y perdidos, a quien tienen cogidos con riquezas, vicios y vanidades, pues tanta gala en estas sierpes de las monterillas han de levantar una guerra campal en muchas almas, tan fáciles, que las hace volver atrás a todo el curso de su salvación un fingido ademán, y no los hace volver la muerte del mejor Hombre retratada tan a la vista. Y la mayor parte de los pecados sensuales se alientan de la infame gala, pues la gala que sólo se pone para ofender a Dios harto vil e infame es. Y luego, que no faltan bastardas cornejas para juntar partes y facilitar imposibles.

—Declárame esto de *bastardas cornejas* —dije a la Verdad.

Y respondiome:

—Si las alcahuetas fueran cornejas naturales guardarán concordia procurando paz, pues la corneja dice Valeriano Pierio que pone dos huevos, y, nacidos los pollos, si salen ambos hembras o ambos machos jamás se casan y perpetuamente guardan castidad; y por ser estas aves símbolo de la concordia las mandó esculpir en sus armas la reina Justina, con una letra que decía: *Concordia*. Pero estas bastardas y malnacidas son casamenteras de a media carta, sólo por las medias anatas que las tocan, sin creer que por sus buenas obras vendrán a parar en casa de Satanás. Y cierto que había el hombre casado de hacer un reparo harto importante para su salvación contemplando en lo milagroso del matrimonio de Dios, pues tiene tal gracia en la honestidad con que se vive con la propia mujer, y por el contrario la deshonestidad que pasa con el amigo. Y la experiencia puede hablar por los hombres; que algunos que, siendo casados, son también amancebados, en muchas

conversaciones cuentan los gustos que pasan con las damas, y aun llegan a extremo de decir cuántos y con qué sainetes; pero de la propia mujer jamás se alaba el hombre de lo que con ella pasa, y esto se atribuye a la gracia del matrimonio.

—Todo eso —dije yo— es perla de tu dulce nácar; pero lo que podré decir: que he oído alabarse a algunos hombres de haber maltratado a coces y puñadas a sus amigas; mas no he oído jamás que tal digan de la propia mujer. Y lo que diré de Historia: que cuando los gentiles hacían sacrificio a la diosa Juno, abogada de los matrimonios, sacaban la hiel al animal que la ofrecían, y la enterraban, significando allí que no había de haber amargura entre los casados.

—Eso ha de ser así —dijo el Desengaño; pero ¿cuántas mujeres habrá en la era de ahora que no querrán bajar el cuello al trabajo, aunque vean la necesidad dentro de casa y muy trabajoso a su pobre marido, sin reparar que el yugo del matrimonio a entrambos se le pusieron? Pero, olvidadas de todo, sólo tratan del afeite y la gala, aunque ande el duende de por medio. Y, haciéndolo así, poca concordia puede haber en tales casas.

—Así es —dijo la Verdad—, y en un tratado de Tertuliano (que es *Liber de ornatu mulierum*), hablando sobre el afeite y galas, dice que las mujeres mienten en lo que son y parecen, y que procuran dar a Dios en rostro con la mala hechura que en ellas empleó, pues le enmiendan sus obras, como faltas y descuidadas, provocando a los que las miran a que juzguen temerariamente viéndolas con atavíos y adornos de públicas pecadoras, siendo ya tan común que se dejan decir ellas mismas que ya no las quieren los hombres si no es por las galas y buenos bajos que las adornan.

—Todo lo que has dicho —dijo el Desengaño— es así, y la santa Escritura condena los afeites y compostura mujeril, como se verá a los diez y siete del *Apocalipsi*, hablando de la meretriz muy vestida y adornada de joyas de oro y piedras preciosas; y en la historia de Jezabel, matadora de inocentes, infamadora de buenos y robadora de lo ajeno, que se adornó los cabellos y alcoholó los ojos para contentar a Jehú, y al punto la hizo matar; y Judas no pecara con Tamar si no la viera adornada como pública mujer. Y en una epigrama de Ausonio reprehende a Delia porque se adornaba demasiado, diciéndola que mirase que cuantos la vían la tenían por mala, siendo virtuosa y buena; y, por el contrario, a su hermana la tenían por buena, siendo mala; y era la causa el no componerse y andar siempre honesta de traje. Y Ovidio dice, hablando de Claudia, la monja vestal, que fue infamada por preciarse mucho de andar compuesta, y que, no pudiendo todo el poder de Roma meter al puesto necesario la nao en que venía la estatua de la madre Idea a Roma, ésta Claudia la hizo oración por prueba de su virginidad y ella sola la llevó, atada con su cinta: tanto desprecio era en aquellos tiempos la gala; y ahora tiene en ella el Demonio todo su mayorazgo, pues por este medio engaña a necios. Y Tito Livio dice que Postumia, monja vestal, estuvo a peligro de muerte sólo por lo profano de las galas, perdiendo por ellas la reputación de la castidad. ¡Oh, quién en estos tiempos pudiera hablar de celosías adentro!, que a fe que había bien que decir en cuanto a la gala. Sólo con Jenofonte me meto, que dice que Hicómaco reñía a su mujer sobre que no se afeitase, diciéndola: «Para ti sola es enfadoso, y para mí, a quien solamente debes contentar, es ofensivo y dañoso; y pues las bestias se tienen amor y engendran sus hijos sin que ayude más de la inclinación, no será menos entre los hombres, que somos más inclinados al ayuntamiento carnal». Y

Lisandro, lacedemonio, no quiso recibir las galas que para su mujer<sup>9</sup> le enviaba Dionisio, tirano de Sicilia, y se las volvió al rostro diciéndole que su hija mientras más compuesta le parecería más fea y sospechosa, y que lo que más adorna a las mujeres es la honestidad, gravedad y vergüenza, con que la mujer vive rica, quieta y graciosa a los ojos de los hombres cuerdos. Ampáreme la Verdad misma en lo que de Pío Quinto se cuenta: que, habiendo su padre adornándose de galas para entrarle a hablar, no le conoció hasta que con su humilde vestido le vio; entonces le abrazó como a su padre. Pero, hoy, tan ajenos de la razón andan los hombres que, en viendo a otro que no está tan lucido como ellos, le niegan el lado y quitan la habla. ¡Oh confusa ceguedad!

—De la discreta Aspasia —dije yo— se cuenta que fue mujer de hermosura notable y de notable fama, y en todo, buen parecer; y que, habiendo sido mujer de Ciro y de Artajerjes, reyes persianos, jamás se afeitó ni cuidó de gala. Y de Escafa, otra mujer, se cuenta, y lo dice Plauto, que la notaban de necia porque con los afeites borraba la forma humana; y uno la dijo que sin duda tenía muchas faltas su cara, pues las tapaba con colores supuestos, y que mirase que sólo olía bien aquel o aquella que no huele a cosa postiza, y que lo postizo y el natural sudor hacían una mezcla que olía a la cochambre del más puerco bodegón. Y el otro día vi en cierta parte de la Corte una mujer más descuidada de la muerte que de la cara, y tan vieja que, admirado, la detuvo un soldado y dijo: «Si para los hombres se componen vuaced, muy engañada vive; y si se adereza para morir, el silicio y el esparto la harán más hermosa.»

—¡Qué bien dijo! —replicó el Desengaño—. Famoso ha sido el cuento. Quiérole pagar con otro. En una epigrama de Lucilio, burlándose de otra vieja que se teñía el pelo y afeitaba la cara, la dice que deje de loquearse, pues por más que disfrace las canas no encubrirá la vejez, y por más que estire las arrugas de la cara jamás la allanará, y por más color que se ponga nunca remozará, sino que en lugar de mostrar quien es representará ajena persona. Y que mire que todas sus diligencias no bastarán a volverla de Hécuba,<sup>10</sup> Elena.

—No es mal cuento ése —dijo la Verdad—; pero yo quiero decir el mío, según Plinio cuenta de la hermosa Frine: que formó un juego en que entraban muchas mujeres muy hermosas y lucidísimo auditorio. Siendo el juego que la que por suerte fuese reina había de mandar lo que quisiese y había de ser obedecida sin excusa alguna. Cayó la suerte a la hermosa Frine, y, viéndose reina, lo primero que mandó fue que la trajesen agua, con la cual se lavó la cara y las manos, y luego se limpió con un paño, quedando aun más hermosa de lo que estaba; y como mandase que hiciesen lo mismo todas las que jugaban, obedecieron muy contra su voluntad, pues las más de ellas quedaron carátulas fieras, llenas de manchas y de mal parecer y muy corridas, y cesó el juego.

—Famoso ha sido el cuento —dije yo—, como de tal boca; pero lo que yo oí contar una vez a un hombre fidedigno: que vio a una mujer tan emplastado el rostro que aunque la picó una avispa en una mejilla y cayó en el suelo (señal de haber dejado aquella aguda púa dentro de la carne), tanto era el afeite que no sintió la lanzada. Y lo que yo oí en cierta casa de la Corte a dos mujeres, que, según las razones, eran madre hija; y fue que la hija se quejaba muy amargamente, diciendo a su madre que cómo habiendo tenido en su casa

9.- Plutarco cuenta esta anécdota referida a las hijas de Lisandro.

10.- Segunda esposa de Príamo, rey de Troya.

una boda no la había convidado, y que donde había habido tantos estraños convidados, ¿cómo faltó lugar para una hija? Y la madre, algo risueña, la respondió: «Hija mía, mucho os quiero; y si fuerais entendida en eso se conociera, pues para venir a la boda habíais de buscar galas prestadas para lucir y vuestro buen rostro le habíais de afeitar, y yo, que os contemplaba tan trocada y desconocida, me temí no os perdiéseis y se estrañase vuestro amante esposo, que vive contento viéndoos de ese modo y no sé cómo os mirara de otro».

## DISCURSO DE LOS GIGANTONES EN MADRID por defuera y prodigioso entretenido

**O**H, qué cierto es el ser los gustos visperas de los pesares!, pues apenas acabamos nuestros cuentos cuando cada cabello de la cabeza se me erizó viendo un fierísimo gigantón que iba capitaneando cinco gigantillas fieras y asquerosas, apadrinándolos un viento tan fuerte que ocasionaba notable temor. Y a breve rato se dividieron cada uno a diferente parte, donde más gente había. Pregunté a la Verdad qué visiones eran aquéllas, y me respondió que aquel gigantón tan horroroso era el pecado de la Gula, y que las Gigantillas eran sus hijas, y se llamaban: Alegría necia, Chocarrería, Parlería, Embotamiento de la inteligencia y Corporal inmundicia.

—Y éstas —prosiguió la Verdad— siempre se hallan con su madre y acuden donde hay glotones, apoderándose la una del cuerpo y las cuatro del alma, entregándose a la una el Entendimiento, embotándole y ofuscando la Inteligencia, y las otras se van a la Voluntad, naciendo della alegría, gozo y chocarrería para hacer reír a otros. Y siempre el ojo a la mejor tajada, sin perdonar el vaciar más vasos que forja un platero; y por esto se llaman los tales ebrios, y los templados se llaman sobrios.

Aquí llegaba la Verdad cuando oímos en las bullas del sitio muchos brindis (con que conocimos que ya habían empezado a comer), oyéndose agasajos y convites, diciendo unos: «¡A la salud de Fulano!»; otro: «¡A la de mi señora doña Zutana!»». Y de aquí nacían unos golpes de risa que herían las encinas del Sitio. Unos se sentaban sobre sus capas, otros en el suelo y otros andaban alrededor de las mesas tomando las presas que otros los daban.

Luego vi que cercaban algunas mesas pobres que pedían limosna, y en algunas los despedían sin sazón de piedad y en otras los decían: «¡Vayan a servir al Rey, que bastante salud tienen para ello!», cuando vi a un hambrón miserable ocupadas las manos con un pedazo de pan y un trozo de carne, granizando migajas de la boca atacada de vianda, que porque se le llegó un pobre dijo:

—Sólo por esto no se puede venir al campo a comer, pues en viendo poner una mesa la cercan pobres enfadosos y cansados que no dejan rebullir la gente.

Hice reparo en el pobre, que como vio tanta sequedad en este tronco y que aunque le regó la vista con lágrimas no le ablandó la infernal dureza, guio a otra mesa donde comían un hombre y una mujer con una criatura en los brazos, y así que llegó el pobre y oyó su petición le dio piadosa audiencia haciéndole sentar junto a sí el hombre, y de todo lo que había en la mesa le fue dando, sin descuidarse con el aliento de el trago.

Absorto estaba lo compasivo de mi discurso viendo esta caridad hecha con tanta llaneza y amor, cuando de otra mesa, cercada de algunas veinte personas, se levantaron dos hombres acudiendo a sus espadas, haciendo lo mismo los demás y dando voces las mujeres. Alborotose esta mesa y las cercanas a ella; pero como había tanta gente no los dieron lugar para reñir a los apasionados. Pero ya habían rodado platos, ollas y escudillas y pisado

la gente sobremanteles y viandas, quedando todo malparado. Fuéronse sosegando unos y otros, oyéndose por un lado: «¡No más fiesta al Pardo!»; otro decía: «Esto, conmigo se podía usar». Una mujer decía: «Cada uno en su casa y Dios en la de todos»; otra decía: «Bien lo dije yo, que el señor Fulano nos había de dar pesadumbres».

Luego vi que una vieja que había tenido cuidado con la ropa y comida y no se había descuidado en visitar la bota mientras la gente había ido a coger bellotas, formando medias razones hacia fieros visajes. Bamboleándose atrás y adelante, decía, relamiéndose los labios y pestañeando los ojos desiertos de cejas: «Claro está que la razón tiene camino».

Preguntele a la Verdad la causa de haberse levantado aquellos dos hombres con tanta ira a tomar sus espadas, y me respondió que, de aquellos dos, el uno tenía allí su trapo y el otro andaba a los alcances de entrapajarse; y al darla una pechuga de gallina delante del otro, lleno de cólera, le dijo que le cortarían las orejas y a ella la cara, y por eso se levantaron por las espadas.

—¡Buenas cosas —dije yo— pasan en este sitio, y a la vista de todo un sangriento Dios-Hombre!

Y el Desengaño me dijo:

—No te admires. Sólo trata de hacer reparo; que tienes mucho que ver y notar, y al fin del día mucho que discurrir.

Aquí llegábamos cuando vimos otro gigantón que, echando mano a la espada, parecía amenazar a todos los mortales. Seguíanle cinco gigantillas fieras y espantables, que con los ojos espantaban y atemorizaban con ira. Pregunté a la Verdad quién era aquel gigantón y gigantillas que le seguían, y respondiome que el grande era el Capitán Ira y la gigantillas eran sus hijas, y que, según lo que decía San Gregorio y Santo Tomás, venían a ser: Hinchazón de alma sencilla, Injurias de palabra, Gritería, Indignación y Blasfemia.

—Mira cómo va la Ira capitaneando a sus infames hijas, y mira cómo se dividen a diferentes partes.

Atento estaba mi cuidado cuando vi que de una de las bullas del sitio se levantó una pendencia de dos hombres, tan airados que no bastó a poner en paz cuanta gente había en el sitio su desatenta fiereza. El uno decía con unos ojos de sierpe herida que le había de matar, aunque fuese dentro de la iglesia, y el otro forcejeaba por desasirse de los que le detenían. En fin, tan airados, tan coléricos, tan precipitados y tan olvidados de sí los tenía la ira, que no reparaban en cosa criada. Pregunté a la Verdad la causa, y respondiome que de burlarse de manos habían llegado a semejante extremo, y que de ordinario eran conteras de las burlas de manos las pesadumbres.

Luego vi una moza que, desasiéndose de dos mujeres, decía muy airada que no la había de sujetar su madre tanto, y que también la había criado Dios con su alma como a cualquiera. Y que bien sabía ella la causa de todo y haría sacar la lengua a la vecinilla chismosa; que mejor era mirara sus razas y no reparara en las motas de los otros.

—Oh, qué mal parece —dijo la Verdad— tanta ira en una doncella! Y más en ésta, que porque su madre la reprehende se ha cubierto de ira aun contra su misma madre.

—¡Cuánta lástima se debe tener —dije yo— a las mujeres que enviudan y las quedan hijos!; que, faltos de miedo, hacen lo que quieren y siempre salen malos; porque la piedad de las mujeres es mucha, y, viéndose solas y con hijos, siempre lloran al mirarlos, aun en las mismas travesuras. Y si los llegan a reprehender otros siempre es la primera palabra que se

dice: «Hijos criados sin padre», y la respuesta de su madre es la más ordinaria: «¿Qué los he de hacer? Son muchachos: algo han de dar al tiempo de lo que es suyo. Harto trabajo tienen en ser huérfanos de padre».

—Esta doncella airada —dijo el Desengaño— es ingrata a toda razón, pues aunque la tuviera de su parte había de callar y perder algo de su soberbia.

Luego vi otra mujer que daba desatentas voces, que, bien oídas, eran maldiciones airadas contra su marido porque la había dado una bofetada por haberla hallado bailando fuera de su rancho.

—¡Ladrón infame! —decía—. ¡Borracho! ¡Malnacido! ¡Piojoso! ¡El alma te tengo de arrancar con estas manos! ¿Adónde está mi ira, que con sólo mirarte no te acaba la vida? ¡Merezco yo esto, siendo quien soy? ¡Maldita sea quien contigo me juntó, que si aquí la cogiera a la mala vieja alcahueta la había de devanar las tripas! ¿Son éstas a las fiestas que me traes? ¿Para esto me hiciste buscar dineros prestados, avergonzándome yo a otros y tú muy repapilado en la cama? No importa; que yo me vengaré de ti dándote a entender quién es Calleja.

A todo esto callaba el marido. No sé si lo hacía de cuerdo o manso, con que su quietud daba bríos a la ira de la mujer.

—¡Oh mala mujer! —dijo el Desengaño—. ¡Oh mal hombre, si das ocasión, falto de cordura, perdido y vicioso, dejado y holgazán, para que tu mujer, siendo pobre hormiga, críe tantas alas! ¡Oh mala mujer, pues no reparas que tus pecados son siempre más notados que los del hombre, y que sois vasos aptos para la virtud y santidad, y por eso son tan notadas las manchas que se descubren en vuestros paños!

—Ateneo en su libro trece, capítulo tercero, maldice al segundo hombre que se casó, por no haber escarmentado en los infortunios del primero, que fue el que no mereció pena por no haber experimentado tan fiero basilisco; y el poeta Menandro abomina de cuantos hombres se casan, pues por su gusto se echan una albarda a cuestras; y el trágico Carcino afirmó que para significar cosa mala bastaba decir *hembra*. Pero yo digo que sólo hablan de tales mujeres como ésta, no con las atentas y virtuosas. Y bien viene a este tratado el cuento del otro, que cuando quería jurar y ser creído llamaba a su mujer y, poniéndola la mano en el hombro, decía: «Por esta cruz que Dios me dio que es verdad lo que digo». Y el otro, que, habiéndose casado con una mujer muy pequeña, reprehendiéndole un amigo del mal empleo, le respondió: «¿Qué queréis? Si todas las mujeres son malas, del mal el menos».

Apenas dije esto cuando vi un hombre que corría en el alcance de un muchacho, y, habiéndole cogido, eran tantas las puñadas y patadas que le daba, que, compasivos, llegaron algunos hombres a quitársele; pero tan airado estaba que con todos quería reñir, forcejeando por volver a castigar al muchacho. Y, sabida la causa, era porque no había tenido cuenta con la olla y se había ido a coger bellotas.

—Poca causa es la de este muchacho —dijo la Verdad— para que le haya castigado, pues más causa ha dado él para la pena; que desde que vino se ha estado jugando los naipes y ha perdido los cuartos que traía y la poca paciencia con que, cubierto de ira, ha querido romperla en el muchacho, sin acordarse que aunque es día de misa no la ha oído. Pero ¡son tantos los que se quedan sin ella por venir a este sitio!; que, madrugando, salen de Madrid sin oírla, y acá en hacer lumbre, en poner la olla y en aguardar a que yerva para

hacer sopas, en hacer luego el almuerzo, se pasa el mediodía y cuando suben a la iglesia oyen decir en el camino «Ya no hay misa», y sin llegar a aquella misteriosa ciudad de Jerusalén donde representa aquel cadáver sangriento la muerte del manso Cordero, se vuelve a bajar. La Verdad dice esto, y el Desengaño aconseja que metan la mano en el seno los que van a esta holgura. Y yo pregunto que a qué se va; y me holgara que respondieran las señoras de las monterillas; pero yo las daré su San Martín, que por este tiempo es la fuga de tal holgura..

Aquí llegábamos cuando vimos pasar otro gigantón de infernal catadura, llevando tras de sí seis gigantillas. Éstos iban con graves y espaciosos pasos, sentándose cada instante. Pregunté a la Verdad quién eran aquellos siete demonios, y respondiome:

—Ésta es la Pereza y sus hijas, que, según San Gregorio, son seis: Malicia, Rencor, Pusilanimidad, Desesperación, Entomecimiento para cumplir con las cosas de Dios y Vagueación del alma a cosas ilícitas.

Esparciéronse, aunque con cansados y perezosos pasos, y a breve rato vi un hombre que, riñendo con una mujer, la decía:

—¡Levántate de ahí, montón, que no sé dónde tienes paciencia para estar tanto tiempo sentada! ¡Mira aquella olla si está ya cocida y ordena de que comamos!

A todo esto se estaba más arrellanada que puerca recién parida, y, tirándome del brazo la Verdad, me dijo:

—¿Ves esa mujer? Pues, de pereza, por no levantarse de donde está no se ha desayunado, ni ha oído misa ni la oirá. Y la olla, si no fuera por una vecina que ha cuidado de ella, como el marido la puso así se estuviera. Y en su casa es lo mismo todo el año; que yo no sé cómo hay hombres de tal condición que puedan caminar al paso de un asno cansado y lleno de mataduras. Repara en aquella dama de la monterilla encarnada. Mírala qué pensativa está arrimada a aquel álamo; que en el tiempo que ha que está allí ha subido y bajado tres veces una hormiga cargada de sustento a lo más alto del árbol. Y tan perezosa es que aunque la está dando fiero tormento un zapato (que tiene dos puntos menos de lo que ha menester), por no bajarse a aflojarle se está mordiendo los labios de dolor. Pero para componerse y afeitarse bien ágil andaba esta noche pasada; que a las dos ya se había puesto la color y mirado al espejo más de cien veces a ver qué tal cara la hacía la monterilla, contemplándose mirada de cuantos hombres viniesen al Sitio. Y la desdichada no hace reparo ni pone diligencia en cosa de provecho, y a tanto grado llega su pereza que ha que la está picando un piojo en los pechos más de dos horas, y por no mirarse la está alanceando; y aquella mosca que tiene en el ojo ha media hora que rejonea, y de pereza no levanta la mano y la espanta, sufriendo aquel martirio. Pero dejémosla con decir que jamás friega olla ni hace la cama: sólo cuida de la cara y las manos, y en llegando la noche se queda dormida en cualquiera sitio, roncando como quien es. Repara en aquella vieja que empina la bota, que no ha dejado palmo de tierra en todo el Sitio que no ha corrido, y en cuantas partes ha hallado conocidos ha hecho pausa hasta que la han dado de beber o lo ha pedido.

—Parece que la conozco —dije a la Verdad—, y estotro día la sucedió un cuento sazonado; y fue que salió por un jarro de vino llevándole tapado debajo de la saya, y al traerle lleno llegó a emparejar con una reja donde hicieron ruido y, al levantar los ojos para ver la causa, tropezó, falta de la vista que había empleado al ruido, y fue dando tres o cuatro traspiés, si cay o no cay, y después que se cobró arrimó a sí una muletilla que traía y,

descubriendo el jarro, le echó tres bendiciones viendo que no se había vertido, diciendo: «¡Bendígate Jesús! ¡Bendígate María! ¡Bendígate José!». Y luego, dándose con la muleta en los pies, dijo: «¡Malditos seáis! ¡Si me hubierais vertido el vino...!». Y cuando, de pereza, no sale envía a una vecina por ello, dándola para el gasto de todo el día; y cuando se lo bebe de una vez, moja el suelo y sale llorando, maldiciendo a los perros porque la han vertido el vino.

—Pues con todas esas gracias —dijo el Desengaño— no ha oído misa, de pereza por no subir a la iglesia. Y a fe que para llevar y traer recados bien ágil es. Si así lo fuera para otras cosas tocantes a su alma... Pero ella más quiere la del jarro que la de sus carnes.

—Mira aquella mujer —dijo la Verdad— que está sentada junto aquel muchacho, tan perezosa que por no ir con los demás de su cuadrilla y no levantarse del sitio donde ésta ha dejado ir solas a dos hijas suyas entre gente no conocida. Y tal es su pereza que por no volverse del otro lado se deja herir de un canto que se le mete por una asentadera; y como la ha visto tan divertida el muchacho, la vesitado la faltiguera y la ha sacado los cuartos que tenía: a tal extremo llega su pereza. ¿Ves aquel hombre tan suspenso, junto aquel carro? Pues más ha de tres horas que se fue su mujer diciendo que iba a misa; aunque mintió: que a buscar su perdición fue adonde la esperaba. Y tan perezoso es este miserable que se está muriendo de hambre y por no levantarse de aquel sitio lo sufre. Y el otro día, oyendo ruido encima de su vivienda, dejó que se levantara su mujer y fuese a ver la causa. Y la causa era la que ella quería ver, y tan perezoso es que se estuvo quedo en la cama, tardando la mujer en volver más de media hora, y cuando la vio entrar en la cama la preguntó «¿Qué era?», y ella le respondió: «Un gato hambrón que viene a buscar qué comer», y así que oyó esto, volviéndose del otro lado, dijo: «¡Mal año para el diablo! Y ¡el ruido que hacía!», y con esto empezó a roncar.

—¡Oh, qué trabajoso achaque —dijo el Desengaño— es el de la acidía o pereza, pues pensativo, encogido y triste está discurriendo en todos los pecados mortales sin alentarse a dejar aquella pesadez tan mala! Un mismo movimiento es menester para apartarse del frío y llegarse al calor, y lo mismo es menester para huir de lo malo y acercarse a lo bueno. Y David, en su psalmo treinta y seis, dice que para seguir lo bueno se ha de dejar lo malo. Y San Agustín dice que el pecar consiste en apartarse de Dios y llegarse a las criaturas; y la virtud, en apartarse de las criaturas y llegarse a Dios. De modo que el perezoso que sólo ha venido por tragar, sin alentarse a buscar a Dios y sólo para la holgura es ágil y para buscar el bien del alma se cubre de pereza, cuéntenle entre las hijas de la Acidía bailando los gigantones. Y aunque los cantan que en viéndose cansados hacen el arrimón, estos gigantones siempre están cansados, roncós, acatarrados y imposibilitados de toda virtud, y así, se deben arrimar como inútiles, vencidos a manos del infame vicio. Y cuando veo a algunos perezosos ricos, ligeros y ágiles para la ofensa de Dios y con alma de sapo o tortuga para enjugar las lágrimas de la necesidad, me aparto de su vista, espantado de ver gigantones espantosos, abominables y sangrientos que huyen del camino de la virtud creyéndole lleno de espinos y abrojos y, cubiertos de pereza, jamás se atreven a empezar a caminar a la patria de Dios, en cuyo servicio se pierde la pereza.

—Verdaderamente —dijo la Verdad— que la acidía es un pecado que nacen sus raíces de una profunda tristeza de ver el acto de virtud y bienes en las otras personas; y como la caridad tiene por objeto a Dios, como bien divino, así la acidía tiene por objeto una

profunda bajeza de espíritu y siempre tiene por dificultoso el alentarse a las diligencias espirituales, y así, queda por pecado mortal y enemigo de la caridad, que es diligentísima en obrar y no sabe qué cosa es cansancio.

Apenas acabó la Verdad su razón cuando todos los cabellos de mi cabeza se erizaron al ver un gigantón, el más fiero que jamás vi. Iba haciendo visajes y cantoneándose, desvanecido en una gala que le adornaba, mirándose y creyéndose hermoso, rico y bien afortunado, y por detrás se le vían las entrañas podridas y hediondas, llenas de gusanos, y todo él fiero y abominable y asqueroso. Llevaba en su compañía siete gigantillas muy parecidas a su maestro. Admirado y absorto, pregunté a la Verdad quién era aquella espantosa visión, y respondiome así:

—Ésta es la Soberbia, y las siete gigantillas son sus hijas: Desobediencia, Desvanecimiento, Hipocresía, Pertinacia, Discordia, Invención de novedades y Desabrimiento; y, según Santo Tomás dice, aquellos pecados que se ordenan para el fin que pretende cualquiera de los siete capitales son sus hijos, y el fin de la vanagloria suya es manifestarse capitaneando a aquellas siete infames raíces.

Pasaron de largo, dividiéndose entre toda la gente del Sitio, cuando se conoció el veneno que sembraban en unas tropas de damas, más compuestas de galas el cuerpo que de buenas obras el alma, cantoneándose y procurando ser vistas haciendo gala de la misma desvergüenza, y por huir de tan fiero veneno nos fuimos de aquel Sitio, que en lugar de consagrarse a Dios se profana.

## DISCURSO VI DE LOS GIGANTONES EN MADRID por defuera y prodigioso entretenido

**S**UPLICO a Dios, cuya soberana efigie se venera en este Real Sitio, que con los ojos de la razón vean los mortales sus yerros y conozcan su pecado pisando este campo santo con la veneración que se debe.

Ya había sembrado la soberbia su fiero veneno cuando vimos una mujer que cierto parecía valer lo que puesto llevaba más de mil ducados, y en la mano un espejo en cuya luna miraba las menguas de su rostro. Pregunté a la Verdad quién era aquella señora tan adornada de galas y mirada de todos, y respondiome así:

—Ésta era calcetera, de las que aderezan medias y echan soletas, y llevándola un hombre unas medias aderezar, le pareció bien su rostro y la dijo que se las llevase en estando aderezadas, diciéndola su casa y que sería regalada. Y cuando llevó las medias, de un lance en otro se quedó en casa, echando el tal señor una hermana que tenía sólo porque le reprehendía sus vicios. Murió en breves días dejándola toda su hacienda, que se componía de ocho mil ducados, y ahora se ha revuelto con un caballero forastero que la ha dado aquella gala. Y tan desvanecida soberbia es, que la parece que todo el mundo es poco para ella, sin creer que los bienes que fería el Demonio son tan durables como la flor de la enredadera, que sale pomposa y ufana, compuesta de vanidad, hasta que a la primer luz del Sol queda tal que ya no es más de horror. Pero esta desvanecida no se acuerda que su padre zurcía zapatos, y, estraña a toda buena razón, ha negado a sus padres y se tiene por hija del caballero Esplandían y de doña Belianisa de Grecia, y con poca vergüenza, llamándose Juana Gómez se ha puesto doña Fulana de Sandoval. Y así, la misma vanagloria es esa mujer; y ella y las de su color, vida y entretenimiento son enemigas de los Evangelios de Dios, porque el Evangelio es predicar lo bueno para desterrar lo malo de todo linaje de gentes; y que la virtud desea ser mejorada, y se huelga y regocija en verse labrar y que la corten sus excesos. Estas mujeres son contra la razón, pues huyen de la palabra de Dios confesando sin propósito de la enmienda, dando mal ejemplo con su vida hasta que acaban miserablemente ellas y lo que han adquirido, porque lo mal ganado siempre se lo lleva el Diablo.

Con notable gusto había escuchado a la Verdad cuando vi un hombre que, apasionado y colérico, no hacía caso de otros que le llamaban, hasta que, adelantándose el uno, le detuvo diciéndole que aquello no había de pasar más adelante, y así, le diese la mano de amistad. A lo que el tal colérico respondió que él no había de dar la mano para un puerco sucio, que a un criado haría que le matase a palos; que para reñir con él era muy vil y bajo.

—Sea lo que se fuere —dijo el tal—, ya hemos llegado nosotros y no ha de pasar adelante.

—Vuestas mercedes me han de perdonar —replicó el colérico—, que yo no tengo de hacer amistades con un nombre tan baja esfera.

Pasaron de largo y yo pregunté a la Verdad quién era aquel caballero. Y el Desengaño me dijo:

—Este cuitado ni me conoce ni se conoce, pues, olvidado de que su madre vendía mondongo y su padre era mozo de sillas, ha tomado tanta majestad con cuatro reales que tiene, que, olvidado de quien es, habla creyendo que nadie le conoce y se vende por hijo de don Amadís de Gaula y la linda Hermeliana.

—¡Oh vanagloria infame! ¡O soberbia mal nacida! —dijo la Verdad—. ¡A cuantos has destruido que, presunciosos y vanos, han querido igualarse en parte a Nembrot.

—Estos hombres —dije yo— son brutos, pues no reparan que si blasonan de lo que no son viven engañados, pues de cualquiera conversación que se ausentan, los que quedan al despedirse él, dice el uno: «¡Miren el buen Fulano, qué lucido y medrado que está!». Otro dice: «¡Sí, y en breve tiempo!». «¿Le conocéis vos?», pregunta otro, y respóndele: «Sí le conozco, y mejor que vos; que me acuerdo cuando servía a Fulano». «Mejor le conozco yo (dice otro), que nos criamos juntos y conocí a sus padres. Y su madre se ganaba la vida a santiguar y por tapar faltas ajenas la golpearon la traición, y su padre era escudero de la mujer de un escribano». «¡Bueno es eso (dice otro) para la caballería que vende y gasta!». «Pues no es más de lo que habéis oído», dice el primero.

—De todo eso se libran —dijo el Desengaño— portándose cada uno como quien es, estimando a todos sin despreciar a ninguno, siendo llano aunque sea rico, respetando a los que trata y conoce, procurando el semblante y trato afable como de pobre, acudiendo a las necesidades como rico; que, haciéndolo así, todos le alabarán el afable proceder y poca presunción y se librá de murmuradores; que no hay más infame polilla en el mundo, pues se atreve a roer las estatuas de mármol, púrpuras Reales y guirnaldas de laurel.

Así que dijo esto el Desengaño vimos una dama de monterilla emplumada, con notables galas, aunque poca hermosura. Íbala galanteando un hombre vestido de color, las mangas y el tahalí bordado de oro, capa de grana con puntas de plata y el sombrero hecho una provincia de plumas, tan ufano y altivo que daba que notar galanteando aquella estatua de Venus. Componíase el pelo y luego el bigote, y ella se iba derrengando para sacar al campo los niños fuera de la prisión del jubón (que por nombrar poca edad han puesto este nombre a los hombros). Tan ufanos y vanagloriosos iban, que daban que hacer a la vista de todos, pasando a la murmuración. Pregunté a la Verdad quién eran aquellos señores, y respondiome:

—Ella ha sido criada de una comedianta, y él es un paseante sin renta ni juros.

—¡Que dices Verdad santísima! —dije—. Mira que vale el vestido que lleva él muchos reales, y si sustenta aquella deidad ha menester muchos ducados.

—No te espantes —prosiguió la Verdad—, que ella tiene muchos que la acuden, y así sustenta aquel tufo soberbio, y él campa como muchos que hay en la Corte.

Luego vimos a otra mujer que, desasiéndose de algunas, iba con unos ojos soberbios, diciendo:

—¡Trate mi madre de su negocio, que yo sé lo que me importa!

—Mira, niña —dijo una mujer—, que las madres siempre aconsejan lo bueno a sus hijas.

—No necesito de consejos —replicó—, que los puedo dar yo; y no he menester sermones caducos, que bien digo yo que las viejas habían de tener otro mundo donde vivir con sus impertinencias cansadas.

—¡Oh soberbia desvanecida! —dije.

Y la Verdad me dijo:

—¿Ves a la doncellita en algún tiempo? Pues con todo su saber no sabe confesarse, ni aun las oraciones; pero bachillerías, hartas.

—Pues dime —dije a la Verdad—: ¿por qué la reñía su madre?

—Reñíala —me respondió— porque la había convidado un caballero con el coche y ella le despreció. Y es la causa que la estaba mirando otro a quien la importa agasajar; que con harto dolor de su alma dejó de aceptar el convite, que por ir en coche una mujer, aunque sea al Infierno, va con gusto.

Hízonos mudar sitio la fiereza de otro gigantón, tan triste, melancólico y pensativo que daba horror su fiera catadura. Llevaba en la una mano asida una bolsa, y detrás de sí siete gigantillas tan espantosas que parecían tragarse el mundo. Pregunté a la Verdad quién eran el gigantón y sus secuaces a quien iba capitaneando, y respondiome:

—Ésta es la Avaricia, y las siete gigantillas son sus hijas: Traición, Engaño, Falsedad, Mentira, Juramento falso, Desasosiego, Violencia y endurecimiento contra la misericordia. Porque las hijas de la Avaricia son codicia superflua de riquezas, pecando por mucho guardar; que los bienes que Dios da no los da para que se entierren, como el otro hizo a su talento por que no se le perdiera, y sin valerse dél faltó a las obras de misericordia sin adquirir con él para que al tiempo de la Cuenta pueda decir: «Este talento que me diste le he empleado en obras de caridad, en hacer bien a mi hermano y en sustentar mi persona moderadamente. Vesle aquí que te le vuelvo con lo que ha ganado». El que esto hace buena acogida hallará en la largueza de Dios viendo lo bien que ha empleado el caudal que le dio. Pero los avarientos sólo se convierten en deseos de adquirir y guardar, enterrando y escondiendo, sin aliviarse a sí ni a nadie, levantando una polvareda de desasosiegos en el alma, llena de fraudes, cautelas y mentiras, hasta que acaban como Judas, dando el fruto como el cardo.

Dividiéronse estos ocho diablos sin provecho entre alguna gente del Sitio, donde hicimos reparo, en una de las mesas del campo, en un hombre que recogía lo que de la comida le había sobrado, sin perdonar hasta las migajas; y aunque le decía una mujer que reparatiese aquello a los pobres que estaban alrededor, respondió:

—Mañana es otro día, y quien guarda halla. Y no se ha de dar todo a los pobres, que también yo lo he menester. Y vuesa merced es muy manirrota, que por su parte ya hubiéramos dado con el cuerpo en las goteras.

Con estas avarientas razones guardó los desperdicios y despidió a los pobres, aturdiendo con sus voces a la mujer.

—¡Oh, que miserable hombre! —dije a la Verdad.

Y respondiome:

—Bien podía con el hacienda que tiene hacer muchas limosnas; pero aun de sí no cuida; que si reparas verás que se le sale la negra camisa por entre los rotos calzones, y los zapatos son de los valientes y los remienda por sus manos; y el sombrero tiene más grasa que caridad su dueño; y a las piernas sólo aquellas medias de estambre las tapa; que calce-

tas y escarpines en su vida se los ha puesto. Y si la mujer le riñe que por qué no es limpio y curioso y trata bien su persona, la responde: «Oyes María: sin calcetas y sin escarpines se puede pasar, y calzoncillos de lienzo no los he menester; que harto se hace en poder comer, pues para pan apenas se alcanza y no está el tiempo para flores». Y le verás que va a la plaza en tiempo de besugos y pregunta a cómo vale la libra; dicenselo y entre sí responde: «¡Ave María! ¡Que haya hombres tan perdidos que en un pez echen tanto dinero!». Y con esto se va a su casa a comer la olla, que se compone de una libra de cabeza de vaca y otra de nabos, y de allí guarda para cenar

—Diferente hacía —dije yo— un hombre que conocí, que iba a la plaza en tiempo del buen bocado y preguntaba a cómo valía, y, sabido, decía entre sí: «Deste regalo lo menos que se puede llevar son dos libras», y sacaba el dinero que montaban y lo iba repartiendo a pobres, y luego decía: «Cuerpo mío, mañana morirás y este bien que haces allá te lo hallarás. Y más vale alabanza de cien pobres que el gusto de un paladar».

—¡Qué diferente hacen todos los que vienen a este Sitio —dijo el Desengaño— tan cargados de comidas y tan faltos de caridad!

—Bien dices —dijo la Verdad—, y más si son todos como este miserable avariento.

Luego vimos pasar un hombre riñendo con otro, que, según pareció, era el ventero de la venta del Sitio. Decíale que le pagase de haber cocido la olla dentro de la casa y haberle dado leña y todo lo que hubo menester. A quien respondió el tal que aunque le ahorcase por un cuarto no le tenía, y que a la lumbre donde él había arrimado su olla habían cocido las suyas otros treinta y todos lo habían pagado; que, así, bien podía entrar él de barato. En fin, tan remiso estaba que dio ocasión a que le quitase el sombrero de la cabeza.

—Mucho atrevimiento ha sido —dije— a un hombre con barbas en la cara quitarle el sombrero por tan poco interés

—Déjalos —dijo la Verdad—, que tan miserable avaro no le hay en Madrid. Y como de ordinario la avaricia carece de ley y quien carece de ley anda falto de cortesía, ahora me ha parecido mejor que jamás por verle descubierta la cabeza; que aunque pase por delante de una imagen no se quita el sombrero por no gastar el aforro, porque dice que destruyen a un hombre los aderezos de un sombrero. Y el otro día le vieras llorar porque oyó decir que valían las lantejas a diez cuartos, y el sentimiento era porque cuando valían a catorce maravedís compraba una libra y con ella comía él y su gente aunque fuese tiempo de carne, porque decía que eran cordiales y sanas, y sólo lo hacía por ahorrar. Y tiene más de cincuenta mil ducados, que heredó de sus padres; pero no le deben una misa hasta hoy, y ha que murieron diez años, y cuando se acuerda dice entre sí: «Si mis padres hubieran menester misas dejaránlas encomendadas, pero supuesto que no dejaron más de ciento, y tanta hacienda, no las habrían menester para descargar el alma de la pena merecida. Discretos eran. ¿Quién me mete a mí en dibujos ni adivinar si ellos tenían dichas muchas en vida?». Con esto anda el mísero nadando en el cieno de su vida, y la mujer que tiene no es dueña de mandar un cuarto, ni halla camino para poder quitársele, porque él es comprador, y tan miserable que no hay que buscar desperdicios en su casa ni limosna ningún pobre. Tenle lástima, no porque le hayan quitado el sombrero, si no es por la triste muerte que ha de tener. Y cuando va por la calle y ve que da limosna alguno, dice entre sí: «¡Oh, qué caballero tan dadivoso! Mejor fuera guardar para mañana, y no que con franquezas daremos al traste brevemente». Y porque un muchacho pariente suyo le pidió el otro día

para un pastel se hizo más de mil cruces en el rostro, diciendo: «¿Es posible que tenga yo pariente que enseñe tan mal a sus hijos», y luego le dijo: «¡Niño malcriado! Si has comido ya en tu casa lo que has menester, ¿para qué andas hambreado? Sin duda te pareces a tu padre, que cree que el hacienda de los otros es para él. ¡Malos años le topen, que él no es mi deudo! Tu madre sí: a ésa yo la dejaré cuando me muera para un avantal. Y con tanta avaricia vive que, en quitando del pesebre un macho en que anda, ata un perro bravo que tiene por que la mujer no barra el pesebre para dos gallinas que tiene consentidas por la granjería de un huevo que le da cada segundo día. Y allí donde le ves, caerá malo, y por no dar dos reales a un doctor se dejará morir como quien es, porque cuando acuerden a darle los sacramentos le hallarán tan debilitado que, sin recibirlos, se partirá a visitar los espantosos senos de la avaricia. Y aunque a su mujer la ha aconsejado el Demonio que ofenda al yugo santo para tener qué gastar, no ha querido, temiendo a Dios y a la ofensa de su esposo. Y en pago de la cristiana atención ha de quedar preñada de un hijo, con que será dueña de toda la hacienda.

—Aquí se me ofrece —dijo el Desengaño— un ejemplo tan verdadero como notable que sucedió a un logrero avariento, que, por que le sepa el mundo te le contaré para que le escribas, pues todo aquello que se endereza para bien y provecho del prójimo y servicio de Dios permitido es. Sabrás que en un lugar de Castilla había un logrero, hombre tan avariento que para contar sus obras era menester un libro de cien pliegos. Tenía dos hijos muy varios en condición, pues el uno salió parecido a su padre y el otro tan contrario como el día y la noche. El entretenimiento del padre era labrador, al parecer, pero de alma almacenadora de granos: logrero vil de intención dañada. Vino un año tan abundante de pan<sup>11</sup> que bajó el trigo notablemente. ¡Oh desdichado trato, que sólo se goza cuando llo- ran todos los pobres! Viendo sus trojes llenas y que no valían la cuarta parte que creyó, se cubrió de tal tristeza que con ella llamó a la muerte para que se obscureciese su infame anhelo. Murió y entraron los hijos heredando. El piadoso dijo a su hermano así: «Pues que nuestro padre nos ha dejado tanta hacienda, razón será que sus honras sean como debemos y como quien es, pues ha sido tan adquiridor para dejarnos». Usábase en aquel tiempo y en aquel lugar, juntamente con la misa de cuerpo presente, un sermón en que el orador evangélico procuraba alabar al difunto cuanto era posible. Aconsejó el piadoso hermano al otro que se buscara un predicador el más elocuente y sabio que se hallase, y que se convidase a todo el lugar con tiempo y tratasen de repartir misas, pues se conocía en las pocas que había dejado su padre (dejando tanta hacienda) el que obrase la generosidad de sus hijos y reparasen que cuando murió su madre no había nada sobrado en la casa, y que, así, habían sido cortos los sufragios, y que se acordasen de ella y se hiciese todo antes de partir la hacienda. El hermano, que atento había estado, respondió, como hijo muy parecido a su padre, desta suerte: «Si vuesa merced, señor hermano, quisiere andar franco, más de lo que meramente estuviere en el testamento, sepa que ha de ser por su cuenta, que lo que es mío para mí lo he menester. Y no sé el tiempo que ha de venir para empezar a malrotar desde luego». <sup>12</sup> El buen hermano, dándosele poco de la sequedad de aquel corazón tan parecido a las entrañas que le habían engendrado, ordenó de buscar

11.— Cereal.

12.— Malgastar ya.

predicador. Había en el lugar un convento del seráfico llagado Francisco de Asís; fue a su casa; preguntó por la celda de el guardián; lleváronle a ella acompañándole muchos religiosos (como le conocieron, que en cualquier estado ha sido siempre acariciado el poder); dijo al guardián a lo que iba y cómo Dios se había llevado a su padre, con que, apiadado de su terneza el santo guardián, mandó llamar a un religioso gran predicador, a quien encomendó el sermón para el siguiente día, encargándole el alabanza del difunto. Dióle la palabra el religioso, aunque estirando las cejas, pues conocía el no deberle un bodigo<sup>13</sup> al difunto nadie del convento. Despidiéronse con esto; vino la noche y el religioso se retiró a su celda a estudiar el sermón. Cansado de leer y ver que en todos los capítulos que buscaba hallaba que los avarientos se labraban ellos mismos el Infierno, y luego oía la voz del Espíritu Santo, que dice: «Maldito sea el avaro que, ambicioso, quitare al mísero el grano de la boca», confundíase entre sí, diciendo en su temeroso corazón: «¿Qué tengo de alabar en un hombre tan miserable y avariento? ¿Cómo sonará mi alabanza en el oído de quien le conoció? ¿Cómo cumpliré con mi oficio si no digo la verdad? ¿Cómo he de profanar aquel lugar dedicado sólo para decir el Evangelio? ¿Qué tengo de hacer? ¿Qué diré? ¿Por dónde empezaré? ¿Cómo cumpliré con mi guardián? ¿Quién me abrirá camino?». Confuso y triste estaba cuando a lo lejos oyó unas sordinas tristes y unos destemplados parches, siendo causa que, algo atemorizado, escuchase con más atención. Pareciéndole ir oyendo de más cerca aquel espantoso rumor, consolose mirando a un Cristo crucificado (que en cualquiera aflicción no puede hallar el mortal otro amparo más fuerte y prompto, pues siempre está con los brazos abiertos. ¡Oh santísimo advitrio<sup>14</sup> de Dios en dejarse clavar de aquel modo!); suplicole le diese fuerzas y alentase para salir de tal confusión, cuando le pareció que el ruido se oía en el mismo convento, y a breve rato notó que llegaba a su celda. Arrimose a la parte de la soberana efigie de su Salvador, cuando vio abrirse la puerta, entrando por ella unos fieros espíritus a caballo, en espantosas figuras, con varas de justicia levantadas en alto. Luego un pregonero, y después, sobre un jumento, al miserable difunto de quien había de predicar: llevaba a la garganta una gruesa sogá de esparto, de la cual tiraba un sayón<sup>15</sup> espantable. Así que todos estuvieron dentro de la celda, el pregonero entonó la voz, diciendo: «Esta es la justicia de Dios, que manda hacer a este hombre en cuerpo y alma, por avariento logrero, enemigo de los pobres, ambicioso, soberbio y pesaroso del bien común, que sea ahorcado y que el padre fray Fulano diga en el púlpito lo que ha visto. Y para que sea creído se le quedará un pedazo de la sogá en que ha de ser colgado». En tanto que duró el pregón ejecutó la justicia el verdugo en una cabeza de viga que salía de una tapia o tabique de la celda, y luego el fiero ministro cortó la sogá, dando el triste y miserable cuerpo en el suelo llevando a la garganta un trozo y quedando otro en la viga. Desaparecieron con esto al son de sus trompetas y cajas, quedando el religioso tan postrado al ensayo mortal con que lo vio, que así amaneció. Concurrió mucha gente a la iglesia; llegose la hora de predicar; empezó el rumor, causado de la tardanza del orador, siendo forzoso el ir a la celda. Llamaron, pero no respondió, hasta que por mandado del guardián echaron la puerta en el suelo, a cuyo ruido volvió en sí el religioso, pero tan

13.- Panecillo.

14.- Arbitrio.

15.- Verdugo.

perdido el color que daba bastantes señas de lo que había pasado. Preguntáronle la causa de su descuido y respondió que había sido un profundo sueño. En fin, con la brevedad posible se compuso, diciendo que ya bajaba. Levantó la vista a la viga que había servido de espantoso suplicio y vio en ella la sogá que dejaron los ministros; tomola y, metida en la manga, bajó al púlpito; santiguó su afligido rostro y, mirando tanta gente y tanto luto, dijo así: «A mí se me ha encomendado este sermón de las alabanzas de Fulano, y yo que no sabía cómo empezarle, Dios me manda que diga cómo se condenó su alma avarienta, bajando los espantosos senos del Infierno ahorcado por mano de un demonio. Y para que lo creáis, destapad su cuerpo y cotejad la sogá que tiene al pescuezo con ese pedazo que yo traigo». Y, diciendo esto, sacó la sogá de la manga arrojándola encima del ataúd. Destáparonle los religiosos que se hallaron más cercanos, y así que todos vieron tan tremendo prodigio se hundió o sumió en la tierra el cuerpo de aquel mísero y desdichado. Así que vieron esto toda la gente que había en el templo, salieron huyendo unos; otros, contritos, se enmendaron a la luz de tal ejemplo; y de los dos hijos, el bueno, habiendo visto en lo que vino a parar su padre, arrojándose al suelo y besando la tierra, cuya dureza regó con mucha copia de lágrimas [...] <sup>16</sup> hasta que sus ruegos y peticiones merecieron el hábito santo; y el otro hermano, tan duro como su padre, vivió y murió imitándole. Y el otro en breves días acabó penitentemente.

16.– Algo se omitió en este pasaje; p. ej.: ‘juró de hacerse religioso en el mismo convento, y en él permaneció...’

## DISCURSO VII

### DE LOS GIGANTONES EN MADRID por defuera y prodigioso entretenido

**A**Y de mí, triste! (decía un sabio). ¿Si me he de saber aprovechar oyendo tantos ejemplos de cuyos avisos puedo temblar? Confieso que entre el gusto del oír me venció el temor del escuchar, pues en medio de lo suspenso la tristeza arrojó lágrimas a mis ojos habiendo oído tal ejemplo.

Aquí llegaba mi discurso cuando vi un gigante espantoso que venía por una senda, a quien hacía guía un perro y a quien seguían cinco gigantillas fieras (que, a mi ver, parecía que se venían mordiendo las manos). Pregunté a la Verdad quién eran, y respondiome:

—Es la Envidia, y como el perro es animal muy envidioso, la va guiando. Y ella va capitaneando a sus hijas, que son: Odio, Murmuración, Detracción, Contento en las adversidades del prójimo y Dolor de sus prosperidades; porque todo pecado envidioso es o por deseo o por palabra o por obra; si por deseo, entra el odio contra el prójimo; y si de palabra manifiesta, es holganza de ver deshacer los bienes del prójimo; y si secreta, entra la murmuración.

Apenas pasaron cuando se dividieron entre algunas gentes del Sitio, conociéndose en un hombre que iba diciendo a otro:

—¡Qué queréis! Si la hacienda que él tiene tuviera yo, bien sé que la luciera.

—Mas él es un miserable —dijo el otro—, que no vale dos cuartos; y si no fuera por las galas que se pone, es un coco. Y en verdad que me han dicho que su padre fue aguador.

—Yo no lo sé —replicó el otro—, pero me holgara de verle en alguna ocasión, a ver si era hombre por sus manos; que yo apostaré que es un cobarde presumido. Y ha dado en escribir sus pocos de versos y le dan auditorio cien tontos que no saben cuál es su mano derecha.

Pasaron de largo y pregunté a la Verdad quién era el personaje de quien murmuraban aquéllos, y respondiome:

—Es un hombre honrado y quieto y de buena fortuna, que basta para que le censuren estas envidiosas tarántolas.

—Por tu vida —dije a la Verdad— que me digas qué es tarántola; que, aunque he oído hablar della, no he dado crédito a nada de lo que he escuchado.

—Sabrás —dijo la Verdad— que la tarántola es de la hechura y forma de un lagarto, y el animal más envidioso que hay, pues sabiendo naturalmente que la pelleja que se desnuda es de provecho y medicina, se la come por no dejar aquel alivio al hombre. Y, ansioso, le cela hasta que le puede morder; y según en la hora que lo hacen y la disposición en que coge al hombre (según Dioscórides), engendra en él accidentes muy varios; porque unos cantan, otros lloran, otros ríen, otros saltan, otros duermen, otros sudan, otros tiemblan; y no tienen más remedio que la música, la cual en cuanto dura están en sí los tarantados. Así son los envidiosos: muerden a los buenos que ven lucidos, y en cuanto anda con ellos

la música del agasajo cesan sus hambrientos colmillos; pero, en faltando, vuelven a morde sin perdonar crédito, sangre ni honra, hasta en las costumbres y la fe de cada uno.

—¡Notable pecado! —dije yo—. Y harto penetrante; que creo que han sido muy pocos los que no han gozado de su veneno. Y por eso dijo San Agustín: «Dichoso el hombre que mira medrado a su hermano sin envidiarle, y dichoso el que mira el montón de oro sin envidia».

—San Agustín —dijo la Verdad— fue gran conocedor de los pecados, como tan amante de todas las virtudes. Y por que veas y oigas lo horroroso del albergue de la envidia, te he de pintar su estancia, forma y sustento. Cuentan de la diosa Palas que bajó a la lóbrega habitanza de la Envidia, que era una cueva oscura y fría metida en unos hondos y tristes valles, tan profundos que jamás los vio el sol y tan sombríos que aun el aire no los tocaba. Estaba la cueva llena de moho y cubierta de hollín, toda cuajada de frialdad, y con ser Palas tan varonil no se atrevió a entrar dentro, y con el cuento de la lanza que en las manos llevaba llamó y se abrieron las puertas, y vio en el portal a la Envidia que estaba comiendo carne de víboras (que era con que alimentaba sus vicios). Y por no mirar tan sucia y mala cosa volvió la vista otra parte; pero así que la Envidia la conoció, se levantó empezando a esperezarse y desencoger aquellos tristísimos nervios, mostrando en su espantoso semblante la tristeza que tenía su dañado corazón viendo delante de sus ojos una mujer tan hermosa, limpia y adornada, manifestando el pesar con que daba honra a lo bueno. Y al verla tan galante y bien armada no pudo detener los tristes y pesarosos suspiros que arrojó al aire regañando fieramente de dolor, de manera que la hermosa Palas volvió la vista y vio el pesar que había tomado: tenía la cara amarilla y muy chupada, el cuerpo desflaquecido, los ojos turbios y bizcos, los dientes derrubiados,<sup>17</sup> amarillos y muy denegridos, el pecho lleno de hieles, la lengua bañada en ponzoña, sin conocerse en su mala cara lugar de risa, si no era cuando veía en otros dolores y pesares. Jamás supo qué era dormir, porque la desvelaba el cuidado de ver a otros mal pasar, notando los sucesos humanos, consumiéndose cuando los veía prósperos. Y entonces se muerde y reniega de ellos y de sí, porque el bien del otro la sirve de notable tormento. Y por eso, pintándola Alciato, dice: *Invidia foemina squalida, manducas carne viperas*; una mujer sucia y asquerosa comiendo carnes de víboras.

—Este contagioso vestiglo trae dentro de sus entrañas el envidioso, a quien jamás verán lucido ni medrado. Y, si no —prosiguió la Verdad—, repara en aquel hombre tan pensativo que está arrimado a aquel coche, que en viendo pasar a alguno con más lucimiento que él tiene cierra los ojos, y cuando ve algún miserable roto y pobre se alegra. Y mírale qué medrado que está, que sin jugar ni gastar con el amor ni la gala ha consumido muy gruesa hacienda sólo con ser envidioso. Mira aquellas dos mujeres que están fígando de cuantos pasan; de si la otra es suyo lo que lleva o si es prestado o alquilado; si lleva bien tocado el pelo y si es postizo o no; si la otra es hermosa o lo hace el adorno; si tiene buen cuerpo y si la miran algunos; si la dieron la gala; si está mal empleada, si tiene buen gusto quien tal da, si lo consiente la madre; si ha tenido dicha en pocos días y otras con mejor cara no tienen qué ponerse, si hay o no hay ojos que de legañas se enamoran. Y deste modo no han cesado sus lenguas envidiosas en todo el día.

17.— Mal dispuestos, deformes.

Aquí llegaba la Verdad cuando vimos un coche que llegó, en que venían seis mujeres de honesto arte y de caras honestas en quien se conoció lo bueno. Apeose a quitar el estribo un hombre de buena edad que, siguiendo el coche, había venido en un caballo, y con mucha cortesía las compuso lo ajado de la ropa, guiando luego al templo de la Verdad. Llegose mucha gente, entre la cual no faltó la envidia, pues al volver la espalda empezó una mujer a decir a otra:

—Éstas viven en el Mentidero y el coche es del Conde de Tal; y aquella que va delante se llama doña Fulana. Habrán comido en la Fuente de la Reina y ahora vienen a ver la bulla. Miren por cierto, y ¡qué bravo toldo! Sin duda piensan que no las conocemos. Pues a fee que no ha muchos días que no teníamos qué nos poner ni qué comer; pero todo se granjea con el palmito adornado.

Decía todo esto con unas razones relamidas y unos visajes de rostro que me obligó a preguntar a la Verdad qué causa la movía a aquella mujer a decir tanto mal, y la Verdad me respondió:

—Esta mujer es en extremo envidiosa, y en todo cuanto ha dicho ha mentido: sólo lo ha hecho por envidia de las galas que llevan.

—¡Buenas cosas hace la envidia! —dije—. Y por que veáis que también sé comentar, quiero volver la memoria a la pintura que hizo la Verdad de la fiera ponzoña envidiosa, y para ello me he de valer del mismo Dioscórides. Higinio dice que fueron los padres de la Envidia el gigante Palante y la infernal laguna Estigia. Gigante quiere decir monstruosidad, y Estigia, tristeza. Con razón nació de tales padres la Envidia, pues toda ella es tristeza del bien ajeno; y tal tristeza, ¿de quién había de nacer, sino de infernales padres? Pues el envidioso tiene por hábito el pasar tristezas a trueque que las pase otro, y la Sabiduría dice que por la envidia entró el pecado en el mundo. Y es cierto que con cada pecado que el Demonio comete se le acrecienta su mala ventura, pero se huelga de padecer muchos tormentos a trueque que el hombre carezca de la vista de Dios. Una singular condición tiene la maldita envidia contraria a los otros pecados: que cualquiera de ellos se cansa, se aburre y avergüenza; pero éste, en lo que otros hallan escarmiento topa su acrecentamiento. Los humanistas significan la envidia con la Hidra Lernea,<sup>18</sup> monstruo de muchas cabezas criado en los sucios tremadales y profundos barrancos, en cuya muerte trabajó infinito Hércules, y tanto, que hubo menester ayuda, porque de una cabeza que la cortaba la renacían muchas. Miremos ahora a los otros pecados y los veremos contentos con una cabeza, de un objeto a que tiran. Como la ira, que sólo aspira a la venganza de la injuria sin curar de otra cosa; y la gula, que sólo es su ansia a los manjares que desea su apetito; y la infernal lujuria, a la hambre de la sensualidad; pero la envidia no deja cosa buena a quien no ladra, pesarosa siempre de la riqueza ajena, de la honra, de la hermosura, de la ciencia, de la buena fama, del buen proceder y de todo cuanto ven sus atravesados ojos, produciendo a cada meneo un acto detestativo, con que tiene infinitas cabezas. En fin, hija de la Soberbia, y así, se arma contra todas las excelencias, procurando abatirlas y ser ella sola la ensalzada. Y la mayor maldad que se ha descubierto en los envidiosos es que si a uno se le reprehende amablemente el que deje tan aborrecible vicio, concibe nueva envidia contra aquel que procuraba su salud, mirándole ya como a merecedor de alabanza. Y sólo me

18.— De Lerna.

parece que es su remedio la muerte: cuchillo afilado en la rueda justiciaria que cortará tan abominables cabezas. En sitio hundido, húmedo y lleno de moho dijo la Verdad que se alberga esta fiera: ahí se conoce la vileza del corazón humano que a tal basilisco recoge en sí. Diódoro dice que el odio significa al dragón corajudo, que sólo trata de morder en los carcañales de los que ve medrados. Miren en estas mujeres si se conoció, pues al ausentarse la honestidad la empezaron a morder, como siempre a la fama que lleva tras de sí la virtud. Y el pintarla en valles sombríos y hondos es porque allí no llega el viento de la doctrina católica ni hiere el sol claro de el Espíritu Santo: tan infernal es la envidia, que carece de todo este bien. Y por remate dice que es pecado contra toda la naturaleza, pues sólo se ríe cuando los otros lloran.

Perturbonos otro gigantón, nada mejor que el pasado, que, atravesando por entre toda la gente del Sitio, iba muy alegre por una parte y triste por otra, llevando tras de sí ocho gigantillas muy adornadas de galas y riquezas. Pregunté a la Verdad quién eran, y respondióme así:

—Este gigantón es la Lujuria, y las ocho gigantillas son sus hijas, que, según San Gregorio, son: Ceguedad del entendimiento, Inconsideración, Inconstancia, Precipitación, Amor de sí mismo, Aborrecimiento de Dios, Amor a la vista del mundo y Aborrecimiento de la otra; y así, dice el Teólogo que cuando las potencias inferiores se dan con mucho afecto a sus objetos, las superiores padecen desorden en sus actos y operaciones. Todo esto dispone el lujurioso.

Pasó esta danza, dividiéndose entre las gentes de aquel Sitio, conociéndose en infinitas personas que, picadas de su veneno, empezaron a moverse contra sí mismos.

—Atiende —prosiguió la Verdad—, que con este gigantón y sus hijas tenemos mucho que ver. Mira aquel hombre que se baja de aquel coche para que suban aquellas damas, que la una ha vendido escafpines y la otra naranjas.

—¿Es posible —dije—, y con tantas galas?

—Sí —dijo la Verdad—, que con el pecado sensual han llegado, por los servicios que hacen al Demonio, a estado de coche. Y en el que vinieron las ha faltado, porque las trajo un caballero y acá ha encontrado a su padre y le ha sido fuerza desamparar al amor; pero este buen señor, así que las vio las brindó con el suyo, donde las llevará, que en esto emplea su hacienda: en galas y coche, para que todo sirva a la lujuria. Mira este que viene a caballo tan galán: más le ha costado a su padre de diez mil ducados en galantear a fuerza de galas y oro, y por eso le llaman la Pluvia de Júpiter. Y le cuadra tal nombre, porque Ovidio dice que por gozar Júpiter de la hermosura de Dánae, madre de Perseo, se convirtió en lluvia de oro, dejándose caer en el regazo de la Ninfa; y así éste, a poder de oro es dueño de muchos pecados, convirtiéndose en doblones. Mira aquel viejo verde, que parece lentisco, contemplando en aquella mujer del rebociño de felpa, que para enredar los ojos mirones le alquiló, con el guardapiés, en la Puerta del Sol; que más ha habido que ver y notar en ella que en cuantas han venido al Sitio. Y aquel hombrecillo feo que la escuderea y está haciendo tantas monerías es el demonio Asmodeo, a quien tienes pintado en tus *Tarasas*, y este viejo se ha encendido en fieras llamas al ver esta mujer, que en Madrid la llaman los que la conocen la Atalanta; y si este viejo hace el papel de Hipones vencerla con el oro que verterá en la carrera de sus vicios. Y después que vinieron a este Sitio, él ni ella se han acordado de subir al templo del verdadero Amor, por sólo enlazar ella muchos perdidos y

este perdido contemplar en ella. ¡Oh, cómo clama la razón, y con justa causa, contra estos que amparan y abonan al malo destruyendo y aniquilando al bueno! Y quien no lo creyere lea a Isaías. Mira aquella desgraciada mujer cómo ha tirado de los cabellos a aquel hombre y cómo lo ha tomado él a mucho favor. Mírale qué risueño que mira a todas partes, pareciéndole mucha dicha y notable empleo el suyo; que yo apostaré que si la mujer propia lo hubiera hecho casualmente en chanza, que la hubiera sepultado cien estados debajo de tierra, y de una mala calceta o escaquin desechado sufren cosas los hombres destos tiempos que es vergüenza el contarlos.

Así que dijo esto la Verdad vimos a unas picaronas con el cabello al aire, muy lleno de lazos de diversas colores, y mantillas guarnecidas con puntas y echadas por los hombros. Iba diciendo la una a un hombre:

—¡Quítate de delante, chulo, golilla de piojos; que no queremos nada tuyo! ¡Abate a un lado, cazcarria, que hueles a escaquines!

—Con todo su ofrecer —dijo otra—, ¿será para llevarlos mañana a la comedia a un aposento, que aquí no somos cazoleras?

—¡Por vida del Rey de hacerlo! —dijo el tal galán.

Y pasaron con mucha bulla, diciendo ellas que las fuese a coger unas bellotas que fuesen buenas. Pregunté a la Verdad qué personaje el aquel caballero, y la Verdad sonriose, diciendo:

—Palillos y cucharas vende por las calles de Madrid, y los que van con él son poco más o menos, y ellas son fregonas.

—Pues ¿con ese puesto —dije yo— jura por vida del Rey? Que verdaderamente creí que era soldado que había estado sitiado del enemigo y había sufrido hambre, desdichas y heridas por su Rey; que el tal es el que puede jurar por aquella vida que ha sabido defender a costa de su pellejo lleno de cicatrices, y de ordinario vacías tripas y bolsa.

—No son más de lo que te he dicho —prosiguió la Verdad—. Y en este Sitio del Pardo se ven y oyen cosas notables, porque la gente es de toda suerte, y aunque dicen que vienen a holgarse, no sé que sea holgura la que se reduce a ofensas de Dios. Repara en aquella mujer del tafetán por el rostro y el sombrero lleno de plumas que sentada está en aquel prado aplazando particulares con que vive, y toda ella es un retrato de la Quimera: un fiero monstruo de la sierra de Licia a quien venció Belerofonte. Dicen que tenía esta fiera la cabeza de león, el cuerpo de cabra y la cola de dragón; y si ello fue así, bien parecida es esta mujer a la Quimera, hasta en el obrar, porque su cabeza guedejuda y adornada es de león; su cuerpo sensual y pecador es como el de la lasciva cabra, y los fines de todos sus gustos son como la cola del dragón: sortijas escamosas llenas de veneno; que donde hay pecado, ¿qué buen fin puede haber?, y más si llega a cometer el último de su número. Ella por sí es toda una Quimera, pues cita a los hombres para quitarlos la sangre. Mira aquella dama a quien galantea aquel hombre, que no escarmienta de haber estado a los últimos de la vida, pues un hombre a quien ha comido toda su hacienda, hallándola con otro la dio de puñaladas, y por fin la vendrá a matar el amor fingido. Pero ella no hace reparo en que hay término de vida y número determinado en el pecar. Cuentan de Asledo, capitán romano, que vivió cruelmente, matando con bien poca causa a cuantos en la campaña topaba si no acertaban a declararle una enigma, que era preguntar: *Quod animal est, et quadrupes, et bipes, et tripes?*; Cuál es el animal de cuatro pies, de dos pies, de tres pies? Sucediendo

el matar a Nayo, un labrador pobre, de quien oyó en sus últimas razones: «¡Ay de ti, Asledo! ¿Si fuese este pecado el último de tu término?», siendo tanto el horror que recibió acordándose destas palabras que se retiró de toda ofensa. Pero yo no sé tanto vicioso como concurre a este Sitio con el eco de «Vamos a ver el santo Cristo del Pardo», cómo se atreven a ser públicos pecadores a la vista de aquel Lirio deshojado a quien acompañan venerables gallardetes de sayal, tremolando pobreza a fuerza de servidores de Aquel que tanto la amó. Y, aunque retirados en este desierto, no se ven libres de las mayores descomodidades que contarse pueden, porque mucha gente los hace trabajar en que los guisen la comida, otros se acuerdan cuando están en el Sitio de que traen poco pan y apelan a pedirlo a los pobres religiosos, gastándoles el sosiego, el pan, la leña, las verduras; hasta la paciencia, que, aunque tienen mucha, nacieron hombres. Verás una melindrosa, hecha todo un ramillete de caducas flores, que por pedir no más dará cien golpes a la portería para que la den agua, inquietando el sosiego de aquella casa que sirve de custodia al Clavel que nació de las entrañas de la más cándida Azucena.

—Cierto, Verdad santísima —dije—, que para reparar la desvergüenza que está establecida en el mundo, y en particular en Madrid, era menester que llovieran los cielos jueces de ojos claros; y para mí ha sido de gran consuelo el eco de la fama, que pregona en los aires: «Dichosa Corte del gran León Felipo, que gozarás después de tempestuosas calamidades tranquila serenidad con un gobernador desinteresado, amigo de pobres, piadoso, incansable celador de la honra de Dios y servicio de su Rey, a quien sin duda hiere al oído el clarín del Espíritu Santo para que, celador vigilante, gobierne los años de sesenta y seis cobrando fama de tercero Séneca de España».

—Ya que has hablado de jueces —dijo la Verdad—, mira aquellos dos hombres que se apean de aquel coche, que han sido jueces en ciertos lugares de Castilla; pero jueces malos: que sólo han guardado justicia al poder.

—Pues ¿cómo, siendo jueces —dije yo—, se apartaron de usar una virtud que conserva el mundo en paz? Pues si sólo se mostraron de parte del poderoso anduvieron mal, no como deben andar los jueces justos, pues San Agustín pregona que sin la justicia fueran los reinos cuadrillas de ladrones, y todos los del mundo la deben alabar y ensalzar, siendo recta. Y en un emblema del sapientísimo Alciato dice que los tebanos tenían algunas estatuas que representaban al Senado con su Príncipe, y que las estatuas de los senadores no tenían manos, ni la del Príncipe ojos, y que todas estaban sentadas. ¡Oh discretísimo emblema! Que da a entender que el juez no ha de tener manos para tomar agasajo de parte, y el príncipe no ha de mirar a parte alguna por que tal vez no le mueva la pasión, y así, juzgue y sentencie por lo ajustado de la causa que hubiere en él oído, procurando que venga bien organizada de testigos fidedignos, y que la justicia esté sentada, pues el Filósofo dijo en una letra al que sentado estaba: «Permanece», y así, la justicia ha de permanecer en su rectitud. Y en cuanto al recibir dádivas los jueces, lean el Derecho Civil y Canónico, que amedrenta con penas graves al juez que recibe dádivas algunas, mandándole que restituya, privándole de oficio en castigo de tal pena; y en tal caso, que la sentencia que dieron sea inválida, pues obraron sobornados. ¡Oh sentencia justa, pues dice un adagio: «Por interés, lo más feo hermoso es»! Y cierto que me hacen admirar algunas fábulas que leo, tan guarnecidas de sentencias como la que trae Celio Agustino en el jeroglífico de la Justicia, llamada Astrea, que, no pudiendo sufrir los pecados del mundo y tantas injusti-

cias como la codicia de los bienes temporales causaba en los hombres, se subió al cielo, y que la dieron asiento entre el signo de León y Libra, significando el ánimo que ha de tener la justicia, sin torcerse a parte alguna, en las fuerzas de León, y el peso y medida que ha de guardar en la Libra. Quiero rematar con decir que los griegos pintaban a la Justicia medida la cabeza dentro del cielo y el cuerpo y brazos en la tierra, dando a entender que el juez sólo ha de mirar a Dios, sin que le puedan perturbar humanos poderes, sin venderse hipócritas como los judíos, que traían colgadas de los capirotos las cartillas en que estaban escritos los Mandamientos de Dios para con este aparente engaño venderse por buenos y muy observantes de la ley. Así algunos, cargados de un rosario muy grueso pregonan que rezan, y estuvieran mejor aquellas cuentas en el alma, teniéndola de que hay muerte. Pero creo por verdad asentada que huyen de la doctrina de Arístides, a quien los atenienses hicieron Tesorero General, y al tomar cuenta a los tesoreros menores conoció en ellos gran ladrocinio, a quien hizo restituir con rigor, dejando con esta acción rico el Tesoro. Pero habiéndole acusado los agraviados, envidiosos mordaces, le fue en la segunda elección quitada la Tesorería. Pero luego, convencidos los atenienses viendo en Arístides virtud y fidelidad, le volvieron al puesto y, viéndose en él, empezó a disimular muchas cosas malas que vía, y con esto le amaban todos; pero un día festivo, en presencia de muchos, en voces levantadas dijo así: «Cuando yo obraba con rectitud y bondad de mi oficio me le quitasteis con descrédito mío, y ahora que obro mal, pues consiento ladrocinios, me honráis y os honráis conmigo. Así, buscad Tesorero de vuestro humor y condición; que yo no me puedo avenir con vosotros, que todos sois ladrones; ni vosotros os avendréis bien conmigo, que mi condición es estraña a la vuestra».

—Ése era justo —dijo el Desengaño—, que es un linaje de gentes que se acabaron muchos tiempos ha; que hoy no se trata de más servir que medrar, y así, a los Arístides arriarlos como gigantones que no danzan a gusto del mundo presente.

## DISCURSO VIII

### DE LOS GIGANTONES EN MADRID por defuera y prodigioso entretenido

**L** LOREN mis ojos la continuación de la vida, y ya que mis obras son demócritas, sean mis sentidos heráclitos. Lamentaba el corto lugar de mi estrella viendo tanto de que poder hablar y tan poco ocio para escribir, cuando, tirándome del brazo la Verdad, me dijo:

—Ahora desmaya tu ánimo, alienta y desecha la tristeza. Y cree que más tiene Dios por dar que ha dado.

—Así es —dije—, pues lo que Dios me ha dado en el mundo todo es percedero; pero lo que le falta de dar, que es la gloria, durará la eternidad de Dios, que será para siempre.

Un hombre nos inquietó que hablando iba con otro, y la Verdad me dijo:

—Repara en este gigantón, que, aunque danza en la plaza de el gusto, ya va dando hartos trapiés.

Atendí a todo, y vi un hombre muy alegre de rostro y algo encendido el color, que iba diciendo a otro:

—No seáis porfiado ni me vais a la mano, que los amigos no han de ser cansados consejeros. Si ella me quiere, ¿qué tengo de hacer? Mozo soy, no peino canas y Dios es grande. Si lo llegare a saber su marido, manos tengo y bríos no me faltan.

Pasaron con esto, y el Desengaño dijo:

—¡Oh perdido confiado! ¿Hasta cuándo has de pensar que no hay castigo y que Dios te ha de sufrir? Guárdate de una oleada de la muerte y mira que es demasiada confianza de la misericordia de Dios y que es flecha que disparas contra el Espíritu Santo y que, si te descuidas, se volverá contra ti; como los mastines de Polidoro, que, saliendo a caza, llevaba seis perros los más valientes que en el reino de Acaya se conocían; y habiendo visto que en el templo de Esculapio se había entrado un corzo, profanando el sagrado de aquel falso dios soltó los perros para que dentro del templo le despedazasen; y apenas se vieron sueltos los mastines cuando se volvieron contra su dueño y le hicieron pedazos y comieron las carnes. Guárdese el que, desatento, flecha pecados contra el sagrado Dios, que puede ser que todos se vuelvan contra él y le dejen tan malparado que no valga más que para dar horror.

—Diferente —dije yo— hizo el perro del romano Silanión, que, muriendo su amo en el campo, no se apartó nunca del cuerpo, guardándole de otras bestias hasta que fue enterrado.

—Este agradecimiento —dijo la Verdad— fue obra de Dios, porque Silanión llevaba a cuestras a los difuntos que topaba y los daba sepultura, y así, le guardo su perro hasta que fue sepultado. Y el rey Pirro de Piro topó a un hombre muerto y junto a él un perro, y, habiendo llevado a enterrar el cuerpo, se llevó el perro a su palacio, y un día, encontrando al matador de su amo, hizo contra él tales cosas de ladridos y bocados que fue preso y

confesó la verdad, siendo despedazado por sentencia de Pirro, dándole Dios este castigo porque se alababa entre sí de lo que hacía mal hecho. Y el romano capitán Galva no le pudieron matar sus enemigos hasta que mataron a un perro que le defendía. Caminando el poeta Anacreonte se le cayó la bolsa del dinero de modo que no lo sintió (porque sin duda sería poco, por ser caudal de poeta); pero un perrillo suyo se quedó de guarda hasta que volvió el amo, faltó del abrigo que había perdido. Y con el gran rey Darío, cuando huyó de Alejandro, se estuvo un perro suyo hasta que le mató el traidor Beso, y, siendo enterrado por mandado de Alejandro, se tendió el perro muerto junto al sepulcro. Y un perro del valiente Lisímaco, uno de los sucesores de Alejandro, viéndole a él muerto, lo sintió tanto que murió con él. Y cuando murió el pastor Dafnides, siciliano, se cayeron muertos entre ladridos y quejidos cinco mastines suyos. Y el músico Teodoro, así que murió, al echarle en el sepulcro se arrojó con él un perro suyo. Y cuando quemaron el cuerpo de Polo, aquel famoso representador de tragedias, un perro suyo se echó con él en la hoguera; y con Méntor hizo lo mismo otro perro, y un gozque de don Alonso, Conde de Benavente, viendo muerto a su señor se dejó morir de hambre.

—Mucho —dije yo— se podía hablar del amigable cariño de un perro, y en la historia de Sabino, romano, cuenta que, viéndole echar en el Tíber un perro suyo, se arrojó al agua y sustentó el cuerpo de su amo hasta que él se ahogó; y en la historia de Diotimia dice de otro perro que se echó sobre la sepultura donde fue enterrado su amo y allí se estuvo cuatro días hasta que murió. Pero más es de notar del águila del rey Pirro de Piro, que la había criado tan mansa y tan en su gracia que se andaba tras él y hacia grandes muestras de alegría cuando oía decir «¡Viva el rey Pirro!», y cuando le quemaron se arrojó el águila en la hoguera y se quemó con su dueño. Pero aún he de contar otro mayor extremo del amor: en la provincia de Acaya crió un rapaz a una culebra, tan mansa y amigable que retozaban los dos y se holgaban familiarmente, hasta que, con el tiempo, cobró grandeza y, guiada de su natural, huyó a los montes. Pasados algunos tiempos, caminando el mozuelo por aquella parte fue acometido de ladrones y, invocando el favor de Dios, dio voces, y, conociendo el eco la culebra, guio al reclamo lastimoso y, matando a los ladrones, libertó a su amante. Juan Evirato<sup>19</sup> cuenta de un monje que, habiendo curado la mano herida a un león, se quedó con él para siempre, y, siendo muerto, se echó el león junto al cuerpo del monje y quedó muerto. Y el obispo Guevara, en sus *Epístolas*, primera parte, cuenta que, siendo echado un esclavo en el coso a un fierísimo león, se llegó con halagos y se tendió a los pies del esclavo, conociéndole de una buena obra que había recibido dél.

—Nadie se espante de la fuerza del amor —dijo el Desengaño—, que Aliano, en su libro catorce de *Jeroglíficos*, dice que en la provincia de Etolia se enamoró un dragón de una doncella, y venía cada noche a dormir con ella y a la mañana se iba al monte, y, habiéndosele ausentado la doncella por tres días, se anduvo por el lugar dando silbidos hasta que, viéndola, fue tanta la alegría que recibió que dio espanto a los que lo vieron, y, revolviéndose al cuerpo, la halagaba blandamente el rostro; y aun se adelanta a más la historia. Y el mismo Aliano cuenta de un mancebo, cazador en Tesalia, que le cobró tal amor un dragón que le besaba el cabello; y más adelante cuenta de un indio que cuidaba de dos elefantes, macho y hembra, y que su mujer, recién parida, entraba tal vez a echarlos

19.— Juan Mosco, *Pratum spirituale*.

de comer llevando en los brazos un niño, y que la hembra tomó tal amor al niño que no quería comer sin que estuviese presente, delante y en la cuna, muy junto a ella, y que le ojeaba las moscas del rostro muy blandamente con la trompa, y que si lloraba le meneaba la cuna. Y Propicio, grande historiador, dice haber visto en la Marca de Ancona de Italia que, huyendo la gente de la ciudad Urbisalia de los enemigos que llegaban contra ellos, se quedó un niño envuelto en sus mantillas llorando en tierra, y que una cabra acudió a él y le dio de mamar mucho tiempo sin consentir que otro alguno le llegase, y si se apartaba a pacer volvía como un rayo en oyéndole llorar. Y el curioso que quisiere oír más lea a Eliano en *Varia historia*, y en el primero de los *animales*, y a Plinio en el décimo, y a Celio Rodigino en el tercero, y a otros muchos que hay; que yo sólo pintó el amor al bienhechor, diciendo que no sé qué amor tendrá a tantas ingratitudes aquel manso Cordero de Judá, pues si el cariño se cobra mediante las buenas obras, mire cada uno, según sus pasos, qué amor le cobrará Dios.

—Mira lo que viene por el camino —me dijo el Desengaño.

Y, volviendo la vista, vi un hombre echando porvidas y reniegos, en tal manera que me asombró al oírle. Decía a otros, que le detenían, que aunque se lo pidiera un Ángel no había de bastar, y que, aunque supiera condenarse, lo había de cumplir. Pregunté a la Verdad qué causa era la que movía aquel hombre para semejantes disparates, y, medio riéndose, me dijo:

—Este hombre ha venido en una mula alquilona, y al pedir en el mesón un cuartillo de cebada, la tomó en una criba y a pocas vueltas que la dio se coló toda por los agujeros, y al mirar tan pocos granos, o ninguno, se volvió contra el ventero diciendo que era un ladrón y que por estar en sitio Real robaba como quería; y a tanto se adelantó que, con recibir unas cuantas puñadas, ha salido echando de aquella maldita boca tantas porvidas y juramentos que parece un desesperado, prometiendo de matar al que le midió la cebada. Y es el caso que ha venido de Caramanchel y allá lo hay moscatel y puro, y tomó la cebada con relumbrones en los ojos y no vio lo que le echaron ni el trasto en que lo tomó. Y tan bien tratada trae la mula que bien puede creer que ha de volver a pie a Madrid, y le ha costado ocho reales de alquiler y otros ocho reales de gasto, y no ha comido hoy; y va aporreado y ofensor de Dios con cien juramentos y porvidas, y en su casa no hay un cuarto para mañana.

—Y ¿quién es el tal blasfemo? —pregunté a la Verdad.

Y me dijo:

—Éste vende camuesas por las calles. Y las pregona a trueco de hierro viejo, almireces cascados y plata quebrada, con que despierta la malicia en los muchachos golosos, pues no hay clavo seguro en sus casas. Y si con los juramentos que ha echado y ofensas que ha cometido tuviera discurso para oír, se le podía decir que ha pecado de todas suertes contra el Espíritu Santo. Y para el curioso digo que hay tres raíces infames de pecar que sustentan al alma, árbol de la vida, que son: ignorancia, flaqueza y malicia; y como son tres, también son tres las personas ofendidas: la ignorancia es contra la sabiduría de Dios; la flaqueza, contra su fortaleza; la malicia, contra su bondad infinita. Y todas tres claman contra el Espíritu Santo, de modo que con estos malos pecados de poder, saber y querer, la ignorancia se apodera del alma y la flaqueza del cuerpo y la malicia del sentido, con que, ciego el hombre, obra como tal. Y otro cualquier pecado siempre lleva estas raíces delante, por-

que todo pecado mana de la mala elección, porque el hombre se ama a sí, o a la criatura, más que a Dios, que es el Criador, siendo causa su ignorancia; que si obrara sin ella viera la ofensa y lo grave de la culpa, lo majestuoso, supremo y grande del ofendido, y lo sucio, asqueroso y miserable del ofensor y el daño que contra si comete, pues se priva de la gloria.

Con atención estaba mirando mi discurso los gigantones deste Sitio cuando noté que un hombre de madura edad venía dando consejos a otro; pero él no los admitía, pues le dijo dos veces que mentía él y cuantos lo pensaban. A quien respondió el anciano:

—Yo lo vi, mancebo, y basta; pero con vos la mayor curdura será el dejaros, pues contradecís a la verdad manifiesta.

—Contra el Espíritu Santo obra este gigantón —dije al Desengaño— Y, según lo visto, se me ofrece harto que decir, y es que tiene cinco hábitos el alma para decir verdad o mentira, y son: arte, ciencia, prudencia, sapiencia y entendimiento. Y como no puede llegar nada al entendimiento sin pasar primero por los sentidos, tampoco puede la voluntad apetecer cosa que no pase por el entendimiento; y así, sentado esto, digo que la voluntad no escoge cosa alguna de bien o mal sin que primero alumbre el entendimiento, con que en todo tiempo la prudencia es la maestra, porque siempre se halla estimada de los cinco sentidos y hábitos intelectuales, obrando como maestra de aquellos cinco talentos que la dan fuerza; y verdaderamente las obras humanas conforme a su dictamen se procede en las virtudes morales, que tocan a la discreción de la voluntad, por las cuales uno merece nombre de virtuoso o vicioso y pecador. Todo lo dicho toca en el hombre por la parte de adentro; que lo que por sus manos adquiere toca a la parte de afuera. Y el sabio lo aprueba diciendo que el bien que se consigue mediante el arte está fuera del hombre. Y, según lo dicho, este miserable hombre que contradice a la verdad le acusa su propia alma, como inficionada de sus malas obras.

Aquí noté que la Verdad lloraba, y, preguntada la causa, respondió que era por ver todo aquel campo muerto y que las personas que le pisaban parecían fieros demonios; y que, para que lo viese bien claro, hiciese reparo en una mesa que rodeaban más de veinte personas. Y, atendiendo a sus formas, vi un demonio que partía la vianda, otro que daba de beber y más de cuarenta que guardaban la mesa toda a la redonda.

Pregunté la causa al Desengaño, y me dijo que la gente mortal de aquella mesa eran pecadores públicos, y tan obstinados y envidiosos del bien del prójimo que bastaba a que los sirviese el mismo Demonio. Y el cercar la mesa era para que no llegase algún pobre, y que a los que habían llegado los habían despedido con ira y impaciencia, y que hiciese reparo en un hombre que era el que más mandaba en la mesa, que ya le llamaban en el Infierno Alcancía de Bolichero. Pregunté la causa de llamarle así al Desengaño, y respondiome:

—El bolichero es un hombre que hace plato de un juego vil: compra una alcancía que le cuesta seis maravedís; es de barro; va echando en ella el barato que saca mal avenido por el aberturilla que la alcancía tiene; hállala con brevedad llena; ofrécesele sacar un cuarto y por más vueltas que la da no cae blanca, hasta que la da un porrazo contra un canto y hace pedazos de donde saltan las monedas de aquel mísero vaso; recógelas y arroja los cascós. Así será este miserable hombre, o alcancía de tierra vil: está lleno de haberes harto mal avenidos, suelen rodearle mil pobres dándole vueltas y más vueltas procurando sacarle algún cuarto, y por más diligencias no lo consiguen, hasta que llegue la ira y golpe de la

muerte y le rompa la vida, saltando de su poder toda la hacienda, y él queda arrojado en la tierra de que fue hecho.

—¡Oh santo Desengaño! —dije—. ¿Quién, sino tú, pudiera haber pintado ese avariento con una moralidad tan santa?

—Apártate a un lado —me dijo la Verdad—: verás la procesión del mundo.

Obedecí y noté un sinfín de gente, dando principio una mujer, suelto el cabello al aire, asida a una rueda, a quien movía, y la rueda la llevaba a cuestras. Admirado estaba, y el Desengaño me dijo que era la Fortuna. Luego la seguían infinitos pobres, tullidos, mancos, ciegos, llagados, viejos y impedidos, y, entremezclados con éstos, muchos hombres de hábito negro, con sus espadas y guantes (que lo uno es limpieza y lo otro adorno decoroso), y luego vi otros personajes de edad, admirables de rostros y rotos de adorno. Pregunté al Desengaño quién eran, y djome que pobres.

—¿Pobres? —repliqué—. Pues ¿cómo van algunos con guantes y golilla?

—Ésos —dijo el Desengaño— son poetas: un género de gentes muy pobre, que los más hacen sus versos al moco de un candil porque aun no alcanza su poder a alumbrarse con velas, porque la cera ha llegado a valer doce reales, que hay muy pocas abejas y muchos zánganos, y velas de sebo valen caras porque ya no cría el pobre carnero el sebo que solía; y así, con un cuarto de aceite remojan el candil.

¿Es posible —dije— que el ingenio ha llegado a tanta miseria?

—Pues ¿cuando ha tenido más valor el ingenio? —replicó el Desengaño—; que aunque su caudal es grande, anda muy poco valido; como las mercaderías de Castilla, que las chucherías francesas las han arrinconado. Y aquel que ves allí tan pulido, que va hombreando con aquel ciego, empeñó el otro día la jornada de una comedia suya por un panecillo y dos cuartos de queso en una tienda de aceite y vinagre que la administra un corito que tiene más de seis mil ducados y no ha seis años que vino a Madrid, y aun para comprar una esportilla no acaudaló en más de seis meses. Y aquel que ves del sombrero caído de faldas es de los lucidos ingenios de la Corte, que sus obras lo pregonan; y para traer ayer una libra de vaca vendió dos libros que valían treinta reales por precio de diez; que el pobre con necesidad no repara en que lo que vende no tiene en su poder valor. Y así, van juntos con los pobres porque todos lo son, y aquéstos mucho más necesitados que los que piden limosna; que el pobre vergonzante de puerta adentro pasa mucha crujía.

—Pues ¿cómo —repliqué— tienen alientos para cursar un entretenimiento tan sin provecho en la era de hoy?

—Porque sí —dijo el Desengaño—; que como el entendimiento quiere las potencias desembarazadas y los sentidos limpios, y los que ayunan son los que gozan de esta grandeza, por lo ayuno a todas horas los poetas escriben mucho porque comen poco.

—Y aquel hombre más alto que gordo, que le abultan más las narices que las pantorri-llas, ¿quién es? —le pregunté a la Verdad—, que me parece que se aparta de los otros como avergonzado de ir en tal compañía.

—Ése —dijo la Verdad— va cómo ves porque, aunque ha escrito cuatro libros, que todos han sido bien recibidos, y tiene hechas cuatro comedias que, temeroso, no las quiere dar a las tablas por conocer lo sujeto que está el verso a la ronca animación del vil aliento de veinte zapateros de viejo, con todo eso cree que no merece nombre de poeta, y jamás le parece cosa que hace buena. Y esa es la causa de apartarse de la turba mendigante.

—Y aquellos hombres —pregunté— que, aunque de hábito negro, le llevan bien trabajado, ¿quién son?

—Ésos —dijo el Desengaño— son hombres sabios, científicos, filósofos, y también tienen su lugar junto a la miseria.

—¿Por qué?— pregunté.

Y respondió el Desengaño:

—Porque hoy no hay cosa más desechada que la sabiduría, y sólo privan entremetidos bufones, chocarreros enredadores y alcahuetes infames; que ya la razón cegó y quedó sin vista con la polvareda destes tiempos. Y para que lo creas, mira ese hombre que viene a caballo con ostentación de dos lacayos y un paje, que sólo le trae el gracejo de una vil mujer a quien enamora a rienda suelta y gasta largamente. Y en verdad que no ha dado en su vida una limosna a ningún pobre; pero no repara en el coste del logro de su vicio, y tan olvidado de quien es vive, que por huir de los suyos ha dejado su patria y se ha venido a la Corte, donde por el tener es estimado. Y cree que nadie sabe que su padre era la voz del pueblo y su madre buscaba trapos para un molino de papel que había allí cerca, y él se ha puesto un *don*, tan lleno de vanidad que cualquiera hace más caso dél que de todas las ciencias del mundo.

—Y aquel hombre tan pensativo —pregunté— que arrimado está en aquella encina con aquel rosario tan lleno de medallas, ¿quién es?, que me admira lo suspenso que está.

—Ese hombre —dijo el Desengaño— le llaman Bolsa de Hierro, porque en él no hay hallar caridad, y teniendo mucha hacienda, aunque mal avenida. Y ahora está imaginando un enredo que, hecha su cuenta, halla de ganancia muchos ducados, aunque con cargos de conciencia; pero él no repara en más que su anhelar.

—¡Oh miserable hombre —dijo la Verdad—, tan parecido al erizo sin sacar del erizo ejemplo! Este animalejo sale de su cueva a buscar sustento, va caminando atravesando montes y prados, llega adonde desea su ambición, donde encuentra muchas manzanas, coge una y cómesela, con que mata el hambre. Ya aquella manzana le costó trabajo de buscar, granjeado está aquel bocado; pero, ansioso y hambrón, junta muchas y se revuelca en ellas clavándolas en sus agudas púas, y de aquel modo parte para su cueva cargado de haberes. Encuentra en el camino otros animalejos pobres que, viéndole tan próspero, se le van arrimando; pero él, mostrando en su semblante horror y fiereza, los ahuyenta de sí. Llega a su cueva, procura entrar y no puede; que como la puerta se hizo sólo para él y ahora va tan otro lleno de riquezas, hambrea de un lado y cáense parte de las manzanas; hace fuerza con el otro y cáense otras pocas; echa el resto de su aliento para vencer aquella dificultad y acaba de entrar en su choza, pero todas las manzanas deja fuera. Así es el hombre: no se contenta con el bocado que le gana el sudor, que es el más sabroso bocado; anhela a más y más. Séase como se fuere, navega en el mundo cargado de riquezas; llégansele pobres, suplícale, necesitados; mira el huérfano, la viuda, la doncella sin amparo, pero a todos espanta de sí con un rostro de miserable hambrón; va caminando de este modo, llega el tiempo de entrar en su cueva y deja todo cuanto tiene acá fuera. «¿Qué es eso, hombre?». «¿Qué ha de ser? El no tomar ejemplo en el erizo, que si yo reparara que la cueva de la muerte no tiene más de siete pies de largo y muy angosta, y que por ella no cabe riqueza ni haberes y que sólo se hace para un cuerpo humano, de toda la riqueza que

queda acá fuera hubiera repartido gran parte entre mi alma y las necesidades del Purgatorio y la tierra, para no llevar tanta carga dejándolo todo acá».

—¡Oh santísima Verdad! —dije—. Desdichado del hombre que no te conoce, pues por gozar tu conversación se puede dejar al mundo, pues en él sólo es estimado el engaño y la ambición.

## DISCURSO IX

### DE LOS GIGANTONES EN MADRID por defuera y prodigioso entretenido

CON cuánta zozobra vive el pobre, siempre entre suspiros y congojas! Pero con mayor pena vive muriendo el que desea mal a su prójimo, ansioso a sus caudales; pero en las mayores holguras suelen hallar impensados castigos: de Palmerón, siciliano, se cuenta que fue hombre de innumerable hacienda y que tenía costumbre de sentar a su mesa veinte pobres para que comieran con él; y sucedió que, ansiosos a su hacienda unos ladrones, se disfrazaron en hábito de pobres y consiguieron el sentarse a comer con él con intento de matarle por fin de mesa y robarle; pero Dios, que cuida siempre de los limosneros, permitió que al paso que iban comiendo los iban comiendo a ellos unos fieros ratones, y cuando iban acabando de comer se cayeron de los asientos hechos pavesas, sin haber sentido su ruina.

—No me espanto —dijo la Verdad— de que fuesen ratones verdugos de semejante alevosía, que en la *Historia*<sup>20</sup> de Olao Magno, godo, arzobispo de Suecia, cuenta que Popilio, rey de Polonia, matador de sus tíos, que le rodearon y acometieron tantos y tan bravos ratones que no bastó a librarse el rodearse de fuego ni el embarcarse en el mar ni el encerrarse en una torre, ni bastaron los de su guarda para que no le matasen a él, a su mujer y dos hijos. Y Eliano cuenta que como con las inundaciones o avenidas del Nilo se criasen tanto ratones en Egipto, no bastaron sus moradores a matarlos hasta que las oraciones a Dios los puso en huida, tomando el camino del monte en escuadrón ordenado, conforme al estilo militar, que parecía naturalmente que iban aparejados para si les sobreviviese el enemigo, y que llevaban los más nuevos delante, en la manguardia, y los ancianos en la retaguardia, y que animaban a la marcha a los que iban cansados. Esto dice en su libro 6 capítulo 40. Y Plinio, en su libro 10, capítulo 65, dice haber despoblado algunos lugares los ratones comiéndose las mieses y sembrados; y también dice este autor que el hígado del ratón, metido entre higos y dado a los puercos, se irán detrás de la tal persona que lo hiciere, y da por testigo un autor a Pierio Valeriano, que, estando en Lombardía, en la ciudad de Padua, unos mancebos dados a la holganza y bellaquería cogían los puercos como he dicho, hasta que se quejaron los moradores. Y el mismo Eliano, en su libro de *Animales*, dice que desde la luna nueva hasta el plenilunio crecen los hígados a los ratones, y en el menguante menguan. Y Plinio dice en su libro 8, capítulo 57, que los ratones comen hierro, acero y oro, y que, abriendo algunos, se lo han hallado en los ventrículos. Y sin duda leyendo este capítulo un enredador, cuentan que se mudó junto a una casa de moneda y que en la que dejó vacía puso muchas ratoneras, y cogía ratones y luego los llevaba a la otra casa y los soltaba; y, pareciéndole haber llevado hartos y que todos se habrían pasado a la casa de la moneda, después de algunos días mudó las ratoneras a la casa nueva y, cebándolas con queso, cogía ratones y, abriéndolos, los sacaba oro y plata. Y así lo podrá

20.— Debe aludir a la *Historia de gentibus septentrionalibus*.

hacer el que quisiere; que tan cierto es como la piedra filosofal. Pero siempre diré que no hay animal de su tamaño tan animoso y ágil, pues vemos que por librarse del lazo en que le cogen se suele cortar con sus dientes una pierna o un brazo. Y para crédito de la habilidad del ratón basta lo que dice Alberto Magno, gran filósofo y santo varón, en su libro 8 de *Animalibus*, tratado 5, capítulo 1: que vio en Alemania la Superior que un ratón tuvo la candela en una mesa en cuanto cenaban, y que se lo habían enseñado y lo hacía cuando se lo mandaban. Y Plinio dice que con sólo lamerse engendran, y que la hembra comiendo sal concibe. Para ratones basta lo hablado. Hablemos de los gatos y lobos, pues también hay algunos en este sitio.

—Si con esa gente quieres pelear —dijo la Verdad—, ya hay moro en la playa. Mira ese que se apea del coche, que le llaman Gato de la República, y aquel que le acompaña le llaman el Lobo. El Gato es dueño del coche, que con los oficios que ha tenido ha trampeado infinita hacienda a los pobres; y el Lobo con unas melosas razones se ha hecho dueño de muchas casillas de pobres harto infamemente, y, en viéndole los miserables, no aciertan a hablar.

—No hay que espantar —dijo el Desengaño—, porque el pobre es comparado a la cuitada oveja y al inocente cordero, y así, que no hablen en su presencia será por la contrariedad grande que hay entre los dos géneros, lobuno y ovejuno; que suele suceder oír el recién nacido corderillo el aullido del lobo y caerse muerto de miedo. ¡Oh hambrientos y espantosos lobos de la República!

—Y en cierta conversación —dije yo— he oído que, poniendo en un instrumento cuerdas de lobo y cuerdas de oveja o carnero, no suenan más de las de lobo, como de miedo que tienen, y por eso se dijo «la antipatía en los muertos». Tal es el rigor del lobo hambro que sólo trata de comerse a los pobrecillos jornaleros que crían el vellón para su señor. Bien a pelo viene la fábula del lobo y el cordero, que dice que estaba en un río bebiendo un cordero, y que muy arriba y apartado bebía un lobo, y que al ver al cordero se fue a él, diciendo: «¿Cómo, ¡oh tú, miserable y malcriado!, te atreves a beber donde yo, enturbiándome el agua?». A lo que el corderillo respondió: «Yo, señor, no enturbio el agua, antes bebo de la que tú enturbias, pues estoy más abajo; que mi humildad no se atreviera a otra cosa». Pero, no bastando el rendimiento del cordero, se le comió. Súpolo la madre, lloró al perdido hijo y ordenó su venganza. Espió algunos días al lobo, vino un tiempo de nieves, faltóle al lobo la comida, viole venir la oveja por un sendero y salióle al paso, diciéndole así: «Mucho me huelgo de toparte, compadre mío, porque te quiero dar aviso de que en aquel cercado que desde aquí vemos ha dejado un pastor cuatro corderillos entre una zamorra y se ha ido al lugar a buscar pan, y así, puedes con facilidad y sin cuidado entrar, venciendo la dificultad de el cercado, y comértelos. ¡Ea! Ponlo por obra, que aquí te aguardo». El lobo hambriento, que tal oyó, imaginando en su corazón que en comiéndose los corderos se había de comer la oveja, pues le quedaba aguardando, sin mas detenerse brincó las tapias y dio en manos de dos cazadores que estaban en la espera de un corzo, y así que vieron al lobo le tiraron y mataron. ¡Abre los ojos, Lobo!; que balan al Cielo los corderillos a quien matas, y que se levanta el brazo de la Justicia y manda al cazador Atropos que te quite el ser en el mayor entretenimiento de tu vida hambrienta.

—Muchos dicen —dijo la Verdad— que las plumas del águila, juntas a otras plumas de otras aves, las consume, roe y destruye. Así es aquel compañero del Lobo a quien llaman

el Gato: ha valido por la pluma, pero pluma que ha consumido a muchos, como la pluma del águila a las otras. En fin, Gato y Lobo bien andan juntos, por lo parecidos que son en lo relampagoso de los ojos.

—Pues ¿cómo —pregunté yo—, siendo tan malo, anda tan cargado de rosario aquel a quien llamáis Lobo?

—Yo te lo diré —replicó la Verdad—: porque cuando sale el lobo a la presa de algún animal grande, como yegua o vaca, come mucha arena por pesar más y dar más presto en tierra con la presa, y después que la vence y mata, vomita la arena y se harta de carne. Así, este lobo humano anda siempre engañando, y válese de la carga de un rosario que le hace hombre de peso; pero, en viendo la suya, le arrima y empuña el rigor de su alma.

—¡Oh, qué mal se saben gobernar! —dijo el Desengaño—, pues la política cristiana es no desear cosa que pueda traer pesar por mal hecha, y sin exceder la ley de la moderación es bueno domar el apetito con el freno de los recuerdos de la muerte y asirse a la virtud, que es una excelencia que se acompaña con modestia, vergüenza, abstinencia, castidad, honestidad, moderación, limitado gasto y templanza. Pues la justa política es dar a cada uno lo que es suyo, y se siguen de ella la inocencia, la amistad, la concordia, la piedad, la religión, la afición y humanidad, y con todas estas virtudes se hace un hombre bueno para consigo y para su alma, y también gobernador prudente de lo humano sin desamparar lo divino.

Aquí llegaba el Desengaño cuando vimos apearse de un coche seis mujeres con un traje tan deshonesto que verdaderamente me parecieron ramera, pues tanto adorno y tan desvergonzado no permitía más caudal de entendimiento; porque al apearse descubrieron hasta la liga haciendo donaire de la insolente desvergüenza, demás de llevar descubierta hasta la media espalda y trajes costosísimos.

—¿Qué es esto? —dije a la Verdad—. ¿A qué viene esta gente, a enredar almas o a rezar? O a condenarse, porque con tanta gala, tanta desvergüenza y tan poco juicio a un sitio donde vive el sayal a la vista de un Dios muerto, no sé qué me diga.

—De aquestas seis mujeres —dijo el Desengaño—, las dos son casadas; otras dos, no, aunque ya han parido; y las otras dos están en reputación de doncellas, aunque con la noma cancelada. Y los maridos de las dos ya saben la vida de las otras cuatro, y por entrar en el número de los opositores dejan venir a sus mujeres con el Demonio; que cuantos andan con él hacen lo que le ven hacer.

—Y ¡qué de maridos hay en el mundo —dije yo— que no reparan en el yerro grande que hacen en consentir que anden sus propias mujeres con malas compañías! Y que al fin del año tartamudo queda quien con el tartamudo pelea, porque, según nuestra fragilidad, más presto se nos pega lo malo que lo bueno. Y lo que más me admira es la deshonestidad grande que anda con las mujeres, pues, habiéndome dicho que cierta mujer cojeaba, admirado de oír tal la procuré ver, y, admirando la honestidad en traje y ojos, dije entre mí: «No es posible que donde hay esto haya malicia. Miente quien de ti dice mal». Acción descomulgada llama a la deshonestidad un sabio, por el provocativo a que llama. Ateneo cuenta de los terentinos que, por muy lujuriosos, andaban a malas con los de la ciudad de Carbina, de la provincia de Yapigia,<sup>21</sup> y después de haber destruido los Carbinos tomaron

21.— La Calabria antigua era llamada por los griegos Mesapia y Yapigia.

a sus hijas y, desnudas, las pusieron en los templos para que fuesen ensuciadas y deshonoradas de los que quisiesen; pero el Cielo llovió tantos rayos que los terentinos quedaron destruidos. Platón dice ser tan hermosa la honestidad y de tan gran beldad, que, a poder ser vista de los ojos de los hombres, engendrarían maravillosos amores en el corazón. Plutarco cuenta que en la ciudad de Melito dio una locura tan fiera en las doncellas que cada día se ahorcaban infinitas, sin poderlo remediar los mismos padres, hasta que un hombre sabio y de prudencia ordenó que la potestad judicial mandase pregonar que la que se ahorcase fuese llevada desnuda en carnes públicamente a la vergüenza por las calles de la ciudad; y como llevasen algunas, las otras, que lo vieron, recibieron tan grande vergüenza y empacho que, celando su honestidad, vencieron la maldita tentación de matarse. Pero, hoy, por gala tienen las mujeres el andar deshonestas todo lo posible; y lo que más me admira es la historia de los éleos,<sup>22</sup> que, habiendo muerto al tirano Aristotimo, intentaron deshonorar las hijas doncellas; pero la famosa Megistona, mujer de Timoleonte, lo estorbó, pero fueron condenadas a que se matasen ellas propias; y la mayor, de tres que eran, llamada Miro, o Mica, se quería ahorcar la primera, lo cual no hizo por ruegos de las hermanas menores, suplicándola las dejase colgar a ellas para que, después de muertas, las desatase y cuidase de que no se viese parte de sus carnes, y que las tapase honestamente con sus ropas. Hízolo así la hermana mayor, y luego se ató ella las faldas contra los pies y se ahorcó, de modo que aquestras doncellas más estimaron la honestidad que la vida. Y también deben mirar los hombres de nuestra era que han de estimarla en su justo valor, y mirar que dice Valerio en su libro cuarto, capítulo quinto, que cuando mataron a Julio César, emperador romano, no cuidó de su defensa; sólo procuró tapar sus pies con sus ropas para caer muerto honestamente. Y si miramos a Noé, repararemos cuánto sintió que su nieto le descubriese sus partes, pues por ello le echó su maldición; pero creo que nos cansamos en balde, pues los hombres ya tienen por gracejo a la desvergüenza, y las mujeres, por hábito y plato cotidiano.

Aquí llegaban nuestros discursos cuando vimos una mujer de buena edad que iba haciendo guía a cuatro mozas de razonable parecer. Seguíanla con mucha bulla y fiesta, y ella iba diciendo:

—No hay cosa más cierta ni más experimentada, y si se hubiera de pagar, no había precio para ello.

—La verdad es —dijo la una— que cosa semejante no la vi jamás

—No hay en Madrid —replicó la tal guía— quien la conozca ni sepa dónde la hay, si no es yo. Y la descubrió una gitana muy amiga mía que se llamaba Vandálica.

Pasaron con estas razones, y yo pregunté a la Verdad la causa, y me respondió así:

—Aquella mujer que va delante vende aderezos para la cara de las feas (que las mujeres de buen parecer no han menester más adorno que el natural), y con un enredo bien extraño ha quitado mucho dinero a algunas tontas de la Corte, de aquellas que, a costa de la salud y alma, pretenden el Infierno. Esta mujer, o esta enredadora, ha fingido el haber hallado la mandrágora, y trae consigo unas raíces criadas con tal maña y cuidado que me admira; y es que la mandrágora, a quien Erasmo llama *antropomorfa*, dice que es de la hechura del cuerpo humano. Harto hablan della Teodoro, Luciano, Galeno, Aristóteles y

22.— De Élide, en la costa O. del Peloponeso.

Plinio. Esta mujer finge mandrágoras al modo que diré: hace unos moldes de barro que, en el hueco, tienen figura de hombre o mujer, y adonde se crían cañas o lirios, cuya raíz es blanda y crecedera, pone los moldes, y dentro dellos la raíz más tierna que cabe, y como va creciendo y llenando el hueco queda con la forma de cuerpo humano. Rompe luego el molde y saca la raíz, que con ella ha ganado muchos ducados; y así está en este particular como otras en otros: todas son infames enredadoras que, engañando al mundo, pierden el alma consumiendo haciendas ajenas. Y a esta maestra de la mandrágora la esperan ducientos azotes y un destierro, que no era razón que semejantes servicios pasasen sin su debido premio.

—Por tu vida, Verdad santísima —dije—, que me digas qué es mandrágora, que yo sólo en la historia de Raquel y Lía la he leído y oído nombrar.

—Sabrás —dijo la Verdad— que esta planta la llama Homero *Circe*, porque Circe era grande hechicera, y como esta raíz es buena para hechizos la nombra así (aunque Galeano y Hipócrates la aplican a la Medicina). Píntala Plinio de dos maneras: la una llamada *tridacia*, y es negra y tenida por hembra, y entre sus hojas lleva una fruta como serbas, amarillas y olorosas, y la simiente como pepitas de peros, y tiene tres raíces trabadas entre sí, negras por defuera y dentro blancas. La otra es blanca, tenida por macho, y la llaman algunos *morrión*, y sus hojas son como las de la acelga y lleva la fruta de doblado grandor que la hembra y de color azafranado, y el zumo de la raíz quita el sentido, espele la regla y criaturas del vientre (como lo dice Plinio), y la fruta presta sueño, comida o bebido el zumo; y en lo que Teofrasto dice desta yerba no quiero meterme. Y también la toca San Isidoro y otros muchos.

Aquí se nos ofreció el dar la vista a un hombre, o a las acciones que obraba, pues, empleado en hacer mal a los más humildes, no reservaba el manosear a cualquiera mujer que topaba.

—Éste —dijo el Desengaño— es un pecador público, y merece que le llamen Espada Mohosa en la Vaina.

—¿Por qué? —pregunté al Desengaño.

Y respondió así:

—Doyle tal nombre porque la espada mohosa en la vaina o tiene mal dueño o no la tiene. Si el hombre es atento y celoso de su honra, así que se viste toma la espada, besa el pomo por la forma de la cruz (acción de cristiano), luego tienta la hoja sacándola un poco, a ver si está bien mandada, por si acaso le sucede haber menester sacarla para su defensa hallarla presta y aparejada; pero el descuidado ni la besa ni tienta ni cuida della. Así es este hombre: jamás tienta su alma ni mira si acaso está prompta para dar cuenta de sí, reparando que puede la muerte ocasionarle a que la haya menester. Y si tiene el alma mohosa y pegada al cuerpo y a sus malezas mala cuenta dará de sí; pero el cuidadoso de su alma cada día se tienta el espíritu a ver qué tal está, para cuando llegue la ocasión de haberla menester sacar de la vaina mortal y que dé cuenta de sí al Juez justo el tenerla limpia, bien mandada y aparejada, y así, al mal hombre llámenle Espada Mohosa en la Vaina.

—¡Oh santo Desengaño! ¿Quién podía sacar tal moralidad, sino tú? —dije.

A tiempo que dos hombres venían batallando el uno contra el otro, y en las razones se supo que la causa era porque el uno quería huir de pecar en la ambición de usurero, y

el otro le aconsejaba que se untase, como todos los de su trato lo habían hecho. A lo que respondió:

—Quita de ahí tal consejo, que es la muerte y el Demonio lo que pretendes.

—Mal amigo —dije yo— es aquel que aconseja contra toda buena ley, y tengo por desdichado, tonto e inútil a hombre que con tales amigos gasta sus conversaciones.

—Así es —dijo la Verdad—, y Aristóteles dice que conforme a tres linajes de bienes que tiene el hombre que corresponden a tres linajes de amigos, debe el atento buscar aquel amigo que corresponde al bien honesto y de virtud, como en quien se halla un bien que sobrepuja a toda suerte de bienes, pues aconseja lo que da salud al alma.

—Ya no pasa tal moneda en el mundo —dije yo—, que hoy sólo son buenos amigos los que aconsejan la perdición, los que guían al pecado y los que acompañan a la ofensa de Dios; y a éstos ayudan los poderosos, no a los desapasionados que sólo aconsejan la salvación.

—Escucha —dijo el Desengaño— un ejemplo acerca de la ambición y lo que causa, y el bien que haya quien huye della. Cuenta el gran Pánfilo<sup>23</sup> que en Italia había tres bandidos robadores y matadores, y que, estando en la campaña faltos de todo sustento y temerosos de entrar en poblado por sus buenas obras, trataron de echar suertes al que le tocaba el ir a un lugar cercano a comprar de comer. Convidose el uno, diciendo tenía en dicho lugar un amigo, cuando estando en esto vieron venir a un ermitaño corriendo hacia ellos, a quien oyeron dar espantosas voces, como que huía de algún gran daño, diciendo: «¡Ay de mí, que me siguen la muerte y el Demonio! ¿Quién me favorecerá? ¿Dónde buscaré amparo, pues me falta el que me albergaba en quietud?». Llegó donde los tres estaban y, deteniéndole y amonestándole que se sosegase, le preguntaron la causa de su turbación y voces. A quien respondió así: «Yo, amigos y señores, soy un pobre hombre que, pretendiendo pagar alguna parte de tantas honras y mercedes como he recibido de la poderosa mano de Dios, me había retirado de la vanidad y poder del mundo para hacer una vida penitente en una ermita desierta, por antigua, donde pasaba con quietud la vida que me resta de gozar, cuando, saliendo de lo más retirado de mi albergue, vi a la puerta de la vivienda un bulto grande, y, llegándome a él, vi que era mucha plata, oro y joyas de infinito valor. Y arrepentido de mi curiosidad por haberlo mirado, creyendo que sin duda es el Demonio y la muerte quien allí lo ha puesto, me he salido huyendo de mi propio albergue con intento de no volver más a su estancia; porque donde está aquel tropiezo de la quietud y cadenas del Demonio no pretendo volver». Los tres ladrones empezaron a reírse y hacer burla del ermitaño, diciéndole: «¿De la riqueza huye? ¿Está en sí? ¿Dónde se ha criado hombre tan bruto? Venga con nosotros y nos enseñará dónde está ese bien de quien huye, y verá con el amor que nosotros le acogemos». Escusábase el ermitaño de volver, pero a fuerza llevaron. Llegaron al sitio, donde vieron un asombro de riqueza, y, pretendiendo el uno de los tres que lo partiesen luego, amonestaron al ermitaño que, pues trataba de su alma no más y con tan acelerados pasos huía de la riqueza, tratase de recogerse a lo retirado de su albergue y los dejase solos. Hízolo así, y, viéndose tres solos y con tanta riqueza y en parte tan segura, ordenaron que, pues el uno se había convidado de ir a buscar qué comer, lo hiciera, pues era notable el hambre; que después partirían. Hízolo

23.- Pánfilo Sasso.

así el uno, con dañados intentos. Apenas salió de la ermita el tal ladrón cuando el uno de los dos dijo que no sería malo cargar con toda aquella hacienda entre ellos, sin dar parte al otro, y que entre dos a más cabrían. A lo que respondió el tal que no convenía el hacerlo de aquel modo, porque si volvía y no los hallaba, por vengarse podía dar cuenta a la justicia y peligrar, y así, que mejor era dejarle venir con la comida y luego darle de puñaladas, con que quedaban seguros y solos y con qué comer. Así andaban estos hambrientos de bienes temporales batallando con el ambición, cuando el otro compañero, herido también del fiero veneno, ambicioso, así que partió de ellos y llegó al lugar fue a parar en casa de un amigo suyo, también del arte, a quien dio cuenta de todo, diciéndole que su intento era que entre ellos dos partiesen toda aquella hacienda, y para la ejecución echasen en la comida veneno ponzoñoso, para que los dos compañeros en comiendo muriesen, y así quedarían ellos dueños de todo y sin zozobra. Parecióle bien al tal amigo, tratando también en su dañado corazón que, en hiriendo el veneno a los otros dos, mataría él a su amigo y quedaría dueño de toda la hacienda. Con esto aderezaron su comida como tenían trazado, y con ella partieron a la ermita, ordenando el tal ladrón que su amigo se había de quedar retirado a parte que no fuese visto de sus compañeros hasta que él le avisase. Ejecutose así: llegó el ladrón adonde le aguardaban sus compañeros, recibieronle amablemente, y así que manifestó todo lo que llevaba para comer le dieron de puñaladas. Salió al ruido el ermitaño, diciendo que cómo hacían aquello, y respondieronle que tratase de su rezo y alma y no se metiese en más. Volvióse a retirar, harto medroso, y ellos, muy contentos viéndose solos a partir tanta hacienda, ordenaron de comer. Apenas comenzaron cuando lo inficionado del veneno dio muestras de su fuerza, empezando el uno a decir: «¡Que me muero!»; el otro: «¡Que me abraso!»; y con estos reclamos cayeron muertos junto al otro cadáver. El ermitaño que tal oyó, todo admirado, salió a ver si podía diligenciar con las almas algo; pero ya era tarde: hincose de rodillas clamando al Cielo por tal desdicha, a tiempo que a sus voces y lamentaciones llegó el que aguardaba escondido, y, viendo hecha la diligencia que él había de hacer, ordenó de cargar con la riqueza, y al salir de la ermita dio en manos de la justicia (que en seguimiento y alcance de la tal hacienda venía), y, hallándolo en poder de aquel hombre, sin más averiguación le colgaron de un roble sin escucharle descargo, permitiendo Dios todo esto por la ambición traidora que tuvieron, quedando el ermitaño libre, aunque absorto con el suceso que había visto.

## DISCURSO DE LOS GIGANTONES EN MADRID por defuera y prodigioso entretenido

**C**OMERÁS de tu sudor, dijo Dios al primer hombre así que pecó; y, aunque bocado nacido entre las hojas del trabajo, no hay bocado más sabroso que el adquirido con afán y sustos; que aquél es solo el propio, que lo mal adquirido todo es muerte y Demonio.

Apenas acabó el Desengaño su ejemplo cuando vimos una tropa de mujeres con muy costosas galas, en tanta manera que se llevaban toda la vista del sitio. Iban con muy poca vergüenza, cantoneándose<sup>24</sup> y haciendo gala de la misma deshonestidad.

—¿Es posible —dije a la Verdad— que no ha de haber medio para atajar tan profano adorno como visten las mujeres de estos tiempos? Pues, si bien reparo en éstas, aquella que va con el cabello suelto y la hungarina de felpa y el guardapiés encarnado, la he conocido fregona de mantilla, y aun creo que a todas las demás que van con ella.

—Así es —dijo la Verdad—, y para encerrar tantas lombrices como cría esta tierra era menester hacer dos mil Galeras como la que hay hecha.

—Verdaderamente —dijo el Desengaño— que cuando me acuerdo de lo que dicen de Circe, que valiéndose de hechicerías convertía a los hombres en brutos, hago reparo que hay hoy en Madrid más de diez mil Circes que con el encanto de las galas vuelven los hombres brutos y tontos. Y para el atajo de tanta perdición dice el santo Celo que en cada parroquia de Madrid se habían de nombrar cuatro sacerdotes aprobados en virtud que fueran celadores de los feligreses de aquella parroquia y celaran la gente de mal vivir que en ella hubiese, y asimismo se habían de nombrar otros cuatro, personas de buena edad y costumbres, que sirvieran de ministros para los vagamundos y malas hembras; y, en estando esto hecho, se vedasen las vestiduras de seda en la gente ordinaria, y otros trastos que parece que son niñerías y sacan la plata y el oro de España. Y, haciéndolo así, no llegara este rincón, envidiado de todo el mundo, a extremo de pedir limosna sobre dos muletas, y se hallara sobra de quietud y colmada paz en las casas que falta, y muchos que viven malcasados vivieran en tranquila unión, desterrando hormigas ambiciosas que todo se les va en adquirir hacienda mal avenida. Y en Talavera, Casarrubios y Toledo se tejieran estameñas; que ya dicen los telares: «Fuimos y no somos. Y sin haber pecado en lo nefando ni haber hecho moneda falsa nos quemar por trastos inútiles y desdichados». ¡Oh tiempo florido, cuando el pasamano de Santa Isabel, el botón de vidrio y las medias de cordellate privaban en el mundo! Y sin haber salido a pelear lo ha desbaratado el extranjero ambicioso.

—Entonces —dijo la Verdad— andaba yo valida y estimada; pero ya sólo priva la ambición y robo; y por guarnición de la más vil fregona el franjón de oro y plata que, a medio

24.- Contoneándose.

rozar, va a parar en las manos del francés que vende por las calles hilo de Flandes. Y no es tan solamente en lo personal el demasiado adorno; que si se miran las viviendas destas viles hormigas se hallarán tantos granos y tan diversos que admiren los ojos.

—Una mujer conozco —dije yo— que me acuerdo, cuando vino a la Corte desde su patria Zaragoza, que, poniéndose al punto un *don*, se olvidó de un jubón<sup>25</sup> que la dieron para el camino, y hoy está en tal puesto que tiene casas propias y coche en que sale y juro que la han dado de mil ducados de renta, y servida de criadas y paje, lacayo y cochero.

—No nos cansemos —dijo la Verdad—, que poco a poco va pareciéndose Madrid a las cinco ciudades malditas en quien se hallaron tan pocos buenos, porque los buenos (por cuyas oraciones Dios nos consiente en la tierra) se van muriendo y sólo van quedando los malos; y si alguno falta, de sus atestadas cenizas renacen treinta, inficionando aun cuando están en los templos tratando sólo de su logro y de la ofensa, inquietando a cuantos hay cercanos.

Perturbonos una turba de mujeres que se apeaban de un coche, y la Verdad me dijo:

—¿Ves aquella que hace guía? Pues no ha mil años que hilaba hilo primo para los zapateros, y por consejos de una a quien llamaba tía lo dejó. Y aquella del rebocino carmesí vendía naranjas por las calles; y aquella mozueta que va con ellas se le han muerto sus padres y ellas la han recogido, no por recogerla, sino por coger aquel rostro nuevo y bueno; que eso tiene el malo: el procurar que todos lo sean.

—Pues con tanta gala —dije yo— tarde volverán a la rueca, porque las contemplo muy al uso.

—No tienen ellas —prosiguió la Verdad— tal pensamiento; que ahora hilan caudales de tontos. Y el hilado de las mujeres ya se acabó. ¡Dichosa pintura la que hacen Plutarco, Barrón y Plinio sobre el hilar!, que dicen que por felicísimo agüero tenían el colgar una rueca, huso y un copo de lino a la puerta de las doncellas que se querían casar, como diciendo: «¿Hay quien se quiera casar con una doncella honesta y hacendosa que sabe hilar, con que ayudará a llevar las cargas del matrimonio?». Pero en este tiempo las doncellas ponen a la puerta o a la ventana colgando las polleras y justillos cuajados de oro y las matas de pelo llenas de lazos, diciendo: «¿Hay quien quiera casarse para sustentar esta máquina?». Y creo que, hoy, de sólo la gala se enamoran los mozalbitos babiponientes, y todo el ajuar se queda en la maza eterna de una niña malcriada que no sabe dar una puntada aunque se le salga la camisa por entre las piernas de los calzones al miserable y cuitado de su marido, tratando sólo del adorno de aquella tablilla de mesón; que los rostros desta era no son más de llamadores de la posada de amor, convidando a cuantos hacen reparo en ella. Fešto Pompeyo dice en sus escritos que se puso en el templo el huso y la rueca y lana hilada de la reina Tanaquil, y una ropa que ella hiló y tejió para el Rey su marido, cuya alhaja estimó tanto que jamás mudó otra hasta que murió y la consagraron en el templo de la Fama. Y Plinio dice que duró sin atrevérselo la polilla quinientos y sesenta años, porque estaba la lana labrada con vinagre; y si (como dicen) es que la lana que así se labra resiste al hierro y al fuego, no me espanto que resistiese a la polilla. De Talasio Romano, varón de gran fortuna, se cuenta que, tratando de casar con Policroma, doncella honesta y pobre,

25.— Un jubón de azotes.

le envió ella a decir que mirase que no la adornaba más dote que una rueca y un huso, con cuyas alhajas quedó contento su esposo.

—Un dote es ése —dijo la Verdad— que, aunque tiene huso, se usa muy poco; porque hoy no se mira más de a la hacienda, aunque traiga la novia el *Paratodos* por librería de su entretenimiento; y, habiendo hacienda, mas que sea hija de Zabulón.

—Lástima tengo a las doncellas pobres —dije yo—, aunque tengan consigo el tesoro de la honestidad, pues ya no se hace caso de tal prenda. Y cuando me acuerdo que Sexto Tarquino se enamoró de Lucrecia porque la vio hilando con sus doncellas, le alabo lo prudente, pues le venció la honestidad y virtud de la hermosa matrona; pero hoy ¡busquemos Lucrecias y Tarquinos!, que Lucrecias ya no se usan y Tarquinos que se enamoren de la honestidad ya no los hay: sólo hay quien se enamore de la desvergüenza y de la infamia.

—Andrómaca —dijo la Verdad—, mujer de Héctor, hilaba, y después que casó con Heleno en Epiro, dio a Julio Ascanio, hijo de Eneas, una ropa hilada y tejida por sus manos. Y del gran Augusto César se dice que enseñó a sus hijas y nietas a hilar.

—No te canses —dijo el Desengaño— en cuanto al hilar, que también hay hoy muchas hilanderas de perdiciones y tejedoras de mala cuerda. Y las damas de la jerga ¿para qué quieren hilar, si hallan cincuenta docenas de simples que se lo dan hilado?

—Repara —prosiguió el Desengaño— en aquellas dos mujeres que, faltas de prudencia, riñen sin reparar que las escuchan otros.

—Aquéllas —dijo la Verdad— son suegra y nuera, y tan buenas como el año de sesenta y cuatro y sesenta y cinco; que no ha de ser siempre el mal año el de treinta, que si le hizo malo el valer un pan dos reales, en estos años a veinte cuartos se ha comido.

—¿Por qué riñen tan sangrientamente? —pregunté.

—Y la Verdad prosiguió:

—Porque la vieja, sin dolerse de su pobre hijo, sirve de pabellón a la nuera sin conocer lo grave de la ofensa. Y porque la pidió dos reales y no se los dio, la amenaza con que lo ha saber su hijo, y la tal nuera se descarta con que ella tiene la culpa de que sea mala.

—Siempre —dije yo— andan a coz y bocado suegras y nueras. Y yo he leído la ceremonia que se usaba en Lepta, ciudad de África en Egipto, que, a otro día de casados cualesquier personas, enviaba la novia a la casa de su suegra a pedir una olla prestada, y la suegra con rostro desgraciado se la negaba, dándola a entender que se previniese a la poca paz que entre ellas había de permanecer.

Inquietonos la conversación una tropa de pobres mujeres que pedían limosna, y, preguntando a la Verdad que de dónde había salido tanta pobre, me respondió:

—Éstas eran las vanderas, y como ha llegado tiempo en que una libra de jabón vale tanto y no se halla cuando se quiere, y los mantenimientos tan caros, no han podido sustentarse y se han arrimado a pedir limosna.

—Y ¡cuantos hay hoy —dije yo— que con capas negras y golillas están cerca de hacer lo mismo! Y, si no, vamos a las porterías de los conventos y veremos hartos rostros vergonzosos y húmedos lagrimales.

Hízonos huir del sitio donde estábamos la velocidad de un coche a quien tiraban seis mulas regidas de dos cocheros. Detúvose en el sitio que le pareció más conveniente, cuando vimos aparecer una dama a quien conocí, y la admiración me hizo decir:

—¡Válgame Dios! Esta señora con tantas galas y en coche de seis mulas, ¿no es Antoñuela, la que vendía natillas y tortillas de leche?

—Sí —dijo la Verdad—: la misma que has nombrado, y ahora la llaman la Muda.

—¿Por qué causa? —pregunté—, que mujer muda será milagro.

—Pues ésta —prosiguió la Verdad—, aunque puede hablar con el mismo Demonio, es muda desdichada; que ha desde la edad de quince años que guarda un pecado en sus entrañas, y tan arraigado que no acierta a decirle al confesor; y con algunas limosnas que hace la parece que no tienen gravedad un millón de pecados que comete; pero, aunque los confiesa, siempre guarda aquel pecado añejo. Y el Demonio la tiene tan ciega que cuando confiesa para cumplir con la parroquia la dice al oído: «Ese pecado que te escarba las entrañas ya le confesaste una vez y basta: no hay necesidad de hacerlo más veces». Y con este engaño le calla, sin reparar la desdichada que lo que en sana salud no se hace mal se hará en el artículo de la muerte, cuando el lugar es poco y trabajoso, y que, habiendo duda en sí se ha confesado un pecado, no puede dañar volverle a confesar con todas las circunstancias que tuvo; y si el Demonio le acordare después el tal pecado y le pusiere dudas en si confesó bien o mal, debe el católico, para vencer aquel pensamiento, volverle a confesar, cumpliendo la penitencia que le dieran, pues se pierde poco; que el oficio del Demonio es enredar y poner dudas en el pensamiento y armar marañas para que tal vez con aquel escozor de dudas se callen y olviden otras cosas para ir dañando el alma.

Luego vimos dos mozuelos con mucha algazara y risa, diciendo el uno al otro:

—El domingo, sin falta, he de estrenar el vestido de felpa.

A lo que el otro respondió:

—Yo, por ahora, no puedo echar gala hasta otro año, porque la cama me costó cuatro mil reales, y la colgadura mil y docientos.

—¿Quién son estos dos hidalgos —pregunté.

Y el Desengaño me dijo:

—El del vestido de felpa es cortador de vaca, y el de la cama vende fruta en la plazuela del Rastro.

Siguieron su viaje hacia la venta, cuando en el ajuste de una pendencia vimos infinita gente, y un hombre decía con muchas voces:

—Fulano ha de tratar de no tomar en la boca a Fulana, para bien ni para mal.

—Tonto es este hombre —dije yo—, pues pide que ni para bien la tome en la boca. Y a esto me parece el cuento del judío que, habiendo salido de la Inquisición, le preguntó un pariente suyo que por qué le habían preso, y respondió: «Porque dije mal de la Virgen». A lo que replicó el otro: «Por eso mando yo en mi casa que ni en bueno ni en malo la tomen en la boca». Así este mentecato dice que ni en bueno ni en malo la tomen en la boca, debiendo decir que en malo no más.

En fin, se sosegaron cuando atravesaban por el camino cuatro mujeres de honesto adorno y quietos rostros y agraciados.

—¿Quién son estas mujeres? —pregunté a la Verdad.

Y dijo:

—Éstas son la dicha de cuatro hombres que con ellas están casados, y en el adorno y modo con que van se conoce su bondad; y, demás de honestas, son sabias. Por dichosos se pueden tener tales hombres, pues salen con seguridad de sus casas aunque la puerta que-

de sin llave. De la mujer honesta dice un autor que si es necia es como puerca con cerco de oro en las narices, porque como la puerca no deja de hozar y traer el hocico por los mularios hediondos, destruye, afea y ensucia el rostro. Así es la necia, que por seguir su gusto asuela con la hacienda y destruye la mayor belleza, que es el alma.

—A un autor —dije yo— he leído que aconseja el que busque el hombre la mujer de buenas narices, porque son símbolo de discreción y juicio, y por las narices descubre el perro la caza. Así se inquiere en las mujeres las partes de su natural por la buena fisonomía de las narices. Y el propio autor clama contra la lujuria y deshonestidad de las mujeres, diciendo: «¡Oh inútiles y necias, que debiendo emplear el oro de la hermosura y gala en cosas que se ordenen para el servicio de Dios, os vais a los tremadales de los pecados carnales, ensuciando y afeando la hermosura que Dios os ha dado!». Y otro autor dice a los mancebos que se quieren casar que no se maten por mujeres hermosas y ricas, sino virtuosas, aunque sean pobres, que con la virtud más presto se adquiere hacienda que con hacienda virtud; y que la hermosa es como el manjar sabroso, que sólo se busca para el apetito; pero la mujer prudente, para el consejo, para el alivio, para la quietud y para lo que permite el matrimonio. Y el *Eclesiástico* encarga mucho al hombre casado la compañía de la mujer cuerda, y le dice que no se aparte della, pues a lo cuerdo siempre se arrima el temor de Dios.

—¡Oh dichoso hombre a quien cupo por suerte tal mujer que no hay más que desear sobre la tierra! Y con una buena compañía se granjea el Cielo. ¡Bienaventurado se debe llamar el hombre que tiene mujer cuerda y de buen entendimiento!; que, aunque dice el refrán «la más cuerda, de lana», hay lana labrada con el vinagre de los recuerdos de la muerte que hace cuerdas muy cuerdas, y a tales mujeres debe el hombre comunicar su pensamiento y tomar su parecer, que «aunque poco, quien no le toma es loco».

—Así es —dije yo—, y aun tengo en la memoria a muchas mujeres que ha habido prudentes, y donde hay prudencia hay varonil ánimo, hay amor al marido y hay temor de Dios. Y conozco una mujer que, recién casada, empezó a reparar en la librería que tenía su marido y mandó quemar algunos libros, y entre ellos la maldita *Celestina*. Y reprehendiéndola su marido, le dijo: «San Pablo manda que la fornicación ha de ser huida y no leída, ni aun imaginada; y el que lee en grados de la carnalidad no puede dejar de ser llamado a ella, hallándose metido en la pelea que ignoraba»; y así, tales libros que no eran decentes para tener lugar entre otros buenos, y que tales leturas no servían de más que quitar el sueño sabrosísimo de la honestidad. ¡Oh prudente mujer, merecedora de estimación!

—El jurisconsulto Acursio —dijo la Verdad— tuvo una hija que tenía cátedra de Leyes públicamente en Bolonia; y la famosa Alejandra Scala escribió muchos eprigramas en griego y latino; y Pulqueria, hermana del emperador Teodosio el Menor, por cuyo saber y prudencia se formaron muchas leyes que hoy andan en el cuerpo del Derecho Civil en nombre del Emperador su hermano; y la gran Teodolinda, reina lombarda (la tan amada de San Gregorio, pues la dirigió sus *Diálogos*), a dos maridos que tuvo bárbaros con su prudencia los hizo buenos reyes y aprovechados en lo de la cristiandad; y Pompilio Romano llamaba a su mujer su consejo; y Aspasia, hija de Hermotimo, fue robada de Ciro el Menor para su dama, y por sus excelencias virtuosísimas y prudencia incomparable y grande honestidad fue admitida para esposa, y dicen no haber conocido más mujer después que con ella casó, y jamás le sucedió cosa mala aconsejado de su esposa. Juan Andrés,

noble coronista, cuenta una maravillosa sentencia de una mujer, y Jasón en sus escritos lo refiere: fue que un pobre se sentó en un bodegón junto a la lumbre a comer un pedazo de pan, y, pareciéndole al bodegonero que al olor de sus ollas le sabía el pan con más sabor, le pidió la paga; y como llegasen a porfía y voces, se juntaron los vecinos, y después de larga contienda dijo una mujer que bastaba para paga del color del humo de las ollas el sonido de algún dinero, y con tan buena sentencia se apaciguaron. No hay joya de tan subido valor como una mujer prudente y entendida, y el que goza de tal bien y no agradece a Dios el haberle tratado como a amigo guárdese de un mal fin, y crea que si tiene entendimiento un hombre y goza de honesta mujer, que le puede asegurar la salvación, porque es la tal casa casa de bendición, donde asiste Dios, donde reina el contento, donde hay conformidad y con cualquiera cosa se pasan, estimándolo como inútiles merecedores. ¡Oh santa vida! Y desdichado y sin ventura aquel que le cupo una niña de las que vemos por el mundo, sin ser de provecho para cosa criada, parando en los fines que esperan malos principios, destruyendo hacienda, salud y alma; que donde no hay cordura todo falta y sólo sobran pesares y sustos y tardos arrepentimientos, y traer al pobre marido más aturdido que azotado público a manos de un verdugo, si se ve azotado en la honra a manos de la dishonestidad de su mujer.

## DISCURSO XI

### DE LOS GIGANTONES EN MADRID por defuera y prodigioso entretenido

**O**H, qué rapante vuelo es el del deseo, y con qué ligeros pies camina el ansia de ver! Guiaba mi dormido discurso entre la confusa tropa de aquella salida al campo santo del Pardo y todo el contento caminaba conmigo por caminar yo con tan buena compañía, pues era parte de no sentir cansancio (pero ¿cómo le había de sentir, si estaba durmiendo en el descanso de mi casa, junto al amor de los amados hijos?), cuando entre aquel amoroso letargo me dijo la Verdad que mirase a un viejo que llevaba de la mano a una niña, y luego vimos a un niño que galanteaba a una vieja muy afeitada.

—Éstos —prosiguió la Verdad— son casados; pero aquí hay mucho que decir de la mala elección de todos cuatro, pues el refrán dice: *Cada oveja con su pareja*; que con el yerro que ha hecho aquella niña, anda ya cojeando viéndose cargada de un monte nevado, y él se ve arrepentido, con una niña a quien no puede acallar. Y aquel mancebo ha dos meses que se casó y ya, hartado de vejez, ha buscado dama a quien dar el hacienda que va quitando a la vieja, y ella va loca y ufana de verse galanteada de un niño en el campo, donde lo ven tantos, y va tan sin sentido que la parece que a su dicha otra alguna no la iguala. Y allá lo verá al cabo del año cuán al cabo va la hacienda, y cuando oiga del aburrido zagal el «¡Valga el Diablo la vieja borracha, bruja encanijada!»». Entonces se irá acordando del primero que perdió.

—El mayor desacierto que hace el hombre —dijo el Desengaño— es el casarse con notable desigualdad, porque hombre mozo que casa con mujer vieja, de las que ya jubiló la edad de poder parir, no sé que lo haga más de por comerla el hacienda que tiene; y más, que la esterilidad aun en las plantas es aborrecida, y entre los judíos era horrorosa y les echaba maldición la ley. Y entre los romanos habla Dion Casio, en su *Historia*, que penaban a las estériles, y las que parían tres hijos o más las hacían honras señaladas.

—Sólo se puede alabar la esterilidad —dijo la Verdad— por estar libre de los amargos que dan a beber los hijos.

Así que dijo esto la Verdad lo hizo cierto los llantos amargos de una mujer que llevaba encima de un borrico a un hijo suyo que había caído de una encina por coger bellotas y se había roto la cabeza y desconcertado un brazo. El muchacho con lamentaciones de su dolor y la madre con el pesar del hijo, guiaban a Madrid.

—Ves aquí —dijo la Verdad— los sustos de cuando pequeños. Y cuando grandes, si salen malos todo es pesares; y si buenos, el sobresalto de la muerte. Y si no se logran, la pena fiera cuando los ven muertos. Hombre necio llama Estobeo al que se alegra cuando le nace el hijo, pues en medio del infortunio se tiene por dichoso: tanto es de amarga la vida del que después de tener hijos se ve cargado de pesares y de zozobras. Y Demócrito reniega de la recompensa que se hace del poco bien y contento que traen los hijos a los padres, respecto de los trabajos y pesares en que los meten.

—Si se quitara al matrimonio —dije yo— el bien de los hijos se privara a los hombres la necesidad de casarse. Y el famoso Menandro los llama hechizos de las almas de sus padres, porque al hechizado sólo le parece bien la persona que le hechizó. Así, los hijos parecen mejor a sus padres de lo que son, y por eso dijo el escarabajo a los suyos: «¡Venid acá, mis flores!», y Plutarco dice de la romana Cornelia que vivía tan lozana con sus hijos que los llamaba sus dijes y joyas. Y por ser natural bien para la población del mundo dice Musonio que se hicieron leyes para castigar a las mujeres que no parían; y la naturaleza se quejara en las leyes del agradecimiento, pues si dio a cada uno el ser que tiene, razón es el darla en pago otro su semejante que se quede en su lugar, como él quedó en lugar de su padre. Y yo por esta parte he satisfecho a la deuda de naturaleza, porque nueve hijos he tenido, y hoy siento en mi casa cinco, humildes y contentos con pan solo, cuando no hay más.

—Volviendo a la igualdad de los matrimonios —dijo la Verdad—, la conformidad hasta los elementos la aman, como un fuego con otro y un agua con otra, y las bestias y aves cada una con la que es de su naturaleza; y así, en el hombre se requiere el empleo con igualdad y proporción. Y por lo que dice San Jerónimo que mandó Dios en la ley que los sacerdotes no casasen con viudas, fue por los inconvenientes que se siguen con la mujer que sale de lidiar con otro hombre y otra condición; y si sale el segundo malo, anda el suspiro y el tono del «¡Ay del que pudre la tierra!» con que pudren al segundo; y en particular los mozos se habían de casar con doncellas a quien pudieran enseñar a sus mañas para vivir con quietud.

—Veslo aquí bien claro —dijo el Desengaño—; que aquella mujer que está bailando en aquel corro de gente se casó con su criado y cada día la molía a palos, y ella vive tal que le desea la muerte; y ahora está malo en la cama y ella, aunque la ves dar tantas vueltas, muchas más bizmas tiene su cuerpo de las vueltas que ha llevado.

—En un libro —dije yo— he leído de otra semejante a ésta, que a palos la quebraba su marido las piernas y los brazos, y aconsejándose con un médico en cuanto a la salud de su marido, la ordenó ciertas píldoras, y al pedir en la botica que se las hicieran y al ordenar el boticario la masa, cayó en el bote una araña y, sin reparo, fue masada entre las ingredientes y mataron al enfermo, y otro día fue la mujer a dar gracias al médico porque la había despenado de tanto tormento. Y así, la igualdad del matrimonio apruebo por buena, pues a un viejo todo se le va en escupir y gargajear, y ha menester babador como niño, pues cada instante se le cae la moquita; y siendo, como son, las mujeres mozas tan limpias y aseadas, es fuerza en huir de la vejez como de traslado de la muerte. Y la mujer cuerda y moza debe querer marido prudente y que la sepa gobernar y contar lo que pasa por el mundo, que es apetito de las mujeres. Y por eso los Derechos Civiles y Canónicos abonaron al matrimonio de los doce años a la mujer y de catorce al hombre.

A este punto vimos un hombre que en el semblante se le veía el corazón bañado de celos: miraba a todas partes, sin perdonar rancho donde no llegase. Pregunté la causa a la Verdad, y dijo:

—Aquel hombre ha venido a este sitio con su trapo, como otros infinitos vienen, y se le ha desaparecido la dama soplada de otro; y esa es la causa de andar tan espantado que parece arrojar llamas del pecho. ¡Oh hombres brutos que tal pasáis y tal sustentáis, sin reparar que el perro forastero que se deja manosear de uno lo hará de cualquiera!

—No es buen amor —dijo el Desengaño— el que pasa sin celos, y Erasmo dice que quien no cela no ama. Y el verdadero amor lo requiere; pero ha de ser honesto y permitido. Ningún animal hay tan celoso como el hombre, y más furiosa con celos la mujer.

—Aristóteles —dije yo— da por remedio a los celos que se corte un ramo del árbol llamado leucofilo, que nace a las corrientes del río Fasis, en Colcos, de donde fue Medusa, y, puesto a la cabecera de la cama de la mujer, queda confirmada en la castidad conyugal y el hombre queda seguro de toda sospecha.

—Muchos compraran ramas de tal árbol —dijo la Verdad— si por esta tierra se vendiera; y también hubiera hombres tan buenos que, aunque naciera el árbol dentro de sus casas, no se alentarán a experimentar tal dicha, porque viven tan pagados de cuatro fingidos melindres que les parece bastante seguridad. ¡Oh miserables descuidados, con una ninfa compuesta que os suele mirar con unos ojos de leona parida a quien han quitado los hijuelos, y sólo para engañar hace cuatro cocos, a quien el vulgacho llama puterías! Y a mi entender no hay guardas para las mujeres. Así lo dice Ovidio: que la casta por fuerza ya no es casta, sino la que con libertad lo es; y cuando el alma consiente en lo malo, ¿de qué sirve enjaular el cuerpo, que lo prohibido despierta el apetito? Y también dice que ni la mujer deshonestá puede ser guardada ni la honesta lo debe ser, y la mejor guarda es pedir a Dios dicha en aquella arca cerrada en quien hay tanto que ver. Y a mi entender fue advertencia discreta la que guardaban los romanos en su gobernación: que cuando venían los maridos de fuera enviaban aviso sus casas de su venida antes de llegar, por que no pareciese que con llegar de repente querían probar la confianza que debían hacer dellas. Y también hoy guardan esta ley muchos hombres que para espantar los cuervos que suelen picar en su heredad hacen ruido o tosen recio o hablan alto para ahuyentar con estos mansos conjuros al Demonio que en forma de duende juega con su mujer.

—Sólo un consejo —dijo el Desengaño— daré a los hombres, y es que no consientan a sus mujeres acompañarse con mujercillas llevadoras y traedoras de cuentos y chismes. Y Eusebio Cesariense dice del sumo sacerdote Eliazar que si Dios mandó a los judíos no comer de ciertas bestias y aves, dándolas por sucias y no dignas de manjar de tal gente, fue para significarles que no se habían de juntar con otras gentes idólatras y de mal vivir. Y Filón Judío dice que como el que de las tempestades y calma es tomado fuera de tejado no puede escapar sino mal parado, así el que se junta con mala gente no puede librar de que se le pegue algo malo. Y el que no quisiere sarna huya de los sarnosos.

Atajó este discurso la Verdad, diciendo:

—Mira aquel hombre tan pensativo con aquel rosario en las manos, que llora mujer y hacienda.

—Pues ¿cómo no trae luto? —pregunté.

Y la Verdad prosiguió:

—Porque no es viudo; que su dolor es haber metido en su casa un amigo tan leal que le llevó la mujer y la hacienda

—Leyera a Ovidio —dije yo—; que aconseja a todo el mundo no solamente que no fie un amigo de otro a su mujer, mas que ni se la alabe de hermosa, porque el que oye alabar a una mujer va abriendo camino a la malicia y a la ponzoña de la infidelidad y traidor amor. A Menalao, por haber entrado en su casa Paris, quedó sin mujer y hacienda. ¡Ojo alerta, descuidados simples que soléis dar tantas ocasiones a vuestras mujeres que se valen de

ellas! Aprended de Sulpicio Galo, que repudió a su mujer sólo porque la vio levantar la saya para cubrirse la cabeza.

—De aquellas mujeres andorreras —dijo el Desengaño— quisiera yo hacer una pepitoria, pues jamás tienen devoción en su parroquia, sino en la ajena, todo por tener más que andar y ver, por ser vistas; y si está cerca la Virgen de los Remedios pasan la devoción a la de la Almudena, sin ser del agrado de Dios.

Inquietonos una danza de doce mujeres a quien hacía guía un fiero gigantón con su tambor y flauta, a cuyo son bailaban con notable inquietud. La primera llevaba un rótulo en la frente que decía: *Pesadumbre*. Admireme, y pregunté a la Verdad quién era, y respondiome:

—Lo mismo que publica es: mujer que por dar un pesar se irá al Infierno. Y por dársele a su marido se ha venido al Pardo, y, aunque baila, no está en sí; que el imaginar cómo dar pesares la tiene inquieta. Y su marido está tal que para aborrecerse le falta poco y no se atreve a hablarla palabra.

—A esa mujer —dije yo— hacerla poner los calzones de su marido, y a él la saya de su mujer, que no será el primero que se la ponga. O estaca de encina verde y por mondar, y para él la penca del verdugo.

Siguió a ésta otra mujer danzando, con otro rótulo en la frente, que decía: *Amor traidor*.

—Ésta —dijo la Verdad— tiene un marido que no le merece descalzar, y ella le trata como a cosa de desprecio porque han dado en alabarla de hermosa, y a cualquiera que la alaba le mira con amantes ojos. Y no está en sí, porque, como ama al Demonio en cualquiera que la mira a lo risueño, está perdida (porque quien ama está más en el amado que en sí mismo, pues en el amado tiene su alma empleada) y sólo se ocupa en lascivos deseos.

—A esta mujer —dijo el Desengaño— la llaman Pececillo arrojado del Templo.

Pregunté el porqué, y prosiguió el Desengaño:

—Ésta, cuando se confiesa, no hace caso del desagrado que muestra al matrimonio de Dios ni confiesa el cariño con que mira a quien la alaba de hermosa, y en llegando a estos lances enmudece; y así, es bien llamada Pez, pues cuanto hay criado en las regiones del aire y la tierra, todo tiene lengua para hablar y decir su sentir, pues el ave canta y se queja, y el animal ruge, brama y bala; sólo el pez, mudo, carece deste bien, y así, quien no se sabe confesar llámenle pez.

—Estima Dios tanto —dijo la Verdad— un *pequé* del hombre que para su amor no hay bocado más sabroso, y así, en los sacrificios de sus altares no permitía peces por lo mudo que son; sólo consentía animales y aves que se quejasen, que en ellas contemplaba al pecador lastimado. Y por eso se llama esa mujer Pez arrojado de el Templo.

Pasó esta dama y siguió otra, bailando con gran viveza, y en la frente un rótulo que decía: *Lengua*. Pregunté quién era, y el Desengaño me dijo:

—Una mujer tan parlera que no hay secreto que en su pecho haga asiento. Tuvo un marido que por causa de ella está en galeras, porque la descubrió un lance que le había sucedido con otros amigos, y apenas lo oyó ella cuando lo supo todo el barrio y fue descubierta lo que jamás creyeron que se supiese.

—Mucho se puede hablar —dijo la Verdad— acerca del silencio de la mujer y la tontería del que descubre sus secretos a un vaso de tan poca capacidad; que, aunque hay muchas de soberano entendimiento, no lo son todas. Y así, cada uno conocerá en su mujer

cuánto caudal la adorna y como tal podrá descubrirla su secreto y creer que no es regla universal en todas la del silencio. Acursio escribe con gran nota que en Derecho se presume penetrar la mujer todos los secretos de su marido. Y Homero introduce a Júpiter requiriendo a su mujer Juno que no se metiese en escudriñar sus secretos y que se contentase con los que como a su mujer la comunicaba. Y también dice del alma de Agamenón que dio por consejo a Ulises en el Infierno que no descubriese todos sus secretos a su mujer, y así él, cuando llegó a su casa tan pobre y viejo, primero se dio a conocer a sus pastores, a su hijo y también a su ama Euriclea (que le había criado) que a su mujer Penélope, aunque la tenía por honesta; y, reprehendiéndole Euriclea, la dijo que las más de las mujeres eran cántaros agujereados.

—Ella es flaqueza de la naturaleza mujeril —dije yo—, y a muchos ha costado caro el descubrir los rincones de su pecho a su mujer. No me dejará mentir Sansón con su esposa Dalida, y, si no, clamen sus cabellos cortados. Y Anfrao pregona silencio con la mujer, como dice Homero, llamándole de poco juicio en descubrir a su mujer Erifile el miedo que tenía en ir a la guerra de Tebas, pues en ella tenía anunciada su muerte, y que se iba a encubrir una cueva; y, llegando a su mujer Adastro y otros capitanes, por precio de un collar que la dieron descubrió dónde estaba su marido. Pero a ella la tragó la tierra: merecido castigo a tan mala compañera, pues por una gala vendió a su marido. Y ¡cuántas hay hoy que por adornar de galas su infame cuerpo venden la honra de su marido y arriesgan su alma!

—El profeta Miqueas —prosiguió el Desengaño— encarga mucho que guardemos los cerraderos de nuestras bocas y no demos parte de nuestros secretos a los que duermen en nuestro seno, que son nuestras mujeres, sin que primero se averigüe la parte que tienen de prudentes y secretas. Y a no ser las mujeres de tan flaco cerebro no se atreviera el Demonio a Eva: mujer que con su consejo hizo al primer hombre de hijo de Dios, esclavo del Demonio. Y también digo que aquésta fue una, y que hay muchas prudentes, bizarras y discretas de quien se puede fiar el hombre y admitir consejo; y para eso digo que cada uno puede, como discreto, conocer el entendimiento y valor que hay en su consorte y estimarla como a tal.

Pasó esta mujer y siguiola otra, bailando con mucha majestad y señorío, llevando en su frente un cartel que decía: *Quietud*.

—¡Jesús! —dije a voces— ¡Qué cosa tan contraria a una mujer!, pues donde ellas se hallan no se halla la quietud. Sólo en ésta lo he visto por traerlo escrito en su frente. Pero yo lo creyera haberlo escrito en su corazón, porque cuando oigo sermón sólo siento el estar cerca de mujeres, y siempre he oído al reverendísimo padre fray Miguel de Cárdenas el ofrecerse quietud a sus sermones sólo con que callen las mujeres. Y así, diga la Verdad quién es esta mujer nunca vista, que yo lo dudo.

—Ésta —respondió la Verdad— es una mujer muy callada y de gran quietud, y tiene por esposo a un hombre a quien llaman Plátano de la India.

—¿Por qué causa? —pregunté.

Y la Verdad prosiguió:

—Porque es un hombre levantado del suelo, tanto, que sólo contempla a Dios crucificado, y tanto dolor cobra en su corazón cuando se acuerda del paso de la Cruz, que tiene impreso en el alma un crucifijo; y así, le llaman Plátano, porque el plátano es una fruta

de la India, a modo de pepino, pero muy sabrosa, y por cualquiera parte que le dividen muestra un Cristo crucificado. Y a esta mujer la llaman la Reina Dido, y es porque Virgilio la introduce hablando con pocas palabras y la cara inclinada a la tierra. Y un sabio manda que las mujeres no solamente no se atrevan a hablar delante de los varones en los ayuntamientos generales, pero que no pregunten en público, aun en lo que dudaren de la doctrina cristiana, sino que en su casa lo pregunten con quietud a su esposo. Y Aristóteles dice ser honra en las mujeres el ser calladas. Y Numa Pompilio, segundo rey de los romanos, mandó el silencio en las mujeres, y que ni en las cosas necesarias moviesen pláticas en ausencias de sus maridos. Y, prosigue el autor, que en las aves, las cigarras, codornices, ruiseñores y gallinas solamente tienen canto los machos, y aunque la hembra del ruiseñor canta, es sin lengua; pero la mujer, con tanta, es bueno que calle. Y según su demasiado gorjear, casi creo lo que dice Diódoro Seculo:<sup>26</sup> que hay gentes que tienen dos lenguas, y que con la una responden a uno y con la otra a otro, y, a mi entender, son las mujeres, pues dice un proverbio alemán que *Tres mujeres hacen feria*, por lo mucho que hablan. Y Baldo, famoso jurista, la razón que da para que la mujer no pueda ser admitida al feudo es porque en él se jura de guardar secreto al señor, y mal cumplieran esto las mujeres.

—En cierto libro —dije yo— he leído un cuento sazonado acerca del hablar de las mujeres. Fue que un hombre halló en su casa un tesoro, y la mujer, que era simple, viendo tanta riqueza concibió en la idea el dar cuenta a sus vecinas y amigas, y aun a todo el lugar. Pero el discreto marido, conociendo el sujeto de su mujer y que por su parte se haría pública su ventura y se la quitarían, la llamó con amantes razones y dijo así: «Mujer amada, ya ves el bien que Dios nos ha enviado a casa. Y pues con él nos vemos poderosos, razón será que tú aprendas a leer, que es parte noble en las mujeres y medio con que se hacen discretas». A ella, oyendo tal, le sonó como perlas, porque el desear saber lo heredaron de la hija de la costilla, y, al verla el hombre con tan vivos deseos, sin dejarla salir de casa llamó a un maestro y ordenó el que la alicionase. Púsose por obra, sin faltarla el prudente marido del lado, hasta que, después de muchos días, saliendo ella fuera de casa, empezó a dar cuenta del tesoro que había hallado su marido. Y preguntándola que cuándo había sido, respondía: «Antes que yo anduviese a la escuela». Y así, con esta maña desvaneció el marido el riesgo que le pudo venir por la lengua de su mujer, que, siendo mala, ¡Dios nos libre della!

## DISCURSO XII

### DE LOS GIGANTONES EN MADRID por defuera y prodigioso entretenido

**N**O hay clarín que suene tanto como la fama mala de la mujer; ni hay peor cabeza que la del culebro ni ira que exceda a la mujeril; así lo dice el *Eclesiástico*, y toda la malicia del mundo es pequeña en su comparación, y de la mujer salió el principio del pecar. Sólo merecen —dijo el Desengaño— la disciplina las malas que han salido aviesas; que para Eva, que anduvo entre culpas, hubo otra Eva que redimió al mundo siendo concebida sin pecado original desde el primer instante de su ser y animación, que para Madre de Dios cierto es que fue tal cual la cree el discreto y devoto.

Aquí llegábamos cuando pasó danzando otra mujer que en su frente llevaba un rótulo que decía: *Ingratitud*.

—Ésta —dijo la Verdad— es un retrato de los ingratos, y aunque la sacó su marido del estropajo y amaneció señora donde anocheció criada, no por eso agradece a su esposo acción tan generosa, pues como si fuera su esclavo así le trata. Y cierto que no ha venido ella a ver la Joya deste sitio; que a ver su quebradero de cabeza ha venido.

—Muchas mujeres hay malas —dijo el Desengaño—, y la mayor causa y más principal es la desvergüenza del adorno. Y no viene muy mal a nuestro propósito lo de Ferón, rey de Egipto, que, habiendo perdido la vista por desatento a sus deidades, tuvo respuesta de sus oráculos que si quería cobrarla se lavase los ojos con la orina de una mujer casada que no hubiese pecado en el sexto ni conocido más varón que a su marido. El Rey, así que lo oyó, puso por obra su cura haciendo la experiencia con su mujer y las de sus cortesanos, y después a las de muchos pueblos de su reino, y nunca halló virtud en alguna hasta la mujer de un hortelano, con la cual se casó, y a las demás hizo juntar y las quemó vivas. Y dan testimonio de esta verdad Herodoto Halicarnasio y Diódoro Seculo.

—En picando a las mujeres —dije yo— la vanidad y soberbia, cerca andan de perdidas; porque la soberbia es casta de lamparones. Y por eso dice Diogeciano en un proverbio acerca de lo ingrato: «No hagáis bien a viejos ni a niños ni a mujeres, ni a perro ajeno ni a galeote, porque todo el bien que a tales se hace es perdido.

—Pero no será perdido —dijo la Verdad— la limosna que a los pobres viejos se hiciere; a pobres mujeres y huérfanos.

—Así es —dije—; que si es pobre no puede ser ingrato, porque la necesidad siempre pregona agradecimientos.

Pasó esta danzarina y siguiola otra, muy compuesta, con un rótulo en la frente que decía: *Hipocresía*.

—Ésta —dijo el Desengaño— tapa con sus afeites sus faltas, y en todos sus sustratos procura disimular quién es.

—Al animal —dije yo— a quien llaman traición se parecen las mujeres, porque la mujer que no ha menester agradar más que a Dios y a su esposo no se vale de otra cosa que de

la honestidad. Críase en cierta parte de Europa un animalejo del tamaño de un conejo, llamado traición. Es muy fiero en todo su parecer: pelado a trechos, hocicón y de mal color; sólo la carne es sabrosa, pero hace mal a quien la come y le acorta la vista. Tiene la hembra tan raro conocimiento de su fuerza que para tener acto con el macho le busca de noche, y después se desmaya el macho y, al verlo ella, le muerde y araña los ojos, de tal suerte que las más veces le deja sin vista. Y así, no hallo yo animal más parecido a la mala mujer, pues valiéndose de la gala y afeites (nubes oscuras para engañar al hombre), le deja tal que le desconoce el Ángel que le acompaña, cuando le ve en pecado.

—Herodoto —dijo el Desengaño— cuenta un caso bien raro. Dice que, caminando un varón justo llamado Arnesto, vio que se apartaba del camino un labrador y que en su lugar quedaba un hermoso mancebo llorando, y que, llegándose Arnesto a él, le preguntó la causa, y con tiernas lágrimas le dijo que él era Ángel de guarda aquel labrador, y que se había apartado del porque iba a cometer un pecado mortal.

—Pudo ser —dije yo—; pero de padres muy doctos y muy graves he leído que no se aparta el Ángel del cuerpo desde que nace hasta que muere; que lo que hace es volver el rostro y cerrar los ojos cuando peca aquel espíritu a quien sirve de guarda. Pero, volviendo a la hipocresía de las mujeres (que es lo mismo que apariencia falsa), dice Publio Ciro que cuando la mujer descubre su maldad y la hace pública, que entonces es buena, porque sabe de quién se debe guardar. Y Eurípides introduce a uno enojado con su mujer y que la dice: «A todas las mujeres del mundo aborrezco, y a ella mucho más, porque disimula el mal que me hace con su hablar blandillo»; y Sócrates dice que se debe guardar el hombre con más cuidado del daño que le puede venir de la mujer que dice que le ama que de aquella que le aborrece. Y no hay más medio para lo grave desta enfermedad mujeril que amenazarlas con el riguroso castigo de Dios para llevarlas por buen camino, como a los niños con el «¡Guarda el coco!».

Siguió a ésta otra, muy viva de ojos, y el rótulo de la frente decía: *Curiosidad*.

—Ésta —dije yo— trae muy propio rótulo, porque no hay mujer que no peque de curiosa. Y el deseo de saber las hace ser hechiceras y por saber secretos ajenos saltan en parleras. Y la hija de Argos se perdió por la curiosidad de ver lo que llevaban los fenices en sus navíos, pues así que entró la llevaron robada; y Dina, hija de Jacob, la curiosidad de ver la hizo quedar violada de Siquén, hijo de Emor. Y si alguna curiosa la pareciere mejor el saber que el tener, la diré que la curiosidad en saber salvarse es buena, no curiosidad sin cerebro.

—Así dice Alciato —dijo la Verdad— en una emblema que toma de Esopo, en que pinta que una zorra entró en casa de un maestro de danzas y, tomando una cabeza en las manos, después de muchas vueltas que la dio, dijo: «¡Oh, qué hermosa cabeza y qué insigne! Pero está vacía de razón y entendimiento, porque no tiene cerebro». Así son las mujeres curiosas en saber para sólo hablar, pero vacías y sin discurso para aprovecharse.

—Siguió a ésta otra, bailando con gran porfía, y el rótulo decía: *Pertinacia*.

—También es muy propio —dije yo— este rótulo para las mujeres, porque si dan en decir, *tijeretas han de ser*.<sup>27</sup> Todo el mundo no bastará a que se desdigan.

27.— Porfiar en cosas irrelevantes.

—Escucha —dijo el Desengaño— el cuento de Poggio,<sup>28</sup> que dice que un hombre azotaba a su mujer porque le llamaba piojoso, pero que ella no quería desdecirse, antes levantaba la voz repitiéndolo. Y después de hartado de golpearla y ver el poco fruto que sacaba, la metió en un pozo requiriéndola que se desdijese. Pero ella peor que peor, y llamarle con más ansia piojoso. Y dejándola cubrir de agua, ya que no pudo jugar la lengua sacó las manos fuera del agua y, poniendo un pulgar sobre otro, hacia el ademán de matar piojos, hasta que se ahogó.

—¡Notable pertinacia! —dije yo—, pues por salir con la suya se dejan quemar. Y un autor muy grave las llama moscas porfiadas, porque aunque las espantan de un lugar con amenazas, vuelven a él al punto. Y Plutarco dice que lo hace por falta de memoria, pues no huye de lo que la amenaza, y todo consiste en pertinaz desvergüenza. De Amicor cuentan que porfió en reírse de ver a un corcovado, en tal manera que no bastó el amenaza del castigo; y, sentenciada a azotar públicamente, la iban azotando y ella riendo.

Pasó esta danzarina y siguió otra, cuyo rótulo decía: *Ambición*.

—Muy propio es también —dije yo— este rótulo en la mujeril materia; que el desear con avaricia es muy de la mujer. Y por eso Platón, tratando de los guerreros vitoriosos, dice que hubo una ley que no se despojase a los muertos más que de las armas, porque despojar el cuerpo muerto era vil y mujeril avaricia.

—Esta mujer —dijo el Desengaño— la llaman la Olla de Cobre, porque Esopo y Alciato en sus emblemas pinta dos ollas que van por un río, una de cobre y otra de barro, y que la de cobre rogaba con amables razones a la de barro se llegase a ella y que juntas sufrirían mejor los combates del agua. A quien respondió la de barro: «No admito por bueno tu consejo, porque al primer tropezón que demos las dos me harás pedazos y tú quedarás entera». Así, esta mujer ha destruido ciertos caudales que se han arrimado a ella engañados de su fingido amor, y ella, ambiciosa, navega con muy costosas galas sin haber hallado quien la responda lo que la olla de barro; y así, han quedado hechos pedazos los caudales de los que ha tratado, cegados de su parecer que los ha hecho perecer.

Pasó ésta y siguió otra, muy adornada de galas, y el rótulo decía: *Concupiscencia*.

—¡Mucho dice aquel rótulo! —dije yo—; que si el deseo es santo le adorna la virtud, pero con tanta gala mucho da que notar.

—Esta mujer —dijo la Verdad— es la misma lujuria, y la llaman la Hembra. Y la palabra *hembra* en latín dice *foemina*, y algunos dicen que *foemina* viene de la palabra *femur*, o *feme*, que quiere decir *muslo*: significación lujuriosa; y así, el mismo nombre de Hembra da noticia de su desenfrenada sensualidad, y ése es el deseo que tiene. Y la tal señora es casada, pero no se contenta con su esposo, pues hace vivir malcasados a más de cuatro tontos que no reparan en lo grave de la ofensa y poca fe de una vil mujer. Cuenta Alciato de un elefante manso de quien tenía cuidado un hombre y una mujer, que, deseosa ella de gozar de otro hombre, mató a su esposo y le enterró junto al pesebre del elefante y trajo al otro hombre a casa. Y, entrando un día a echarle de comer, con señas y bramidos y arañando la tierra desenterró a su primer dueño mostrándosele al segundo, como avisándole que se guardase de las malas mañas de su mujer. Que apetezca la mujer al hombre como la materia a la forma, es justo; pero ha de ser para el matrimonio santo y no para otra cosa.

28.— El florentino Micer Poggio.

Y si el Derecho Civil condena a muerte al hombre adúltero y a la mujer adúltera no más de azotarla y encerrarla, creo que fue porque si el hombre quedara afrentado y con vida era infinito castigo, por ser capaz de discurso; pero en la hembra, como se halla poca vergüenza, puede vivir afrentada. Y en otra ley manda dar curador a la mujer lujuriosa y no al hombre, porque, como más entendido, conocerá su pecado; lo que no hará la mujer si la falta el miedo o quien la tire del freno en sus arrojios. Y el llamar a las mujeres lascivas y lujuriosas *mesalinas* fue porque la mujer del emperador Claudio se llamó Mesalina, y tan vil, que no se contentaba con cuantos hombres entraban en la casa pública.

—En verdad —dije yo— que hoy hay muchas mesalinas, porque hay muy poca vergüenza en el mundo.

Pasó esta danzarina y siguióla otra, que el rótulo de la frente decía: *Vergüenza*.

—¿Qué novedad es ésta? —dije yo.

Y la Verdad me respondió:

—Ésta, aunque publica vergüenza, no la tiene; que, demás de haberse criado entre desvergonzados, la profesa con tan ardientes deseos que hace gala de su libertad. Y la desvergüenza suele tener muchos compañeros, y principalmente la acompañan la avaricia, atrevimiento y robo, porque el desvergonzado a todo se atreve y todo le parece fácil. Y esta mujer se llama Scila, según Heráclides y Alciato la pinta, cercada de perros, como animales atrevidos, avarientos y amigos de presas, diciendo que Circe, por celos que tuvo de Scila y de Glauco, al entrar a bañarse la convirtió en cabezas de hambrientos perros de la cintura abajo. Y Ovidio en su libro de *Transformaciones* lo declara diciendo que fue Scila muy hermosa y que se enamoró de Glauco, que era de Circe, y que, inficionando Circe una fuente en que se lavaba Scila, entrando en ella se convirtió en cabezas de lobos y mastines, y que Scila significa *confusión*, que es lo mismo que lujuria; y Glauco, que la ama, significa en griego *cegajoso* y enfermo de ojos: certísima cosa; que cualquiera que ama a la sensualidad o no tiene ojos o los tiene malos, como cegajoso. Y Scila es lo mismo que *ramera*, que para comer y romper galas y no trabajar junta sus carnes a lobos y perros, sin hartarse jamás, hasta que la edad la obliga al recogimiento; y entonces, ya que no pueden más, aconsejan como han vivido. Así, esta mujer que ves, de mi voto se había de llamar Fauno, que en griego dice *sátiro*, a quien pintan los gentiles con pies de cabrón, porque el cabrío es la misma lujuria. Y Apuleyo dice que tales mujeres se sustentan con la yerba oruga, que enciende y abrasa en lujuria. Y Ovidio, en el libro dos de *Remedio amoris*, manda que se guarden desta yerba. ¡Oh, si los hombres se guardaran de tal yerba como es la mala mujer! Y creer que cualquiera que para otro hombre que no sea su esposo destapa la olla y deja hacer sopas, lo hará con el perro de Beltrán.

Siguiose la última danzarina, y en su frente leí que decía: *Gritería*.

—¡Oh, qué propio es esto —dije yo— en las mujeres! Y, si no, sáquenme del empeño todas las que venden en postes y plazas; que aunque no sean todas verduleras lo parecen en lo ladradoras que son: alhaja mujeril es. Y el aullar dicen los gramáticos latinos que conviene a lobos y a mujeres; y un grave autor dice que quien no anda en litigios no es casado. Y otro dijo que quien quisiere guerra que se case. Y Salomón, en sus proverbios veinte y uno y veinte y cinco dice que casarse el hombre es meterse en ratonera, y que la mujer mala es casa de tejado vano y lleno de goteras. ¡Bienaventurado el que la topa buena!

Iba el gigantón de una danza haciendo infinitas mudanzas, y al danzarín de los doce que no le imitaba amenazaba con castigo; pero ellas buen cuidado tenían en lo mudable. Pasó de largo la danza y dije a la Verdad y al Desengaño:

—Mucho debe a Dios la criatura, por haberla templado con tan vivos aceros que son para ella muy naturales las virtudes, y ella, renegando de ser quien es, se abate a los vicios y parece que profesa vida contraria a su naturaleza, haciendo más aprecio de la materia del cuerpo que de la del alma. ¡Oh ojos enfermos, que no podéis mirar al Sol!

—¡Bien dicho está! —dijo la Verdad—. Y puede temer el malo que la fe que le había de servir para gozar la gloria vendrá a ser para su condenación, pues quien ama la cosa buena es sólo quien la conoce, y quien alberga al pecado no parece que conoce a Dios.

Aquí llegábamos cuando pasaron cuatro hombres brutos entre infinitos sabios y temerosos de Dios. El uno se iba alabando de que en la iglesia la había hablado y que le había dado muchas quejas de su descuido. Otro dijo que con fingidos engaños había traído al marido de Fulana al sitio del Pardo para que su amigo Fulano quedase a solas con su mujer y libres de tanta maza.

—¡Bravo alcahuete hacéis! —dijo otro—; pero por un amigo cualquier cosa se puede intentar.

—¡Oh, qué desatenta gente! —dijo la Verdad—. ¡Que se vengan a este sitio a cometer tan varios pecados y el hombre se muera por el Demonio! Júzguenos Dios con toda su misericordia; que poco cela el mortal la honra de Dios.

—Trasamundo —dijo el Desengaño—, rey de los vándalos, africano y hereje, profano y poderoso, traía crueles guerras contra Cavaón, pagano, rey de los maurisios, que tenía su asiento en Tripol (y con poco poder respecto del vándalo, pero ayudado de su prudencia, aunque infiel) contra el hereje. Los vándalos de Trasamundo, enemigos de las iglesias de los católicos cristianos, hacían dellas establos para sus caballos. Lo cual sabido del prudente Cavaón, creyendo que se enojaría Dios con los cristianos, que tan mal le trataban sus templos, para ganarle por amigo envió algunos de sus vasallos que fuesen tras el campo vándalo y limpiasen muy bien las iglesias que ellos dejaban sucias. Continuó así, y, en sabiendo que llegaba su enemigo, le salió al encuentro con su poca gente y le destruyó, y quedó con la honra de la vitoria por haberse hecho honrador de las casas de Dios siendo su barrendero. Pues los católicos que (con tan buena disciplina como hay en la Corte) en lugar de santificar esta sagrada tierra, con la voz de «Vamos al Pardo» vienen a profanar el santo templo y sitio, y, siendo una romería adonde los buenos vienen descalzos y a pie a visitar aquel blanco de las injurias del pueblo hebreo, ellos se vienen por su gusto a entregarse al demonio de Trasamundo, pudiendo barrer lo sucio de sus almas y quedar vencedores cavaones.

—Por ser Elí —dijo el Desengaño— poco celoso de la honra de Dios y no corregir los pecados escandalosos que sus dos hijos cometían en el Tabernáculo del Señor, se los mató un día, y se perdió el Arca del bien y el ejército hebreo fue destruido por los filisteos y él cayó de su silla, y su nuera malparió y murió, diciendo Dios: «Yo honraré a quién me honrará». ¡Cuidado, cortesanos que sólo vivís de pecados y murmuraciones!

—Del rey Teodosio —dije yo— he leído en la *Historia de los godos* que, andando en guerras con los de Córdoba, mandó quebrantar y ensuciar la iglesia de San Acisclo mártir, porque decía era en favor de los cordobeses. Y al darlos la batalla fue vencido y, destruido,

huyó a Mérida, donde le mataron los suyos. Y así, honre a Dios el que quisiere ser honrado, y no profane sus santos templos o lugares sagrados. ¡Y reparar en un bruto Cavaón que conoció el que debía ser honrado el aposento de Dios, y que haya tan malos cristianos que con tantas luces de fe cometan sacrilegios y pecados a todas horas del día, sin reservar lugar sagrado, y siendo el templo sólo para orar y hablar con Dios, parece que llevan a él todos los negocios para hablar y inquietar el sosiego a los buenos! ¡Oh tristes de los malos, cuánto mejor fuera el no haber nacido! Y, volviendo los ojos a la historia del rey Vasita, que, no contento con ser gran pecador, profanó la dignidad y limpieza de los sacerdotes y con brevedad se vio vencido del rey Acosta,<sup>29</sup> preso y ciego; pero ¿qué ojos puede tener quien comete la ofensa de Dios sin reparar en su perdición? Y, volviendo a otra historia, veremos a los españoles proenzales y borgoñones, que, desamparando lo del servicio de Dios y dándose a lo sensual, irritaron la justicia santa y los envió gentes extranjeras que los destruyeron y quitaron las tierras.

Perturbonos la conversación un hombre que en una mula venía, tan brioso que parecía que el animal tenía alas en los pies, y al mismo paso que venía volvió la rienda para Madrid. Admirome y pregunté la causa al Desengaño, y dijo así:

—Aquel bruto, antes de llegar adonde desea se vuelve, no porque le obligue a ello el arrepentimiento; que la causa ha sido que acá, en el sitio, tiene a su trazo, y cuando se vino le encargó que la trajera unos limones y a él se le han olvidado, y, medroso, por no llegar a su vista sin ellos vuelve por el agrio de su gusto y no se le hace agrio el camino de ida y vuelta. Y el otro día, por no levantarse al doloroso quejido de su mujer, a quien hería un fiero mal de madre, sin socorrerla se estuvo quedo viéndola perecer sin acudir a sus ansias; y ahora, fiado en que la cabalgadura es un rayo, quiere dar gusto a su antojo con aquella costa de cuatro leguas moliendo su cuerpo y hiriendo su alma.

—A ese hombre —dije yo— llámenle la Ortega: un pájaro bien conocido; que suele tener entre sus garras a la simple y casta paloma, y, si ve pasar algún cuervo, suelta y enajena la presa sabrosa y blanca por la negra, inmunda y asquerosa. Lo mismo hace ese hombre, pues hace tan poco caso de la paloma del matrimonio y a costa de tanto trabajo busca el cuervo vil de la sensualidad.

Luego vimos un hombre a quien hacían los que le vían cumplidísimas reverencias, y él iba más ufano y soberbio que la misma vanidad. Pregunté a la Verdad quién era, y respondiome:

—Un poderoso sin conocimiento; que la honra que ves que le hacen es porque tiene riquezas. Pero él no repara en ello y, ciego, le parece que sus merecimientos son causa de tantas sumisiones como le hace el pobre menesteroso. ¡Oh necesidad miserable, cuánto te postra el poco poder!

—Ese hombre —dijo el Desengaño— parece que es imagen del asno que pinta Alciato en su emblema séptima, diciendo que llevaban sobre un jumento la estatua de la diosa Isis, y como todos cuantos la vían se hincasen de rodillas, y la adoraban y pedían los necesitados socorro, el miserable jumento se ensoberbeció notablemente creyendo que aquellos tratamientos eran a él y que su grandeza sin duda era merecedora de aquellas reverencias, hasta que el que le guiaba, viendo su gravedad y pesadez en el andar, le dio

29.— Debe tratarse del que aparece en la *Crónica del rey don Rodrigo*, de Pedro de Corral.

unos cuantos palos con que desvaneció tanta presunción. Así, este mentecato no repara que lo que tiene es causa de aquel vasallaje, y vano y altivo camina sin reparo hasta que el golpe de la muerte le desvanezca y dé a conocer que no es más de un bulto de tierra, como cualquiera miserable.

—La discreción de la grulla le falta a ese hombre —dije yo—, pues, conociendo que puede peligrar entre las borrascas de tan mal mundo, debe llevar en la imaginación el que nació para morir; que no hay piedra de tal valor. Cuando las grullas quieren pasar del Oriente al Occidente atravesando el monte Tauro<sup>30</sup> (donde hay muchas águilas), procuran, para no ser sentidas, traer unas pedrezuelas en el pico para que, aunque quieran graznar, no puedan, con que no son conocidas por el canto y deste modo pasan seguras. Así ha de hacer el poderoso: traiga en la boca y en los ojos el que la cuna y el ataúd iguala al pobre y al rico; que de ese modo se libraré de las águilas maliciosas que cortan de vestir con el fiero pico y rapante uña.

—Razón natural es —dijo la Verdad— cuanto has dicho; pero el rico soberbio le parece que si se humana pierde gran parte de su estimación y merecimiento, y hasta que acaba vive cruel, dejando hechos a sus malas mañas a los menores de su casa, con que los tales siguen la infernal seta de Juan Ziscas,<sup>31</sup> un hereje que perseguía los cristianos y obispos católicos de Bohemia, y en tanta manera los aborreció que mandó en su muerte que le desollasen y de su pellejo se hiciese un tambor de campaña y que en las batallas que hubiese contra cristianos le tocasen, creyendo el miserable soberbio que por haber vencido él algunas veces lo harían los suyos con sólo el ruido de el parche. Y el engañado tonto daría con su desollada alma en los espantosos senos del Infierno; que quien vive aborreciendo a su prójimo y menospreciándole, ¿en qué puede parar?

Inquietonos una mujer de buen parecer y, al parecer, de buen color, pues haciendo mudanzas de traspíes daba que notar. Iba con ella otra, que procuraba quitarla de la vista de tantos; pero ella, como no estaba en sí, no hacía caso de la salud.

—¡Oh, qué gran falta —dijo el Desengaño—, así en mujeres como en hombres! Y Polibio dice que ni las matronas ni los esclavos ni los mancebos, hasta llegar a los treinta años no bebían vino; y Marco Catón dice que a la mujer que la cogían bebiendo vino era castigada como pública pecadora; y Ignacio Matello mató a su mujer porque bebió vino, y no hubo quien le reprehendiese ni acusase.

—Suetonio —dije yo— cuenta en la *Vida de Augusto*, en el capítulo 65, que, teniendo desterrada a Julia su hija porque se daba demasadamente a la lujuria, la quitó que bebiese vino para que desta manera perdiese el otro vicio. Pero hoy hay famosas oficiales (que oficiales del trascuelo<sup>32</sup> ya se sabe que sobran); que hay mujer que vende hasta la camisa, que, aunque sucia, fenece entre coladas. Y crea el mundo que es un vicio padre de todos los otros, pues para beber hacienda y honra perece, y la salud quiebra notablemente. Y conozco una mujer que me acuerdo que tenía muy buena cara, discurso, limpia, aseada y honesta, y de sus manos salían labores maravillosas, y hoy la veo con un rostro negro y

30.— La Cordillera del Tauro en el S. de Turquía.

31.— Debe tratarse de Jan Žižka.

32.— De 'trascolar'.

curtido, puerca y rota, y tan bruta que hace gala de la borrachez, siendo causa el haberla desamparado los suyos y desconocido por parienta.

—Gran bien —dijo el Desengaño— tiene el hombre o mujer que vive con la moderación, desterrando de sí el pecado de la gula, haciendo memoria de los grandes daños que la embriaguez ha causado y la notable perdición y descrédito que trae consigo, reparando el templado el bien que goza y lo que le debe a Dios, que es el que lo hace, dándole gracias por tan gran bien.

## DISCURSO XIII

### DE LOS GIGANTONES EN MADRID por defuera y prodigioso entretenido

**D**ÓNDE hallaré quien me enseñe a ver la luz? Así clamaba Sergio en la soledad. Deseaba saber, no me espanto. Sólo es sabio —dijo la Verdad— el que se sabe salvar procurando curar el alma con buenas obras, para que, aunque pique el Demonio, no ofenda en el anzuelo de nuestra vida; como el pez a quien llaman sabo o sabalino, que, campeando el cristalino piélago, penetra a los pescadores que a lo débil de una caña fían sus lances, como fiar el ser a lo débil de un aliento que nos anima. Este pez comparado al Demonio, se llega al anzuelo y, sin tocarle, le comunica un fiero veneno que va subiendo por el sedal; llega a la caña, penetra los ñudos y, tocando a la mano que la gobierna, la adormece de tal suerte que se le cae la caña. Así el Demonio comunica al cuerpo el fiero veneno del pecado y, tocado de la peste, la comparte entre sus entrañas sin reservar potencias o sentidos; llega al alma y adormécela, quedando olvidada de sus obligaciones, de tal suerte que poco a poco pierde la hidalguía que la adiestra.

Así que dijo la Verdad vimos un bulto que, aunque se le conocía el ser hombre, iba sin tocar casi a la tierra, pareciendo que el viento le sustentaba.

—¡Admirable visión! —dije mirando a la Verdad.

Y, viendo mi suspensión, me dijo:

—Ese bulto que ves es un mozo en quien ha entrado el desengaño de los bienes del mundo, y, conociendo su caduquez, vive tan apartado de la vanidad y pecados que, aunque ve los lances, los huye sin atenderlos ni hacer reparo. Sólo tiene su mira en Dios, y su adorno, aunque le manifiesta bueno, tapa otro mejor, que es un áspero silicio, tan continuo que espanta al Demonio y le ahuyenta de sí. Y en algunas ocasiones que sus padres le han procurado ir a la mano en lo áspero de su penitencia, los ha respondido: «Padres míos, si Fulano por sólo un enemigo que tiene anda con colete y una malla y otras armas, para que la ocasión no le coja desprevenido y sin alguna defensa, yo, que tengo por enemigos fierísimos al mundo, Demonio y carne, y contra ellos no hay más armas que el silicio, penitencia y la mortificación, ¿por qué he de andar sin esta defensa y descuidado, siendo mis contrarios tan poderosos?». Y así, hombre con tanto conocimiento y en poca edad, ande como entre alas de serafines sin tocar a la tierra, pues huye de sus frutos lascivos y ambiciosos.

Hízonos apartar una mujer, tan compuesta de vanidad que sólo por huirla fue conveniencia nuestra el apartarnos. Galanteábanla dos estudiantes en Menores (que los que no profesan el estudio y se dan a la sensualidad jamás llegan a medianos). Pregunté a la Verdad quién era aquella dama, y respondió que la mujer más atroz que vio el mundo.

—¡Válgame Dios! —dije—. Pues ¿quién es?

—Una mujer —prosiguió la Verdad— que para abortar la criatura que en el vientre sintió, causado de sus travesuras, tomo bebidas que bastaron a ello; pero, aunque ahora

tiene salud, se le va concibiendo las entrañas una postema que congeló la fuerza de la bebida, con que la espera una vez hartos lastimosos.

—¿Es posible que tal atrevimiento haya —dije yo— que en semejante acción no tembló de la mayor crueldad que imaginar se puede? Que aun entre los animales incapaces de razón no hay ninguno que tal haga, antes procuran manera para regalar y criar sus hijos; como la paloma, que cuando está en el invierno sobre los hijuelos, para darlos abrigos se arranca la pluma que la viste para abrigar a los pollos. Y tales mujeres no se deben llamar sino verdugos de sus propias entrañas y miembros, pues el hijo es miembro de la madre, y así, hay graves penas, no solamente contra la mujer que tan fiero delito hace, sino contra los que lo supieron o ayudaron.

Pasó esta fiereza y vimos un hombre de buen parecer que, acompañado de otros dos, iba manifestando el señorío que tenía, y mayor a los otros. Pregunté quién era, y el Desengaño dijo que le llamaban el Gavilán.

—¿Por qué? —pregunté segunda vez.

Y prosiguió, diciendo:

—Porque este hombre se vio ofendido de otro, a quien debió en un tiempo agasajos, y reconociendo aquellos primeros cariños, para olvidar los enojos recientes se mudó de la casa en que vivía, perdiendo mucha comodidad sólo por quitar la ocasión del encontrarse con el tal vecino. Y el llamarle Gavilán es porque suele servirle el pajarillo de calentador toda la noche (si puede dar calor la sangre helada del miedo), y, mostrando por la mañana la generosidad de su gentileza, vuela a la contraria parte que voló el medroso pájaro, por no topar con él y poner en contingencia el agasajo que le hizo en el nido.

—Este hombre —dije yo— es perfecto héroe, porque comunica en sus acciones lo bizarro del corazón, y la grandeza y realce del sujeto le hacen perfecto.

—Y sólo me espanta —prosiguió el Desengaño— que lleve a su lado aquel de la capa colorada, que es de los que llamamos hombre de burlas.

—Malo es para amigo —dije yo— quien no habla de veras, y algunos que siempre están de burlas lo tienen por ventaja de discreción y lo afectan, que no hay vicio sin padrino, hombres que sus mejores ratos son burla, y de los otros las veras; y el que de tales hombres se deja burlar es dejarse tratar de inferiores y, a lo más, de su igual, dejándose negar la veneración. Y yo me holgara que me dijeran cuándo hablan de veras estos tales, porque yo siempre los igualo con los mentirosos y con los locos, pues nunca usan del juicio: señal evidente que no le tienen. En fin, su ejercicio es hacer reír, con propósito o sin él.

—Aborrecibles monstruos —dijo el Desengaño— se deben llamar, porque entre fisa y gracia usan un desprecio de lo que otros dicen; y si en ausencia nombra la tontería a alguno de éstos, dice: «Fulano es famoso sujeto, hombre decidero y entretenido». ¡Oh, maldito sea tal entretenimiento! Y quien con entendimiento da a tal hombre su lado sin duda quiere perder el entendimiento que tiene, pues le roza en las zarzas de la bufonada.

Así que dijo el Desengaño vimos un gigante horrible y fiero sobremanera, y, viendo mi suspensión, dijo el Desengaño que era un soberbio a quien llaman Faraón. El porqué pregunté, y la Verdad dijo así:

—Éste es rico y soberbio, que de ordinario anda lo uno con lo otro, y en el barrio donde vive no ha socorrido ninguna necesidad, habiendo habido hartas este año de sesenta y cuatro; y aunque oía clamores y lástimas, jamás se movió. Sólo viendo los demasiados llo-

ros de los pobres, con que le inquietaban, los ha dado un tanto a cada uno, con condición que se muden del barrio, y sólo lo ha hecho porque le quitaban el sosiego. Y el llamarle Faraón es porque se parece a él, pues, aunque vio aquel duro rey el río vuelto sangre, no bastó a ablandar su duro corazón; ni en este rico ha bastado tanta lágrima de tanto pobre como vio llorar; y si Faraón al ver y oír el ruido de las ranas que levantó la vara de Moisés, se ablandó algo, fue porque su enfadoso canto le quitaba el sueño. Así, este poderoso, si se ha movido a dar algún alivio a los pobres, sólo ha sido porque le enfadaban sus llantos tan repetidos, y así, le viene bien el nombre de Faraón.

Así que pasó vimos una mujer muy llorosa, pues mostraba los ojos cubiertos de lágrimas; el adorno humilde, y descalza. Pregunté al Desengaño quién era, y me dijo:

—A esta mujer la llaman la Santurrona (que el vulgacho vil así llama a los que procuran apartarse de ofender a Dios), y es una mujer que jamás se ha mirado al espejo, sólo cuando ha de ir a recibir a Dios contempla en una calavera que tiene a los pies un santo Cristo, y allí dice que ve su rostro propio, que no ha menester más desengaño.

—¡Oh santa mujer —dije yo—, pues te estrañas de serlo!; que la condición mujeril apenas salta de la cama cuando, sin persignarse ni dar gracias a Dios de haber salido de lo tenebroso de la noche, se van al espejo y empiezan a dar manos al rostro, poniéndole otro de cuando se levantó. Y jamás se descuidan en este cuidado (¡así tuvieran cuidado en afeitarse el alma para que parezca bien a los ojos de su Esposo!). Y luego adoran en la hungarina, o el jubón y lazos gaiteros (que no todas las gaitas están en Galicia y Zamora, que hartas vienen de Francia a desvanecer sin voz a las troneras de España), y no reparan en lo que significan tantos lazos y mariposas con que florecen todo su cuerpo; que las matronas romanas en su viudez y aflicciones cubrían de rosas sus rostros, como diciendo «Ésta es mortaja a mi tristeza, pues lo poco durable en estas flores dan indicios de lo caduco de mi vida: flor que apenas nace cuando mira al ocaso de su fin». Y en Castilla se adorna de flores el cuerpo del tierno infante que murió, y le viene a servir de mortaja lo que pudiera de vano adorno; pero con los infames lazos que usan las damas, no a Dios, al Demonio buscan en el galán; que, aunque sea más fiero que Caco, tenga qué dar; que con eso será más galan que Narciso.

Aquí llegábamos cuando vimos una dama con notable adorno y desenfado, con dos criadas, y la iba galanteando un hombre patituerto, corcovado y fiero sobremanera. Pregunté a la Verdad si era marido y mujer, y respondiome que no; que él era casado, pero no hacía vida con la mujer por estar cegado con aquella damaza que le gustaba su hacienda muy suavemente, y con lo que le quitaba a él sustentaba ella un lindo tahúr.

—Y el pobre corcovado es sólo el que lleva a cuestras los duelos y los gastos, sin reparar que su talle tiene mal talle de galán; pero tiénele bueno su bolsa.

—Poca vergüenza —dije yo— tiene, pues no se afrenta de llevar detrás de sí tanto demonio y que los que le ven ser ríen de su talle y él no lo conoce.

Pasaron de largo enderezando su viaje al río, pero no enderezaba el cuerpo ni el alma, ciega, según se vía, y olvidada de la muerte, cuando vimos pasar un hombre muy majestuoso acompañado de lacayos, y, admirado mi discurso en ver su gravedad, pregunté a mis compañeros quién era, y la Verdad me dijo:

—A éste le llaman el Oso.

—Pues en verdad —dije— que no tienen razón; que es muy limpio y muy pulido; que el hombre a quien comparan a ese animal suele ser por puerco y desaliñado y torpe o mal entallado.

—No es por eso —dijo el Desengaño—; que sólo es porque blasona de tan señor y tan dueño de sus acciones que no hay quien se atreva a competir con él, porque a un pobre que tiene por vecino, porque se le quejó de que le daban mala vecindad sus criados, le manoteó y derribó en el suelo, y, después de caído, le dio de coces. Y así, bien comparado ésta al oso, pues es animal muy amigo de que luchen con él a brazo partido; pero con calidad que el que lo hiciere se le ha de rendir, porque si quiere mostrar fuerza o valentía se enfurece el cruel animal y, arrojando todo su poder, hace entre sus brazos pedazos al que se le atreve. Así son los poderosos; que no quieren que compita con igualdad nadie con ellos.

—Y aquel hombre tan pensativo que desde aquel árbol le está mirando, ¿quien es? —pregunté.

Y la Verdad respondió:

—Es un cruel envidioso, y allí donde está se le deshace su alma en ver a éste más medrado. Y eso le sirve de mayor pena.

—Lastimoso achaque —dije yo— es la envidia, y yo la comparo a una cosa que parece en parte impropia, pues es a la nieve. Veremos que cae una gran nevada en poblados y campos y que se apodera de todo, pues obscurece las fábricas, ciega el camino, cautiva la planta, encubre la flor y marchita la yerba. Mirándose dueña de la tierra, ufana y soberbia con tanta hermosura y poder y en medio de tanta soberbia vanidad, sale el sol, empieza a calentar y poco a poco, impensadamente, se deshace la nieve descubriéndose todo lo que cautivo y sujeto tenía, gozando con su ausencia libertad amada. Es la causa el que a la nieve la parece, viéndose tan blanca y copiosa, que no hay otro que la compita; pero así que ve mucha más hermosura, más grandeza y majestad en el hermoso planeta, cubriéndose de envidia, ella misma se deshace. Así son los envidiosos: en viendo a otro más medrado se deshacen entre sí hasta convertirse en cenizas.

—Otra comparación —dijo el Desengaño— hay muy propia al envidioso, y es el cazador: sale al campo con su alcabuz a buscar caza a que tirar, anda gran parte del campo cortando tierras y saltando barrancos, y, cansado de no hallar qué matar, da la vuelta a su casa. Parecele que no será razón volver con el alcabuz cargado. Imaginando adónde ejecutar el tiro, esparce la vista, ve una piedra muy blanca y, arrimando la mira, tira al blanco. Así es el envidioso: anda vacilando cansado con su mala vida, siente su alma cargada de envidia, imagina adónde ejecutar el tiro, ve a uno más medrado que él y que resale entre otros, y dice entre sí: «Al blanco vaya el golpe de mi infernal condición sólo porque le veo medrado y que me hace reparar en sus mejoras».

Así que acabó el Desengaño vimos una tropa de gente apearse de unos borriquillos en que venían, y después de sacudir lo ajado de los vestidos buscaron sitio a su gusto donde comer, porque ya era tarde, y al echar mano a una canasta en que traían la comida la hallaron rota por un lado, por donde la habían sacado cuanto llevaba. Levantose entre todas las de la cuadrilla un alboroto notable, llorando la una manteles y servilletas; otra, sus cuchillos; otra, los vasos de plata, y las demás la comida. En fin, era confusión notable el ver suspirar unas y apretar las manos otras entre ansiosos ademanes. La gente que se juntó al ruido fue mucha, y nosotros nos fuimos orillas de Manzanares, donde vimos diversas

danzas de gigantones, y a otro lado otros disfraces a modo de los saraos valencianos o catalanes. Admireme, y, preguntando la causa al Desengaño, me dijo así:

—Aquellos ocho gigantones que ves arrimados han sido ministros, pero malos, y por eso están arrimados. El uno fue por juez de cierta averiguación a un lugar sobre una muerte, pero él sólo trató de averiguar qué cantidad de hacienda tenían las partes, y hubo casa en que hizo vender las mantas. En fin, el echó coche cuando vino, pero como había otro juez más soberano y más recto, le tomó residencia y, hallándole culpado, fue condenado en más cantidad que valía su hacienda, con que voló el coche, como cosa de viento. Y ahora, por andar en coche viene con aquéllos, que, aunque por sus buenas obras han sido excluidos del puesto que ocupaban, han quedado con caudal para rodar aquel trasto. Y a éstos los llamo yo Megolos, porque el megolo es un animal ladrón, mala cara, zancas cortas y larga vista y uñas. Éste asuela las gallinas de las comarcas donde habita y en el agosto se va a las eras y come mucho trigo hasta que llena la barriga, y luego se va a su cueva (que de ordinario la tiene en las roturas de las peñas) y allí vomita el grano, y deste modo hace más cosecha que algún labrador hartado de pasar soles y aguas en el campo rigiendo una hoz y un arado. Pero, como no hay cosa en esta vida que no tenga su contrario, también este animal le tiene en el copo: otro animal algo mayor y de más fuerzas. Viene por el invierno buscando el abrigo, y, dando con la choza y cosecha tan mal adquirida, se la come poco a poco, y, en viéndole el megolo, huye y busca otra habitanza, causado del gran miedo que cobra. Ahora saque la Verdad la moralidad. Y aquel que está requebrando a aquella dama que por juguete está lavando aquel pañuelo (aunque más lo había menester la camisa que trae, que treinta días ha que no se lava, de ausencia de la compañera) fue juez en un lugar, y muy recto, y por su buena diligencia prendió una cuadrilla de ladrones y los hizo ahorcar, y estando haciendo dar tormento a una mujer que andaba en compañía de los tales ladrones, viendo que negaba, la sentenció a muerte y lo ejecutó, y por eso fue privado de oficio.

—Marco Livio —dije yo— cuenta un caso raro de otra mujer, que, estando dándola tormento, después de haber negado largo tiempo se cortó la lengua con sus dientes y la arrojó a los pies del juez, y, levantándose de el lugar en que estaba, la mandó quitar del potro, diciendo: «Esta mujer es perfecta buena, pues arrojó de sí lo que más daña a las mujeres; y así, soltadla y sea libre de mi justicia, pues perdió el instrumento que la daba libertad».

## DISCURSO XIV

### DE LOS GIGANTONES EN MADRID por defuera y prodigioso entretenido

**E**NTRE cofusas imaginaciones, ni bien dormidas ni bien despiertas, batallaba mi alma viendo tan postrado el cuerpo al ensayo mortal; y mirando entre las tinieblas de mi confusión la muchedumbre de gigantones que por aquella campaña del Pardo bailaban con tan pesados meneos y tan espantosos rostros, era bastante causa para una turbación notable, viendo profanado aquel sitio sin hacer reparo en aquella torre de Dios en cuyas almenas tremola un estandarte lleno de sangre derramada por el desatento hombre, cuando impensadamente vimos dos mujeres, que la una, mostrando el semblante colérico, decía a la otra así:

—¡Uced tiene la culpa de que yo sea mala!; que si me hubiera casado con hombre sano y de mi gusto no anduviéramos como andamos. Y en no tratando de ver y callar, lo haré peor que hasta ahora. ¡Aún no ha visto bien las gracias que tiene la que parió! Aunque no sé por qué me pariese, pues tan mal me empleó. Y crea que hasta aquí he sido la que soy con poco escándalo, y, en apretándome, seré mucho peor, poniendo tierra en medio aunque se pierda todo.

—Ya te conozco —dijo la otra—. ¡Pluguiera a Dios no te conociera tanto! Y cuando te parí, aunque a costa mía, imitara a la víbora para no oír tus libertades. Y aquí no hallo más medio que llorar y pedirle a Dios que, pues ha permitido la llaga, se digne de enviarme la cura.

Con esto pasaron de largo y yo pregunté a la Verdad quién eran, y respondiome que madre y hija, que, con la golosina de que tenía, admitió por yerno a un hombre tan lleno el cuerpo de bubas como la bolsa de oro, y la moza no le puede ver y, huyendo dél, ha buscado al Demonio en otro hombre, que la aconseja que le deje y se vaya con él, que la tendrá en parte que nadie lo sepa, tan querida y regalada que viva con el mayor gusto del mundo. Y tan determinada está que, sin hacer reparo en la ofensa de Dios ni en el daño y escándalo, ya va imaginando trazas de liarlas.

—Mal hecho será —dije yo—; pero también hacen mal los padres a quien mueve en los casamientos no la igualdad de las personas, sino el logro de la hacienda. Y en el dar a una mujer moza y sana un hombre enfermo es notable yerro y parece al castigo que pinta un autor, que dice que se usaba un género de muerte atroz, que era atar a un cuerpo muerto el reo a quien castigaban, tan junto, boca con boca, y manos con manos, que se venía a pudrir al paso que se pudría el cuerpo muerto.

Perturbonos un hombre que huyendo iba, perdido todo el color y mirando atrás. Pregunté la causa, y la Verdad me dijo que era un pobre que huía de un poderoso a quien debía cierta cantidad, siendo causa de dejar la quietud que gozaba.

—Ahí entra el cuento del labrador —dijo el Desengaño— que caminaba en una jumentilla y viendo que no quería andar se apeó y la dio de palos, y tampoco se meneaba,

y preguntándola la causa (que en aquel tiempo hablaban los asnos) dijo que a lo lejos la amenazaba el dueño de la heredad en que quería entrar, con un palo, y esa era la causa de no hacer caso de sus palos, por ser palos de un pobre, y el amenaza que la detenía era de un poderoso, a quien temblaba. Y así, ese hombre que huya y tiemble del poder no me espanto, y es bastante causa el amenaza que vio para perder su comodidad.

—No es malo el cuento —dije yo—. Pero dime: aquel hombre tan colérico que razonando va con aquel viejo, ¿qué le obliga a tanta pasión como muestra?

—Yo te lo diré —dijo el Desengaño—: ese que ves es hijo bastardo, o planta nacida en la tierra de maldición, y aunque conoce al padre que le engendró (que no es corta dicha en estos tiempos conocer quién poda una vid, habiendo tantos podadores a una cepa), dice que no debe nada al padre que le formó el cuerpo, y que antes se reconoce agraviado que deudor. Y verdaderamente que había bien que hablar, pero calle la lengua de la verdad o váyase a la mansión de los mudos. Yo tengo a este hombre por discreto que dice que si le debe a su padre el haberle engendrado lo enajena y obscurece el pecado mortal en que fue concebido, y que todo aquello que se goza contra la voluntad de su dueño es violento y no tiene nada de natural; que la mujer que fuera del yugo santo es gozada toca en acción traidora, pues obra contra los mandamientos de Dios.

—¡Oh, qué de cosas —dije yo— tenía que hablar en la materia que has tocado! Pero detendreme, pues me adorna una golilla y una espada: trastos que vedan muchas cosas. Y pues mi ingenio en el palacio de la sabiduría apenas ha llegado a ser galopín de cocina, enmudezca, y sólo diga que en cuanto a lo agradecido poco importa el reparo de haber sido concebido entre culpas, pues si le ha criado y sustentado debe honrarle y ayudarle, pagándole aquella noble acción. Aunque no se reconozca deudor del primer ser, conózcale por conservador de la vida y amparo de sus naufragios estudiando y meditando en las cigüeñas, pues cuando ven que sus padres han perdido con la vejez la pluma y no pueden salir a buscar la comida necesaria para sustentar la vida, los calientan y regalan los hijos con sus propias plumas, y los sustentan y dan de comer hasta que cobran el antiguo vigor, y deste modo hagan lo que hubieron de sus padres; como la tierra, que el autor la cuida y riega, y en recompensa le da frutos con que le paga el cuidado. Y los atenienses guardaban una ley notable debajo del verso que dice *Gratiam referendam*; que tenían establecido que si el esclavo que hacían libre fuese desagradecido quedase otra vez por esclavo. Y así, ¿qué mayor desgracia que no pagar los agasajos a quien se deben?

Luego vimos un hombre que a pie subía al templo de la Verdad con mucha ansia, y el Desengaño me dijo que era notable en guardar castidad y que jamás había consentido en su presencia torpes acciones, ni aun conversadas; que al punto la huía.

—Aun por eso va tan sólo —dije yo—; que, según su condición, tendrá pocos que le den su lado.

—Muchos tiene —dijo el Desengaño—; que como habita en Madrid, donde, aunque hay mucho malo, es tanto lo bueno que asombra al Infierno, no le falta quien le acompañe.

—Ése —prosiguí yo— se había de llamar Porfirión, a quien algunos llaman *pelicano*: es un pájaro notable que dice el maestro Antonio<sup>33</sup> que en la casa que habita, si se comete pecado contra la castidad al punto se ahorca y deste modo lo manifiesta. ¡Oh, si hubiera

33.— Antonio de Torquemada, *Jardín de flores curiosas*.

tantos pájaros éstos en Madrid como hay gorriones!; que bueno fuera que se criaran en todas las casas y los dueños tuvieran conocimiento del raro secreto de su muerte.

Luego pasó por junto a nosotros un hombre que llamando iba a otro, diciéndole:

—¡Ah, Fulano! ¡Adónde está el cochero del alma, que no refrena tanto apetito?

—¿Qué es esto? —pregunté al Desengaño.

Y respondió así:

—Siempre fue malo el regirse por sí, que es dar gusto al cuerpo sin tomar parecer del alma; y así, le dijo este hombre al otro, a quien llama, que adónde estaba el cochero, que es el que en los arrojos y despeñaderos tira de los frenos a los caballos; o sentidos corporales, pues dice un grave autor que son como caballos que corren sin razón, y así, es bueno refrenar el ánimo los estímulos de la carne y ímpetu del cuerpo, y como cochero natural guiar por buen sendero al cuerpo para que no zozobre en los barrancos del mundo. Y aunque es fábula la de Factón,<sup>34</sup> si tomara consejo de su padre no se determinara a semejante arrojito mal gobernado de su apetito, perdidas las riendas de la razón.

Luego pasaron dos hombres muy contentos y risueños, y el uno iba diciendo:

—Por vida de doña Fulana de hacerlo; que ya sabéis que, en jurando por ella, cumpliré lo que dijere.

Pregunté quién era aquel que juraba, y el Desengaño dijo:

—Un amancebado que ha jurado por vida de su dama.

—¡Buen juramento, por cierto! —dije yo—. Lo mismo que cuando los falsos dioses juraban por la laguna Sitigia, madre infernal de la envidia. ¡Miren por quién juraban, y miremos por quién juró este mentecato!

Luego vimos seis hombres que, según su viveza, parecía que llevaban alas en los pies. Y, haciendo reparo, noté que no habían dejado sitio en todo el campo que no habían visitado.

—Aquéllos —dijo la Verdad— son celebradores de tales fiestas como ésta, y son Chisme, Calumnia, Accidente, Crueldad, Duda y Engaño. Y aquel gigantón que los adiestra es el Deleite, y la gigantilla que va con él es la Murmuración, y aquellas dos figuras que van detrás son la Malicia y la Mentira.

Apenas dijo esto la Verdad cuando pasaron por junto a nosotros dos mujeres, diciendo la una:

—Hermana mía, también yo empecé con vestido alquilón; que a doña Petronila la pagué alquileres más de diez meses. Y aunque es verdad que hoy en no habiendo gala no hacen reparo los hombres, pero valdrate la carita nueva y mi vestido de herbax,<sup>35</sup> que no es muy malo, para empezar. Y no me seas melindrosa.

—¡Buenas cosas y buenos consejos! —dije yo—. En verdad que son merecimientos para docientos azotes.

—Podrá ser —dijo la Verdad—; que quien encubre el pecado sexto también dará la mano al séptimo, y por ahí van allá, abreviando el paso a montar sobre albarda.<sup>36</sup>

Luego vimos una docena de mujeres con mucha fiesta y regocijo, y preguntando a la Verdad quién eran, me dijo:

34.— La graffia más habitual es 'Faetón'. Cuando Helios, su padre, le dio permiso de un día para conducir el carro del Sol, Faetón se aproximó tanto a la Tierra que volvió negros a los etíopes y estuvo a punto de abrasar el Universo.

35.— Lana de baja calidad.

36.— Pasear las calles sobre un asno, expuestas a vergüenza pública.

—Éstas venden prendas de muchos dueños. Y aquella que ves con tantas sortijas tiene una flor bien rara: trae consigo dos mozuelas vendedoras y, en viendo que llega alguno a ellas a mirar las alhajas que venden, dice esta tal en voz alta, como que está concertando la prenda: «Doncella, ¿quiere tanto por ella?», y la tal doncella, que conoce la flor, responde que no; que menos de tanto no la ha de dar. Con esto llegan algunos inocentes, y como oyen que aquella mujer promete tanto los crece tanto la golosina, y suelen comprar la prenda por mucho más de lo que vale. Y el otro día traía vendiendo unos arillos de plata sobredorados con unos pendientes de dos granillos de aljófar (que todo ello no valía seis reales y a los ojos simples parecía algo), y viendo que unas mozas de servicio los habían puesto en precio, se llegó, disimulada, y después de mirarlos muy bien ofreció mucho más por ellos, diciendo: «Si quieres, hija mía, ves aquí un real de a ocho de señal, y ven conmigo: te pagaré». Con esto se apartó, y las otras golosas apenas la vieron volver las espaldas cuando, pareciéndolas que era lance, ajustaron en dos reales de a ocho los arillos. Y deste modo se pone tantas sortijas como ves, ganadas con mohatras y fraudes engañosos. Y aquellas sus compañeras también son del arte, y todas han venido en un coche que las ha costado el alquiler cien reales, y de comida han traído otros ciento; y con toda esta fiesta que tienen aún no han subido a ver aquel cadáver del Hombre-Dios ni han oído misa, porque así que pusieron la olla y dejaron de guarda a un mozo se fueron a ver el palacio, y cuando salieron se fueron a coger bellotas y luego se entremetieron en un baile, y cuando se acordaron de la misa ya eran las dos dadas. Plantaron la mesa, han comido y ahora bailan, y así lo hacen los más que vienen a este sitio; y el clarín de su aliento pregona que vienen al Santo Cristo del Pardo y ellos mismos dirán a qué vienen; que yo sólo digo lo que pasa.

Luego vimos dos mozos, y el uno decía:

—¡Andad acá! Vámonos a casa, que ya es hora; y dejad siquiera un día vuestro mal natural, que a vos os habían de llamar Sargo.

—¿De cuándo acá —dijo el otro— os habéis hecho santurrón, que aconsejáis así?

—Yo no soy santo —replicó el tal—; pero un día que venimos a ver este asombro de paciencia guardemos siquiera el alma de la ofensa.

—¡Callad! —volvió a responder el tal—; que hoy hay brava ocasión de buscar un trapo nuevo.

—Ya os digo —replicó el otro— que a vos os habían de llamar Sargo.

Con esto se fueron, y yo pregunté al Desengaño la causa de llamar Sargo aquel hombre al otro. Y la Verdad respondió así:

—Bien comparado es un lujurioso al pez llamado sargo, porque, según Eliano dice, es notablemente amigo de las cabras, y si aciertan a pacer orillas del agua y las ve, salta en tierra sólo por tocarlas, perdiendo por conseguirlo su quietud y sosiego por aquel breve gusto. Así es el lujurioso: por un breve rato suele perder la quietud y el alma. Para coger este pez, como los pescadores saben su calidad y natural, se visten de cabras y, echando en el agua salvados masados con el caldo en que se ha cocido carne de cabra, ponen su red y los cogen con mucha facilidad, porque así que huelen su apetito y ven la forma de su amor, ciegos y sin discurso se van a la perdición. Así es el lujurioso: en viendo tocas y manto no repara, aunque debajo venga el Demonio para cogerle el alma con el olor de los salvados de la sensualidad. Y el diente de la cabra es más dañoso que otro alguno de

animal, y así, es comparada a la maldita ramera, pues no hay cosa que más acabe el alma, la salud y la hacienda.

—Cierto, Verdad santa —dije yo—, que como me sacas con tanta facilidad de cualquiera duda, que deseo que se ofrezcan algunas, y así, el que hubiera muchas fuera mi mayor logro. Y ahora dime: ¿por qué pintan a Circe cercada de perros, lobos y cochinos?

—Yo lo diré —dijo el Desengaño—: Circe fue grandísima ramera, y como de ordinario son hechiceras, también la dan este título; y como la mala mujer hace que el hombre pierda todo su ser por seguir aquel breve gusto y el hombre que está sin gracia se transforma en varias figuras, así, a los que se iban a Circe los convertía en varios y diferentes animales, todo con sus encantos. Y cuando Ulises quiso verla porque pasaba cerca de sus tierras, la envió mensajeros, y así que ella los vio los convirtió en puercos, y, sabiéndolo Ulises, se fue a ella muy seguro porque llevaba consigo la yerba mol, que le había dado su padre Mercurio; y, llegándose a ella, la hizo con amenazas que volviese a sus amigos a su antigua figura, sin querer Ulises beber de su vaso, contemplando en él un fiero veneno. Así han de hacer los hombres: llevar a la vista la yerba mol, que es lo mismo que muerte, que, mirándola y acordándose que ha de llegar, bastará contra los encantos de las Circes de la Corte, procurando no gustar de sus fingidos convites; que todos sirven de borrar al hombre la forma real por la de bruto. Y esta es la causa de pintar a Circe cercada de animales inmundos, y lo mismo pueden hacer a cualquiera mujer mundana que con sus infamias vence a los hombres y los sujeta al yugo del Demonio dejándolos esclavos suyos. Y el maestro Sánchez<sup>37</sup> aconseja que coma el hombre lechugas, porque son contra la lujuria (y fue sin duda por haber leído la fábula de Adonis y Venus, cuando le enterró entre lechugas después que le mató el jabalí, diciendo que por olvidarse dél lo hizo, y que la lechuga tiene gran fuerza contra los ardores de la carne). Pero yo aconsejo al hombre que quisiere librarse de tal veneno que se acuerde que es mortal y la más débil planta que hay criada, sujeta a un soplo, y que después de la vida hay infierno para el que muere en pecado mortal, y gloria para los buenos.

37.— Francisco Sánchez de las Brozas, 'el Brocense', *Opera Médica*.

## DISCURSO XV

### DE LOS GIGANTONES EN MADRID

#### por defuera y prodigioso entretenido

**L**OS indios mejicanos llaman al pájaro onocrátalo<sup>38</sup> *alcatrax*, sustentase de peces y tiene el tragadero desde el pico hasta el pecho, en que le caben diez libras de peces. No sirve de otra cosa que de dar espantosos graznidos con que asombra. A esta ave compara Alciato a los letrados voceadores, a quien, ya que falten letras, sobra eco claro con que atruenan los patios de los palacios, y el vulgo ignorante cree que saben algo oyéndolos hablar; como la golondrina o el verdecillo; que el canto de estas aves y el ruido que hace un par de huevos cuando se fríen todo es uno. Y el letrado sin letras le llama el gran Máximo<sup>39</sup> león recién nacido, porque nace sin forma, y yo le llamo droguero sin caudal.

—Pues ya que has hablado de letrados —dijo el Desengaño—, repara en aquellos cuatro relindos que vienen en aquel coche, que son letrados de la legua y por salir de madre han andado hoy estas dos sólo a ver y fisgar; que no ha quedado persona a quien no han cortado de vestir sus bocas.

—Uno de aquéllos —dije yo— defiende en un pleito bien grave a una dama de la Corte, y la solicita con todos sus alientos, porque la solicita cegado de la hermosura que en ella hay, y su carita ha sido causa de su pleito. Y, a mi parecer, poco parecer de bolsa tiene el señor letrado para vencer tanto diablo, porque ella se estima notablemente; aunque no es inexpugnable su muralla, y por eso la llaman Lais, que fue nombre de una ramera notable en hermosura, pero notable en pedir.

—Y un verso que celebra Aulo Gelio fue hecho a ella, que dice: *Ego poenitere tanti non emo*; fue decir: «No compro yo por tanto lo que me ha de pesar después de hecho». Fue el caso que, corriendo la fama de esta mujer, que vivía en Corinto, la fue a ver una noche Demóstenes y le pidió ella cuatrocientos sextercios, y, quedando espantado, respondió lo ya dicho. Y así habían de responder los manirroto lujuriosos, diciendo: «¿Es posible que por precio tan subido como la enemistad con Dios y arriesgar un alma que tengo, he de comprar un gusto que me ha de llevar al Infierno y comprarle armas al Demonio para contra mí?».

Aquí llegaba la Verdad cuando oímos una voz en los aires que dijo: «Desamparad el sitio santo, gigantes, que ya se ausenta de vosotros la pezpita,<sup>40</sup> ave a quien llaman *aguzanieve*. Miradla en lo interior del alma cercada de un círculo de sangre». Admirado de oír tal voz, volví a la Verdad a preguntar la causa, y el Desengaño dijo:

—A mí me toca declarar tan obscura enigma. Paulo, geómetra florentino, cuenta que el ave pezpita, puesta tendida en un círculo redondo en forma de cruz, ahuyenta al Demo-

38.— Por 'onocrátalo.'

39.— Valerio Máximo.

40.— O 'pezpítalo.'

nio. Sentado esto, digo que aquesta voz avisa que la Cruz de Dios se ausenta de la vista de tanto pecador y los manda huir del sitio santo, pues tan poco los aprovecha aquella Rosa sangrienta que en el árbol de la Cruz esparció toda la fragancia del Cielo para librar al hombre de los hechizos de el Demonio. Esta es la comentación de la voz que oímos.

—Si esta gente —dijo la Verdad— dividiera sus ánimos en partes diferentes, sin permanecer siempre en un estado, fuera remedio eficaz para sus almas, pues Valerio Máximo dice que, viendo un padre que un hijo suyo andaba enamorado en parte que corría peligro su vida, le amonestó que dividiese su ánimo y se libraría del daño; y fue así, que diviéndole olvidó el amor.

Ya se vían en el sitio del Pardo manchas de tierra sin danzas de gigantones, pues todos caminaban a la Fuente de la Reina: un sitio que divide el camino, en cuya amenidad hacen parada las gentes desta holgura para merendar y olvidar el trabajo de haber andado aquella lengua, porque apenas comen cuando ordenan la vuelta. Esta es una retirada tan costosa como si fuera en la campaña, porque allí se ve el cochero que, bien bebido y poco atento, corre sin reparo; y por otra parte otro que a porfía quiere coger la delantera del camino para llegar primero. Corren desenfrenados ellos y las mulas, y en medio encuentran una tropa de borriquillos con mujeres encima y, atropellándolas, pasan de largo. Levántase un fiero polvo, entre cuya confusión se oye el «¡Ay de mí, que me han muerto!»; por otra parte se escucha el «¡Tente, cochero! ¿Vas borracho?»; otra dice: «¡Ay mi hija!»; otra repite: «¡Ay mi madre!». Todo es confusión y lástimas.

Pasa esta turba de polvo y coches y vense unos descalabrados, otros maltratados; la otra, que se arrojó del borrico y se maltrató; otra busca al jumento, que se ha ido entre la tropa de los coches; otra busca su mantilla; otra, su montera. Todo es lloros. Pregunta la Razón: «¿A qué habéis venido, hombres y mujeres?», y el Engaño responde: «A ver el santo Cristo del Pardo». «Mentís (dice el Desengaño); que no habéis venido sino a cometer ofensas nuevas contra Dios y contra vuestro prójimo».

Luego corren la posta cuatro de a mula alquilona; el uno pica por correr más que los otros; la mula, zaína y mal sufrida, harta de andar caminos y rodar posadas, tira dos pares de coces: avienta al que va encima, da sobre la guarnición de la espada, maltrátase un lado y, en lugar de llamar a Dios, empieza su mala lengua a echar porvidas y juramentos. Levántase del suelo cojeando y, al repararse, halla menos el sombrero. Otro pica la mula junto a un barranco a tiempo que pasaba una mujer en un pollino: tira la mula dos coces y echa a la del borrico a rodar; va con ella su marido y, con la pasión del suceso, le dice que si va en sí; el de la mula ha menester poco: apéase, saca la espada; el otro hace lo mismo para su defensa; la mujer, entre el susto de su caída, viendo a su marido empeñado levanta el grito; júntase gente; todos sacan las espadas sin saber para qué, con que se enciende una reñida pendencia; salen unos heridos, otros huyen, cuál, desamparando la capa; cual, la mula; cuál a la mujer y cuál a todo su discurso, pues sin discurso andan los que no obran como mortales.

Aquí llegaba el discurso cuando por el camino venían seis hombres en sus caballos, muy contentos y decidores a cuantos topaban. Y la Verdad dijo:

—Estos que van tan ufanos en sus caballos, ¿quien creerá que no tienen renta ni juro, trato ni hacienda para poder sustentarse, y sustentan caballo? Y es un animal que ha menester criado; que esa grandeza tiene, como animal noble. ¡Oh, si se guardara hoy la ley

de los corintos puesta por Periandro!, que era hacer rigurosa información contra los holgazanes, sabiendo de qué comían, qué oficio, dignidad o hacienda los sustentaba; y al que gastaba o comía más espléndidamente de lo que convenía se hacía información contra él, mandándole vivir con la medida de su caudal, y, si no lo hacía, le castigaban, y si hallaban que no tenía hacienda y que su gasto era de poderoso, le mandaban matar, porque decían era ladrón robador o hombre de malas costumbres. Hacían esto porque deseaban que no hubiese holgazanes.

—Si así se guardara hoy —dijo el Desengaño—, ¡cuántos males se evitaran! Y no hubiera tanto alacrán y tanto zángano.

Luego vimos cuatro estudiantes al parecer (que para parecerlo basta un cuellecito y media sotana; que también es muy buena encubridora de ladrones). Iba el uno aconsejando a otro que, pues sus padres eran ricos, que por qué no traía en sus faltriqueras veinte reales para gastar con sus amigos en las ocasiones; que tratase de no ser menguado y que se luciese, pues podía; y que reparase que los padres daban aquel hábito a sus hijos para que no los gastasen la hacienda.

—¿Quién son éstos? —pregunté a la Verdad.

Y díjome:

—Aquel a quien aconseja el otro es hijo de gente honrada y virtuosa. Y él lo era también; pero, acompañándose con tales amigos como éstos, le han mudado el buen natural.

—Mucha fuerza —dijo el Desengaño— tiene el vicio para quien se deja llevar dél.

—Así es —dijo la Verdad—. Y un pececillo hay pequeño a quien llaman rémora. Y Gerónimo Fracastino,<sup>41</sup> en su libro de *Simpatía y antipatía*, la llama y nombra *remora parva velut limax*. Dice que es pequeña como un caracol. Ésta se llega a un navío y se pega a él y le detiene, aunque más veloz vaya, siendo la causa que en aquellas partes hay muchos peñascos y tienen similitud notable con la rémora y, atrayéndola a sí, detiene el vaso y le hacen pedazos. Y Rondelecio<sup>42</sup> afirma que, navegando el Cardenal Turonense<sup>43</sup> a Roma, vio que una rémora le detuvo el navío. Y Aristóteles, en su *Historia de animales*, dice que la rémora es pequeña y no tiene pies y se cría donde hay peñascos. Este es el pecado que, aunque pequeño, atrae a sí al más fervoroso orador, si se descuida la navegación de su vida y da entrada en su pecho a la malicia venenosa, porque se pega al alma tan fuertemente que la lleva hasta los peñascos de los Infiernos, porque el pecado tiene grande similitud con el Infierno.

Luego vimos un hombre que con mucha ansia caminaba a Madrid, y, pareciéndome conocerle, por asegurarme en ello se lo pregunté a la Verdad, y respondiome:

—El mismo es que imaginas. Ése es Tántalo, el que buscaba mantos y sombreros viejos por las calles y hoy tiene más de treinta mil ducados. Pero yo digo que no los tiene él, pues el avariento que no usa del hacienda que tiene no es dueño de ella; que tan dueño es su vecino como él, si uno ni otro lo gasta. ¡Qué bien puesto está el nombre de es Tántalo!, pues, anegado hasta la barba en el río Eridiano, preso al tronco de un manzano, aunque levanta la cabeza herido de la hambre, no puede llegar a las manzanas, y cuando la sed le

41.— Debe tratarse de Girolamo Fracastoro.

42.— Rondelecio, *De piscibus maris*.

43.— De Tours, Francia.

oprime y baja la barba, no puede alcanzar al agua. Así es el rico avariento preso entre mucha hacienda sin usar de ella, y por eso dijo Horacio: *Quo mihi fortunas, si non conceditur uti?*; ¿Para qué procuro hacienda, si mi maldita condición no me deja usar de ella?

—Lo mismo es —dije yo— un avaro que un jumento cargado de manjares: pícale el hambre en el camino de su fortuna, quiere comer y, aunque lo procura hacer de lo que a cuestras lleva, no puede; ve un cardo espinoso y cómesele. Así es el avariento cargado de haberes: por no gastar se pasa con rábanos y nabos. ¡Oh vil avaricia, hermana de la hidropesía; que mientras más vives más sed tienes!

—No nos cansemos —dijo la Verdad—, que cuantos tratan a un avariento todos le aborrecen, hasta la mujer y los hijos. Hable aquel que desde los Infiernos pide a Lázaro una sed de agua, no siendo él para darla cuando vivió en el mundo. Por eso pintó Justino a la avaricia en hábito de pobre, porque siempre anda anhelando. O, si no, miremos aquella mujer avarienta que, no teniendo más de un hijo y mucha hacienda, le puso a servir y ella buscaba trapos por las calles; que, llegándola el mal de la muerte, murió como vivió, pues sin declarar la hacienda se la ató a las faldas de la camisa (la que tenía en oro y plata) y se vistió la mortaja, y, yéndola a componer, hallaron la mortaja y el dinero, pero no el cuerpo.

Luego que dijo la Verdad vimos seis hombres en un coche y uno que iba al estribo. Señalándome la Verdad, me dijo:

—Aquel que muestra el rostro tan alegre es Cangrejo, que significa al truhán, porque el cangrejo se cría en el agua, tiene los ojos siempre abiertos, los dientes muy agudos y el vientre de ocho pies de largo. Todo esto se halla en el truhán, asolador y destructor de lo que había de tocar a los pobres, pues aquellos que le llevan consigo no se mueven a la necesidad del mendigo y sustentan aquella infame víbora y tragador cangrejo. ¡Qué bien dijo Propercio, llevándole un criado suyo un truhán para su entretenimiento: «Este vil hombre, para darme gusto, a su entender, ha decir mal de otros, y sus mayores agudezas serán traidores equívocos; y yo le he de sufrir mil bufonadas y mi venganza ha de ser maltratarle. Echad de mi casa y de mis tierras tal gente!».

—Pues en verdad —dije yo— que hoy sólo medran los truhanes, chocarreros y entretenidos, que sólo a ellos ampara el poder, despreciando a la ciencia y al ingenio discreto. Pero quiero contar un dicho agudo de uno que estaba puesto al sol y de un poco de barro estaba labrando una figura de un hombre, y, llegándose a él un loco, le dijo: «¿Qué hay, compañero? Bien empleado te miro haciendo al hombre. Mira si acaso necesitas de alguna cosa de las que hay en el Cielo para adornar esa hechura, que yo la haré venir al instante». Y mirándole el truhán, le dijo: «Como yo nunca he estado en el Cielo, no sé lo que allá puede haber que sirva a mi estatua». Replicole el loco: «En el Cielo hay fuego celestial que, infundido en ese hombre, le hará mover; y como tú busques una caña que la una punta llegue al Cielo y la otra toque a la boca de ese hombre, yo haré que baje respiración a ese bulto». A quien el bufón, muy disimulado, volvió a decir: «Búscame tú la caña; que aunque en el Cielo no tengo compañeros, en el Infierno hay muchos que comunicarán viento desde allá a mi figura; que para hechura de tales manos basta el aliento dañado de un soplón».

No había salido la última palabra de mi boca cuando una triste sordina, herida de un cruel aliento, nos inquietó y obligó a mudar de sitio. Era la causa una tropa de gigantes que venían comiendo la fruta de un árbol que venía andando a su paso de ellos. Con-

fieso que me asombró esta visión, que, aunque un tronco movable no me pudo espantar (porque en Madrid hay muchos que comunican entre gentes, y en verdad que por no llamarlos jumentos diré que son troncos brutos), pero admírome el que traía fruto de que comían otros; que los troncos que yo digo que hay en el mundo no tienen fruto: sólo crían flores maliciosas (que es muy propio de los tontos la malicia). En fin, venían comiendo los gigantes con mucha ansia, y en el cogollo del árbol venía puesta una tarjeta que decía: *Olvido*. Pregunté la causa a la Verdad, y dijo así:

—Estos gigantes son los desagradecidos, que, olvidados de su origen primero, que fue humilde, sólo miran su cuerpo en el espejo de la vanidad, despreciando a aquellos a quien deben el ser y primer crianza, olvidando a quien los dio la mano para subir y alcanzar las dignidades y honras, con las cuales levantándose a mayores, soberbios y vanos, sólo tratan de comer la fruta de aquel árbol.

—Este árbol —dijo el Desengaño— se debe llamar loto, pues, según Ausonio y Virgilio, es un árbol que cuantos comen de la fruta que lleva olvidan todo lo pasado y su patria y bienhechores, y Ovidio dice que en este árbol se transformó la ninfa Lotos, y así, se llama loto.

Pasaron de largo con grandes voces, diciendo: «¡A la Fuente de la Reina!». Luego vimos muchas mujeres con gran bulla y regocijo, muy adornadas, bailando al son que en una vigüela hacia un gigantón fiero y espantoso, cuyo canto, acompañado del instrumento, decía: «Aves sin alas, peces cantores, animales con piernas». Admíreme notablemente, y el Desengaño dijo:

—Estas mujeres son pecadoras públicas. Y se deben llamar Sirenas, no por la belleza del canto, pues llamándolas el clarín peces, dice *mudas*, y éstas con los ojos hablan y cautivan a los fáciles. Son aves sin alas, pues sin volar vuelan los patrimonios más gruesos. Animales son con piernas, y más animales los que, tiniéndolas, no caminan a la salvación ni viven para vivir. Las sirenas eran de este modo: rostro de mujer, canto apacible y del medio abajo un fiero demonio; y es cierto que hay sirenas, pues Teodoro Gaza afirma que en la costa del mar de Grecia después una gran tormenta se hallaron muchos peces, y entre ellos una sirena con rostro de mujer muy hermoso, y del medio abajo como langosta, y que estaba viva en el arena, mostrando el rostro con mucho sentimiento, y dice el mismo Gaza que la arrojó al mar. Y Gregorio Trapesuncio<sup>44</sup> confirma en que vio otra semejante.

—Lo que podré decir —dije yo—, que hay una sirenas en la Corte que tienen rostro de mujer, canto apacible, pechos de sierpe, y de medio abajo píntela el que no fuere golo-so; ojos de basilisco, trato de logrero y condición de Satanás, que es procurar agasajar con ofrecimientos falsos y luego dan a probar el veneno infernal. Y hablando Dorión de las sirenas, dice que fueron unas hermosas cantoras que vivían a la orilla del mar, las cuales con la suavidad de su armonía atraían a los navegantes, y de tal modo los detenían que, olvidados de sus navegaciones y negocios, gastaban con ellas su hacienda y quedaban pobres. Y por eso dijo el mismo autor: *Porta sirena, porta naufragio*. Mire ahora el discreto si la mayor belleza es más que un ladrón robador y matador, que con fingidos agasajos ofrece hospedaje y luego roba y mata.

44.— Por Georgio Trapesuncio.

Pasaron las tales mujeres y vimos dos tropas de gentes algo varias en el adorno: la una tropa muy rota de adorno y la otra bien tratada y honesta. La de los rotos adornos iba muy contenta y en forma de fiesta, y la otra, muy triste y llorosa. Llevaban delante dos trompetas, y la de los muy rotos decía: *Pobreza*, y la otra: *Pobres*.

—¿Qué es esto? —pregunté a la Verdad.

Y díjome:

—Estos que ves tan rotos de sayo siguen la pobreza. Pero otros hay más pobres; que éstos saben a las porterías de los conventos y casas de poderosos limosneros, y donde hay fiestas no faltan, con que no les falta qué comer; pero otro linaje hay más pobre y más necesitado, que son aquellos a quien los trabajos, enfermedades, hijos, fortuna corta y malos tiempos han derribado de su rueda, que, aunque se ven en miseria, como no saben mendigar perecen entre paredes. Éstos son pobres; que los que lo parecen no lo son: sólo siguen la pobreza.

Luego oímos una voz lastimosa que dijo «¡Ay de mí!»! Y por ser cerca de donde estábamos volvimos a vista y oído; que es muy propio, si se mira el mal desde cerca, el hacer reparo en él, pero mirado a lo lejos poco se atiende.

—¿Quién será? —pregunté.

Y el Desengaño me dijo que un ingenio pobre: *Paupertatem summis ingeniis obesse ne probabantur*; la pobreza impide a los buenos ingenios para que no se levanten a grandes cosas.

—Pesadísima carga es la pobreza —dije yo—, y un impedimento muy grande para el estudio. Y me admiro que haya poetas pobres; pero hago reparo que sólo goza esta fecunda grandeza nuestra España, por tener tantos hijos de tan lucidos ingenios que no los ataja la poca comodidad que para escribir tienen, porque tienen a su orden muy próspero el ingenio; aunque para sosegar el ánimo y llamar a la memoria es menester seguridad del cotidiano plato, y así lo dijo Juvenal en su sátira séptima. Y si Horacio y Virgilio escribieron tanto fue porque tenían a Mecenas, que los sustentaba; pero hoy no hay mecenas que den la mano al ingenio, que es alhaja que viene del Cielo y sólo a lo mundano de la tierra se van los ojos del poder. Alababan en Erinnis el verso elegante de la composición, y respondió Juvenal: «Tiene casa en que vivir, la comida segura y un criado que se la guisa, y él no trata de otra cosa que comunicar las Musas».

Luego vimos una mujer más veloz que el tiempo, de ropajes estraños, toda la cabeza sin pelo; sólo en la frente tenía un cabello y en los pechos un rótulo que decía: *Fronte capillata, sed post occasio calvata est*.

—Lo mismo que su pintura dice su rótulo: ésta —dijo el Desengaño— es la Ocasión; que aunque algunos dicen que la Ocasión se ha de tomar por los cabellos, es engaño; que si tuviera cabellos ya se pudiera asir; pero tiene sólo uno para dar a entender que en no echándola mano muy a tiempo y en coyuntura no se asirá. ¡Desdichados de los que la dejan pasar creyendo que habrá otra mañana y esotro! Y si tienen descuido en las cosas del alma vuelvo a decir que son desdichados, pues no saben gozar de la Ocasión, pudiendo. ¡Ay de aquel corto de fortuna que la aguarda por horas y nunca llega para él! Llegue para todos la bienaventuranza celestial, que ésa sobra.

## DISCURSO XVI DE LOS GIGANTONES EN MADRID por defuera y prodigioso entretenido

CANSADO caminaba mi discurso sin caminar mis pies (aunque mucho fatiga a un corto ingenio la variación confusa de una confusa fiesta), cuando, siguiendo la comisión de mi sueño, vi una mujer dentro de un coche, tan soberbia que en todo él no cabía; y porque otro cochero no dejaba pasar al suyo le llamó grosero desvergonzado, y el cochero procurando vengarse, aunque se apartó a un lado y la dejó pasar, la llamó «doña Calabaza».

—¡Qué mal hace esta mujer —dijo el Desengaño— en desvanecerse tan soberbia!, que en verdad que tiene poco tronco para fundar tanta torre.

—Pues ¿quién es? —pregunté.

Y el Desengaño prosiguió:

—Ésta es lo que el cochero dijo: doña Calabaza. Sus principios fueron vender papeles de color, y aunque hoy los compra muy a menudo, no se acuerda de aquel tiempo pasado; y tan ufana vive que la parece corto albergue el mundo para su fanfarria.

—Ahí entra bien —dije yo— la fábula del pino; que, madrugando una mañana, vio enlazada entre sus ramas una calabaza, y, muy ufana y soberbia, le dijo: «¿Que hay, miserable? ¿Que te parece de mi grandeza? Pues soy más alta que tú y tengo mayor gravedad de hojas, y todo esto en cuatro días. Y tú, al cabo de tantos años de edad, estás menos medrado». Pero el pino, sagaz y entendido, la respondió: «Verdad es que tus hojas son mayores que las mías y que en altura me sobrepajas; mas yo ha que permanezco treinta años, y paso el verano y el invierno, y su rigurosos calores y fríos no me hacen mal; pero tú, al primer cierzo verás tus vanas hojas caídas y tu altura destruida».

—En no habiendo humildad por fundamento de la riqueza —dijo la Verdad—, es humo sujeto al viento común, y no hay constancia en los bienes deste mundo, pues todos son como la calabaza, que al primer frío se queda tan lacia que no parece ella ni su semejante; y aquí habían de estudiar y meditar los que privan con poderosos, reparando que la vida es sueño y que el sueño es un ensayo que la farsa de la vida hace a los días.

—¿Qué hombre es aquel —pregunté— que viene por el camino, tan macilento y triste que parece que para él ya se acaba la vida, según llama a la muerte con semblante y lágrimas?

—Éste —dijo el Desengaño— es un hombre tonto. Y aun no es hombre, sino bruto, pues las lágrimas que vierte y suspiros que arroja son por haber perdido el hacienda que tenía. Y era hacienda mal ganada y mal adquirida; pero el no hace reparo en más de que la perdió, y su imaginación es de cuando se halló en bienes y contempla en el extremo en que se halla.

—Ése es loco —dijo la Verdad—, y le viene bien una sentencia que dice: *Male parta, male dilabuntur*;<sup>45</sup> Lo mal ganado siempre acaba mal. Y su venida sólo ha sido a pedirle a Dios que le vuelva a aquel puesto que tenía, en cuyo ejercicio se había ocupado.

—Si eso es así —dije yo—, para llamarle ladrón o matador no es menester buscar frases obscuras, pues al que lo es, el llamárselo ha de ser con claridad, como el caso pide; que por eso la justicia (que quiere decir *verdad*) publica en tal caso: «A este hombre, por ladrón», y remata diciendo: «Quien tal hace, que así lo pague».

—Y por eso a un hombre próspero en bienes que siempre andaba llorando el azote de la fortuna (aunque lo que tenía lo había adquirido con desvelos y malos ratos y con voluntad de su primero dueño) le dijo un sabio. *Quid fles, ne timeas, filii*; ¿Qué lloras, hijo? No temas, que lo que tienes bien adquirido es.

—Ahí entra bien —dije yo— un cuento de Gabrias,<sup>46</sup> que dice que había comido un muchacho mucho en demasía, y con las ansias del estómago vomitó, y dando voces llamaba su madre, diciendo: «¡Madre mía! ¡Ay de mí, triste, que arrojo por la boca las entrañas y el corazón!». Y la madre, que conoció que el aprieto de su hijo era el haber comido mucho y a poca costa (que es cuando los glotones tragan sin medida), le dijo: «Calla, hijo, que lo que vomitas no es parte de tus entrañas, sino las ajenas que habías destruido y consumido». Contemple el que traga mucha hacienda por camino donde no pisa la conciencia, que, si le falta aquel bocado, que no le sale de las entrañas, que sólo es que cortan el luto a lo demasiado de su vida; y que su alma es como el capuz de Pedro, que en verano hacía lodos; y que si le parece que no hay muerte, que se engaña, porque *Mala, vel invocata veniunt*;<sup>47</sup> Aun los males sin ser llamados vienen. Y, atendiendo el discreto, diré que, jugando tres muchachas honestas con unos tejos a cuál había de caer la suerte de morir primero, tocándole a la una se rio notablemente, y antes de volver de la risa cayó una teja de un tejado y la mató. Nadie se fíe en que tiene vida. Acuérdesse sólo del amigo a quien comunicó y ya es muerto; que de las posesiones del mundo el más cuerdo no hace caso. Aunque la fortuna adversa obliga a mucho, pero siempre es bueno dejar a un lado las pretensiones, para que cuando lleguen se reciban como ganancia. Y el curioso lea a Ovidio, en el cuarto de *Ponto*, donde dice: *Tu quoque fac timeas, etc.*,<sup>48</sup> que allí hallará la razón de lo propuesto; que yo harto lloro cuando escribo, y mucho menos escribo que lloro.

Luego vimos un hombre que venía en un jumentillo, y, espantado el animalejo de la crueldad de un coche, derribó la carga, dando el buen hombre con la cabeza en un canto. Empezó a lamentar, descalabrado, pero la gente del coche, aunque vieron que la causa había sido su trasto, no acudieron a mandar siquiera socorrer a aquel pobre hombre; pero un caballero, apeándose del caballo en que venía y enlazándole a una encina, acudió al hombre y, atando la herida con un pañuelo lo mejor que pudo, le llevó de la mano y, acercándose adonde estaba el jumento, le ayudó a subir y luego le dio un puñado de cuartos, y demás le fue acompañando, mostrando notable caridad.

45.— Andrea Alciato, *Emblemas*.

46.— Por Valerio Babrio, adaptador de Esopo.

47.— Vincenzo Scarcella, *Adagios*.

48.— *Tu quoque fac timeas, et quae tibi laeta videntur, dum loqueris, fieri tristitia posse puta*. Recélate con temor, y mira que tu alegría podría súbitamente trocarse en pena y dolor (Ovidio, *Epistulae ex Ponto*, IV).

Admirado me tenía, porque el rostro de este caritativo arrojaba unos rayos de luz. Y preguntando a la Verdad la causa, me dijo que aquella luz era que se había asomado la caridad que tenía aquel hombre en el alma, y como había usado de ella había manifestado sus luces.

—¡Oh caridad santísima —dijo el Desengaño—, que juntas al Cielo con la tierra y a la tierra subes al Cielo! ¡Oh caridad, ilustradora de las almas, alegradora de los espíritus! ¡Oh caridad, confortadora de los deseos, reformadora de la naturaleza desformada! ¡Oh caridad, que sube tanto tu precio que no te puedes comprar por precio; que sólo tú eres precio de ti misma y nadie te puede dar alcance si tú propia no le calzas las espuelas del amor! ¡Oh caridad pública, que a ninguno te niegas ni para nadie te escondes, que a todos ruegas<sup>49</sup> contigo, que a todas puertas y llamas y con todos quieres conversar y a todos quieres honrar, aprovechar, gratificar y glorificar! ¡Oh sacrosanta virtud con forma divina, discípula del amor eterno, maestra de los que se quieren eternizar, patrona cuidadosísima de los que por ti se dejan gobernar! Recíbime debajo de tu manto y llévame a la vista de Dios.

—¿Qué es eso, Desengaño —preguntó la Verdad—, que parece que te has endiosado? Escucha; que también me toca a mí alabar la caridad contándote un ejemplo verdadero que he leído en la *Monarquía Eclesiástica*.<sup>50</sup> Dice así:

Que unos pobres juntos empezaron a conversar de las personas que en aquel pueblo daban limosna, y uno de ellos dijo que un ciudadano llamado Pedro el Cambiador, que jamás le había podido sacar limosna alguna, ni bastaría a ello ninguno de cuantos pobres había. Otro pobre que allí estaba se ofreció sobre apuesta el sacarla, aunque fuese él la misma avaricia. Y llegando a su puerta le pidió limosna, y aunque le despidió con rostro desabrido, porfió tanto que, arrebatando el Cambiador un pedazo de pan de encima de una mesa, se le tiró al pobre y hirió en la cabeza y, aunque dolorido y con sangre, cogió el pan y guió a su tropa, como vencedor y triunfador de aquella vitoria.

La noche siguiente vio Pedro el Cambiador una visión en que Jesucristo, señor nuestro, tenía en las manos el pedazo de pan que él había tirado al pobre, y que le dijo: «Mucho te agradezco, amigo Pedro, este socorro que hiciste a mi pobre; y, en pago, yo te daré de mis bienes». Desapareció con esto la visión y Pedro quedó confuso notablemente viendo la ira con que tiró el pan al pobre y la paga que Dios le ofrecía por una cosa que no merecía galardón. Y así, propuso de hacer limosnas gruesas, y tanto se fue apoderando de la virtud de la misericordia que, encendido en caridad, vendió cuanto tenía (reservando sólo un esclavo) y lo repartió a los pobres por amor de Dios.

No contento con esto, se fue con su esclavo lejos de su patria, y, llegando a una ciudad pidiendo limosna, muy contento mandó a su esclavo que le sacase a vender a la plaza como a esclavo, y que lo que le diesen en precio lo repartiese a los pobres por amor de Dios. Viendo el esclavo esta determinación, enternecido, dijo que no le mandase tal; y Pedro, jurando a Dios de Cielo y tierra, le amonestó que, si no lo hacía luego, le vendería a él, en parte tan mísera que desease la muerte por instantes; y así, que hiciese lo que le mandaba, y por ello le ofrecía libertad. Con esto el esclavo le vendió a un hombre que le traía en los servicios más viles de la casa, como a fregar y barrer y sus semejantes.

Pasaron algunos años que, llegando a este pueblo dos hombres que habían sido amigos de Pedro, fueron convidados de su amo (por conciencia que tenían) y, sentados a la me-

49.— Quizá haya errata por 'llevas' (p. 241).

50.— *Los treinta libros de la Monarquía Eclesiástica, o Historia Universal del Mundo*, de Fray Juan de Pineda (Salamanca, 1588).

sa, al entrar Pedro con cierto servicio de la cocina le conocieron, aunque estaba mudado, y empezaron ellos dos con el amo a comunicar acerca de Pedro. Y declarando quién era, Pedro, que tal oyó, saltando fuera, mandó a otro criado de la casa, mudo de nación, que le abriese y dijese a su señor que Pedro era ido para siempre. Con esto entró el tal criado diciendo en voz clara y distinta: «Pedro es ido, y me dio habla con un rayo de luz que le salió de la boca y hirió mi rostro».

Miremos ahora lo que vale la caridad con el pobre caído, y nótese la fianza que tiene esta virtud, que quien la acoge en su pecho queda tal que no parece humano, sino divino y lleno de resplandores. Como este caballero que hemos visto; que, acudiendo a ejercer la caridad, se le vio en el rostro un resplandor que parecía celestial.

Con notable gusto había escuchado este ejemplo, cuando se ofreció a la vista una tropa de gente espantosa siguiendo a siete gigantones, tan fieros que daban temor en sólo mirarlos. Entre la gente que los seguía, que eran hombres y mujeres, venían unos a quien salían de los sentidos unas grandes llamas, y a otros les salía de la boca y a otros de los pechos, y todos con mucha ansia daban voces, diciendo: «¡A la Fuente de la Reina!».

Pregunté a la Verdad qué gente era aquella y qué causa los manifestaba tan fieros y llenos de llamas, y la Verdad me dijo:

—Los siete gigantones que ves son los pecados capitales, y esa gente que los sigue son los que vienen heridos de su veneno; y aquellos a quien salen llamas de la frente es gente que ha pecado con el pensamiento consentido; y a los que les salen las llamas de la boca han pecado de palabra; y aquellos tan infernales, que llevan el pecho ardiendo, son los que de obra se han hecho parciales del Demonio.

Así que dijo esto la Verdad, la vi que, toda elevada o como arrebatada, tenía empleada la vista en una mujer que iba en un jumentillo muy imaginativa. Y, reparando con cuidado, vi que llegó al animal en que iba un fiero moscón, grande y negro, y, picándole, le hizo levantar dos coces con que derribó a la mujer, quedando en el suelo tan postrada que parecía cadáver. Y estirando la Verdad sus hermosas cejas, dijo así:

—Aquella mujer ha venido a este sitio sólo con intento de buscar al Demonio, y, no habiendo hallado ocasión, iba imaginando en su pensamiento torpes antojos, prometiéndose la ejecución en llegando a Madrid. Y como el Demonio era el que había de sacar más barato que otro alguno de tal función, en forma de moscón picó al borrico para que anduviese aprisa. Y miren lo que ha sucedido, pues el mismo Demonio, codicioso del logro, ha puesto atajos a su determinación y, cortando el hilo a sus vicios, ha quedado ella con el pecado consentido y el Demonio sin la ejecución. Y tal ha quedado la triste mujer que ha de vivir poco.

—*In formosam fato praereptam*<sup>51</sup> —dijo el Desengaño—. ¡Oh hermosura, que has muerto antes de tiempo, causado de tu desvarío! ¿Para qué corrías entre montes de culpas, tapados los ojos de la razón, llevando por guía en tan agrio camino a la sensualidad? ¡Mira el pago que te ha dado tu amor o tu vicio!

Así que dijo esto el Desengaño vi un hombre, los ojos bajos mirando a la tierra, y en las manos un rosario, y de rato en rato miraba al cielo. Pregunté a la Verdad quién era aquel hombre, y díjome:

51.— Andrea Alciato, *Emblemas*.

—Éste es un amigo verdadero que se acuerda de los amigos que ha tenido y ya son muertos, y ahora va rezando por ellos con tanto fervor que sus oraciones han penetrado los cielos.

—Ese hombre —dije yo— se ha de comparar a la parra enlazada entre las secas ramas de un olmo de quien en sus principios recibió arrimo, y aunque le ve triste no por eso le desampara, antes, hermoseándole con sus hojas y pámpanos, me parece, aunque con ajenos vestidos, tronco fresco y viviente. Así este hombre, vid agradecida, con sus frecuentes oraciones refresca las cenizas de sus amigos muertos.

Aquí llegaba mi discurso cuando vi a un hombre que llevaba a otro a cuestras, y el de encima me pareció cojo. Preguntéle a la Verdad, y díjome que cojo era; y el que le llevaba a cuestras, ciego. Admíreme notablemente, y la Verdad dijo que de qué era mi admiración.

—¿No quieres que me admire —proseguí— que haya hombres que se ayuden unos a otros? La primera cosa que cuanto ha que nació he visto.

—Pues así se deben ayudar los mortales —replicó la Verdad— como éstos; que aquel que tiene pies y carece de vista lleva a cuestras al que tiene vista y carece de pies y le va diciendo por dónde ha de ir. Y por eso dijo San Pablo: *Alter alterius onera portate*;<sup>52</sup> Llevad las cargas los unos de los otros, pues para poder pasar las calamidades desta vida no hay hombre nacido que no haya menester a otro. Como las dos manos que sirven al cuerpo, que se valen y ayudan la una a la otra, así se han de ayudar los vivientes. Y si uno es poderoso y otro pobre no ha de mirar en la desigualdad de la hacienda: mire en que las almas son hijas de un mismo Padre y que se ilustra con las obras, y que la ilustración del espíritu la puede granjear mejor el mejor caudal, porque la necesidad llama la más gruesa paciencia.

«¡A la Fuente de la Reina!» dijo otra voz, que, atendiendo de dónde había salido, vimos ser de un coche en que iba un hombre solo. Admíreme de que en un camino en que yo había visto muchas mujeres a pie y con muy buenos apreos fuese aquel coche sólo con un hombre, y, preguntando la causa a mis amantes compañeros, respondió la Verdad:

—Ese lujurioso ya va apalabrado para llevar consigo hasta Madrid a un demonio que le ha de deshacer el sosiego, pues, conociéndola otro galán al entrar por la puerta, se encenderán entre los dos unas cuchilladas, y ella se irá huyendo sin ser vista y el quedará malherido y el coche embargado. Y el que lo ha de hacer es un hombre que parece que le faltan bríos para tenerse en pie, y éste parece que basta para cuatro.

—No hay que fiar —dije yo— en valentías ni bizarrías, ni hay que vituperar ni hacer burla de otro; que de cualquiera enemigo es razón temer el hombre, pues para enemigo cualquiera basta. Y el hombre cuerdo de cualquiera contrario debe recelarse, pues hemos visto en nuestros tiempos que con la confianza y haciendo poco aprecio del contrario han quedado muchos valientes caídos en el sitio de sus confianzas, muertos a manos de aquellos a quien trataron de viles escarabajos.

—Por lo escarabajo —dijo el Desengaño— me acuerdo de una fábula de Esopo, en que dice que el escarabajo es muy enemigo del águila, y para vengarse della, viendo el poco caso que dél hace y cómo le vitupera, se le arrima, con la confianza que ve en el poco aprecio que le tiene, y se le mete entre las alas, y cuando el águila vuela a su nido le lleva consigo sin saber lo que lleva, y luego, en viendo quieta al águila, se deja caer y, en ausentándose

52.— *Gálatas*, 6, 1-10.

el águila, el escarabajo, que solo se halla, le agujerea y derriba los huevos del nido, y deste modo se venga de su espantoso enemigo.

Así que dijo esto el Desengaño vimos un hombre en un caballo y un lacayo detrás con quien iba razonando; y lo que se pudo entender fue preguntarle si había tomado bien las señas del coche, y el lacayo respondió que sí, y que quedaba en parte que no se le despintaría. «¿Iba sola?» volvió a preguntar el caballero, y el lacayo respondió que con otra mujer iba. Con esto pasaron muy apriesa.

—Este hombre —dijo el Desengaño— es un enredador, y si fuera lícito le nombrara. Sólo diré que ha perturbado hartas quietudes y ha fomentado muchas pependencias y enemistades, y siempre se cura en sana salud; que, de ordinario, cuando sucede la pesadumbre de que él ha sido causa está él en el cuarto de la salud. Y en verdad que la espada que trae al lado que tiene tanto mohó como su alma, que tan sucia está una como otra. Y muchos, o los más que le conocen, le tienen por hombre muy menesteroso en la república, y sólo sirve de levantar la liebre, sin tener bríos para más.

—A ese hombre —dijo la Verdad— se le había de dar el castigo que dieron al trompeta, según cuenta Cicerón, diciendo que unos soldados prendieron un trompeta del bando contrario y, llevándole delante del capitán, empezó a temblar de miedo diciendo que en su vida había sacado la espada para nadie ni había hecho mal a persona alguna; por tanto, le perdonase. Pero el capitán le dijo: «¡Ven acá, vil gallina! Si no eres para pelear, ¿para qué llamas y alientas a la guerra con tu aliento vil? Y así, por cobarde y promovedor, mando que te ahorquen, porque aunque no has muerto a nadie con tus manos, has llamado a otros para que se maten».

—Bien traída —dije yo— ha sido la historia. Pero esta mujer que viene llorando me ha causado admiración el que muestre tristeza en sitio que todo es gozo.

Era una mujer encima de un jumento entre unas jamugas, y detrás venía un hombre en una mula. Pregunté la causa a la Verdad, y me respondió así:

—Esos dos son marido y mujer, y el tal señor, porque ha visto en el sitio su quebradero de cabeza y no ha podido hablarla (causado de algún recelo de su mujer), ha andado todo el día como un basilisco y no ha querido comer; y como el Demonio no ha logrado la junta de los dos, ha hecho que con bien poca causa la haya dado a su mujer de bofetadas, y por eso va tan llorosa.

—¡Cuántos hay —dije yo— que siguen la escuela de ese perdido!, que, teniendo unas mujeres honestas y virtuosas, por causa que los da el Demonio amedrentan sus casas con maldiciones y pesadumbres, castigando a sus menores sin causa, sólo por quebrar el enojo que traen de fuera.

—Ésos —dijo el Desengaño— son perros, porque veremos que tira un hombre piedras a un perro y el animal corre y muerde las piedras, siendo las piedras unos miserables granos de la tierra que no tienen culpa, y el hombre, que tiene la culpa, queda libre de los fieros dientes del perro, pues sólo en los inocentes se venga. Así son muchos hombres; que las pesadumbres que han tenido en casa de Satanás quieren que las pague la mísera gente de sus casas, y con eso suelta el Demonio la risa, viendo el discurso del hombre tan cautivo y sujeto a la culpa.

## DISCURSO XVII DE LOS GIGANTONES EN MADRID por defuera y prodigioso entretenido

**A**LGO apartados del camino por donde iba tanta danza de gigantes soberbios, caminábamos yo y mis amantes compañeros cuando oí gran ruido, y tan espantoso que me pareció que eran cochinos que hozaban en algún muladar, y, arrimándome a la Verdad, llegamos al celebrado sitio de la Fuente de la Reina, distante una legua del Real del Pardo, donde vi tanta confusión que, admirado, empecé a notar infinitos aparadores de viandas, pero con notable desenfado, y luego vi venir de Madrid mucha gente en coches y caballos. Y preguntando a la Verdad a qué venía aquella gente tan tarde, cuando el día iba despidiendo sus luces, me dijo:

—Éstos vienen ahora, a prima noche, para con la capa obscura lograr la condenación de sus almas.

Apenas dijo esto la Verdad cuando vimos que, pasándose de unos coches a otros, corrían las alcahuetas cortinas, pareciéndoles que nadie lo vía (y lo estaba mirando la Verdad y el Desengaño). Otros se apartaban a sitios retirados. En unas partes se oían instrumentos; en otras, voces de música; y, viéndome tan confuso, dijo la Verdad atendiese con cuidado a otro sitio, donde vi otros personajes que con más decencia se procuraban entretener, pues colgando una sábana de dos álamos hicieron una forma de vestuario y teatro. Cercándole infinitas gentes y saliendo una mujer con una arpa en las manos, para dar principio a la fiesta cantó así:

Al levantarse Mencia  
de su lecho (donde el ocio  
contemplar suele a la muerte  
en ataúd amoroso),

fuese al espejo, y miró  
pálido todo lo rojo,  
las mejillas deshojadas  
a la vista de sus ojos.

Lavose, y dióse una mano,  
diciendo: «No es muy hermoso  
rostro que para ser visto  
se viste de ajeno adorno».

Con un justillo hace talle,  
y al ceñir su cuerpo todo,  
dijo: «Talle que se pule  
no tiene talle de airoso».

Vistiose su guardapiés  
oyendo un «¡ay!» lastimoso.  
De su cabello se acuerda  
porque se le riza él propio.

Tomó una blanca calceta,  
diciendo: «Si el color rojo  
puso a lo blanco vergüenza,  
a la castidad me acojo».

Atose con una liga,  
y dijo: «Lazo dichoso  
te llaman los que no saben  
que el lazo hace dar de ojos».

Calzó su pulido pie,  
diciendo: «Donde hay tan poco  
el que contempla su dicha  
le pueden tener por loco».

Después que vestida estuvo  
se pasea en el contorno  
de su vivienda, a quien llama  
del descanso calabozo.

Mortales mira las venas,  
blanco el labio, el pecho ronco,  
y el corazón dentro dél,  
como ni ajeno ni propio.

«Señales son de la muerte  
(dijo), pues que siento sólo  
que conozco mi tormenta  
en triste puerto y sin golfo».

Y, arrimándose a la cama,  
vio en aquel árbol pasmoso  
de la Cruz toda la vida,  
y así, la dice en sollozos:

«Juez sois, no tengo qué daros.  
Aunque (diferente de otros)  
no tomáis; pero tomad  
estas lágrimas que lloro.

Perlas las oí llamar  
del mundo ignorante y loco.  
Perlas son para Vos finas.  
Pagar en perlas no es poco.

Confieso mi grave culpa  
y que a vuestros silbos sordo  
tuve siempre el corazón,  
siguiendo ambiciosa al lobo.

La culpa, Señor, es mía;  
pero mirad en mi rostro  
color que da la vergüenza,  
que para Vos es hermoso.

Dulce Jesús, acordaos  
que soy formada de lodo,  
y que, como fue el principio,  
me he de reducir en polvo.

Polvo soy, Vos sois mi Dios,  
a vuestro auxilio me acojo,  
porque reparo y contemplo  
que la vida es toda un soplo  
entre el vivir y el morir.  
Hoy me amaneció penoso  
para el peligro más cierto,  
para el riesgo más notorio.

No me volváis las espaldas.  
Mirad muy otros mis ojos,  
el edificio cadáver,  
toda la belleza tronco.

Pues el confesar da vida  
y el negar todo es destrozos,  
confieso que te ofendí  
y que mi descargo es corto.

Mucho tiempo os ofendí  
(sufriéndome piadoso).  
Dadme los brazos, mi Dios,  
pues mi descanso en vos topo».

Estas razones le dijo  
una beldad que en su trono  
la subió la Vanidad  
por escalones viciosos,  
y antes de ver los sentidos  
turbados y revoltosos  
(que el oficio de los unos  
pretenden hacer los otros,  
viendo que es fuerza el morir),  
a un crucifijo devoto  
se asió, tan arrepentida  
que alcanzó perdón heroico.

¡Ea, belleza del mundo!  
Pues el morir es forzoso,  
y no se sabe la hora  
ni alcanza ninguno el cómo;

pues es Dios el ofendido  
 (y es un dios tan poderoso),  
 salga el «pésame» del alma  
 y el «pequé» busque el sollozo.

Admirado estaba mi discurso en ver música tan honesta en sitio tan desvergonzado, y la Verdad me dijo que aquella gente era de la que se holgaba sin la ofensa de Dios, y que por ser la fiesta que trazada tenían hecha a la Verdad la habíamos de ver, y que era a modo de un entremés. Y, reparando con atención, vi salir doce hombres con sus hachas, que, dividiéndose en dos bandas, dieron hermosa claridad al sitio (aunque a muchos les pesó de tanta luz, por ser gente amante de las tinieblas); y porque la fiesta quería empezar, la Verdad, atenta, me dijo que aquel festín le celebraban ocho personas, sin los músicos, y que el título que le daban era:

### OTROS HAY MÁS LOCOS QUE NO NOSOTROS

Eran los personajes:

Un Loco	El Logrero
La Verdad	La Vellera
El Poderoso	El Pobre
La Dama	Un Niño

La prevención de vestidos era famosa, muy conformes a los papeles. Y después de hacer su oficio los instrumentos, salió el Loco, recogido todo el pelo debajo de un casquete, el vestido de frisa de dos colores, y un palo al hombro y una capa, también de frisa, terciada al hombro.

*Loco.* ¡Ah, Verdad! ¡Dónde resides,  
 que no te encuentra mi afán?  
 ¡Dónde de ti me dirán,  
 o en qué tribunal presides?  
 ¡Dónde estás, que no respondes?  
 ¡Habrá quien diga de ti?  
 Eco, respóndeme, di.  
 ¡Cómo de un loco te escondes?  
 Si la Mentira y sus cocos  
 te siguen, vente conmigo,  
 pues siempre has hallado abrigo  
 entre los niños y locos.  
 El Loco cuerdo te llama:  
 abrevia el paso veloz,

consuérame con tu voz,  
pues la Mentira desama.

*(Sale la Verdad en hábito de mujer)*

*Verdad.* ¿Quién, extraño a lo nacido,  
busca ansioso a la Verdad?

*Loco.* Quién vive sin vanidad

*Verdad.* Por eso me has conocido.

¿Qué me quieres? *Loco.* Tu favor

*Verdad.* ¿En qué te puedo servir?

*Loco.* En enseñarme a vivir.

*Verdad.* De mortal tienes color.

*Loco.* Ya lo sé, desde que vivo;

que para morir nació.

*Verdad.* Pues tanto sabes de ti,

siempre me hallarás contigo.

¿Quién eres? *Loco.* El Loco cuerdo.

*Verdad.* Cuerdo ¿y loco? *Loco.* Sí, señora.

¿Quién lo duda o quién lo ignora?

*Verdad.* No es este loco muy lerdo. *(Aparte)*

¿Dónde naciste? *Loco.* En la tierra

que la Mentira nació

y a la Verdad ofreció

obscurerla con guerra.

*Verdad.* Y ¿para qué me has buscado?

*Loco.* Para que veas los locos;

que a fe que no son muy pocos

los que a conocer se han dado.

*Verdad.* ¿Dónde están? *Loco.* Ellos saldrán.

*(Tropieza la Verdad junto al Loco y cae)*

*Verdad.* ¡Jesús! *Loco.* ¿Qué te ha sucedido?

*Verdad.* Tropezando en ti, he caído.

*Loco.* Pues mis brazos te valdrán.

*(Hace que la ayuda a levantar)*

*Verdad.* ¡Ay mis huesos doloridos!

*Loco.* No te quejes, que es en vano;

que no te han de dar la mano

la mitad de los nacidos.

*Verdad.* ¡Ay, qué caída que he dado!

¿Quién me podrá socorrer?

*Loco.* Muy pocos; que, a mi entender,

eres trasto desechado.

*Verdad.* Algún tiempo era estimada.

*Loco.* Entre los niños y locos;  
 que ya en el mundo hay muy pocos  
 que vengan a tu llamada.  
 Levanta, que puede ser  
 el verte y causar dolor;  
 pero en vano es mi temor,  
 que no te han de conocer.

*Verdad.* Haz a los locos salir,  
 que ya los deseo ver.

*Loco.* Pues, aunque te han menester,  
 de ti no se han de servir.  
 ¡Ea, pues! Del suelo alzas.

*Verdad.* No puedo. *Loco.* ¡Buenos estamos!  
 En el tiempo que alcanzamos  
 no puede andar la Verdad.

*Verdad.* De frío estoy erizada.

*Loco.* Mi capa te ha de valer,

(*Échala la capa*)

y con ella podrá ser  
 que por loca seas notada.  
 Si estimada quieres ser  
 la Mentira has de buscar:  
 la capa la has de trocar,  
 te darás a conocer.  
 Mira que tu vida es larga.  
 Sólo aconsejarte quiero  
 que te bañe un confitero,  
 porque al mundo eres amarga.  
 Atiende, que van saliendo  
 estos por cuerdos tenidos,  
 siendo locos conocidos,  
 según lo que van haciendo.

(*Sale el Poderoso*)

*Poderoso.* ¡Para, cochero! ¡Hola! ¿No hay un paje  
 que a quitar el estribo al punto baje?  
 Llamad: salga un criado de esa casa.  
 ¡Que ande la cortesía tan escasa  
 con un señor de mis obligaciones!  
 Harto haré en reportar hoy mis pasiones.  
 ¡Qué perdido está el mundo! ¡A un caballero

se trate con estilo tan grosero!  
 ¡Domingo! Lleve al Duque aqueso coche,  
 que no le he menester hasta la noche.  
 A pedirle ha enviado su Excelencia.  
 ¡Es lindo el coche, en Dios y en mi conciencia!  
 Él es trasto famoso,  
 pues que del pobretón y el asqueroso  
 nos diferencian y hacen superiores;  
 en fin, como a señores;  
 que no es razón que el oficial y el chico  
 se igualen con aquel que nació rico.

(Vase)

*Loco.* ¿Conoces a este loco?

*Verdad.* No, por cierto. *Loco.* Ni él a ti tampoco;  
 que si el te conociera y te buscara,  
 de quién fueron sus padres se acordara.  
 Su madre déste se llamó Marina  
 y remendaba calzas a una esquina:  
 éstas son sus mejores calidades.

*Verdad.* Los locos siempre dicen las verdades.

(Sale la Dama)

*Dama.* ¡Inés! ¡Antonia! ¡Estefanía! ¡Juana!  
 ¿Es para hoy o es para mañana?  
 ¿Cuándo habéis de traer el chocolate?  
 Ya no puedo sufrir tal disparate.  
 ¡Ya no lo quiero! ¡Prevenid almuerzo!  
 Más que puedo me esfuerzo  
 por no andar cada día despidiendo  
 criadas y criadas recibiendo;  
 que las de aquestos tiempos son malditas  
 y éstas que tengo son unas santitas.  
 ¡Vaya Juana y que el sastre al punto venga,  
 tenga hecho el vestido o no le tenga!  
 ¡Que de seis u ocho casas, en ninguna  
 no haya topado un coche! ¿Hay tal fortuna?  
 ¡Que ni don Juan, don Pedro ni don Diego  
 no estén en casa! ¿Hay tal desasosiego?  
 Hoy no saldré de casa hasta la noche:  
 no es posible salir no habiendo coche.  
 ¡Quien en ricos pañales se ha criado  
 esté sin coche en día señalado!

*Loco.* Siete semanas hace hoy cabales  
 que era fregona la de los pañales.  
 Sirvió a un letrado y, por ser golosa,  
 malsufrida su esposa  
 la despidió pagando quince reales:  
 esto ganaba la de los pañales.  
 Luego entró en una casa de un barbero,  
 y era el amo soltero,  
 y en breve tiempo, por olvidar males,  
 hizo la barba a la de los pañales:  
 él quedó pobre y ella salió rica.  
 Y luego la Inesica,  
 conociendo en su rostro sus caudales,  
 dice que fueron ricos sus pañales,  
 y en su madre eran actos y propinas  
 las castañas que asaba a las esquinas.  
 Esta desvanecida  
 no ha conocido a la Verdad caída.

*(Sale el Logrero)*

*Logrero.* Pensión es el tener, ¡viven los Cielos!,  
 pues no me faltan sustos y recelos  
 del pobre impertinente,  
 cansándome en mi casa eternamente,  
 ansiosos de mi hacienda; y mi dinero,  
 ciento por ciento, es corto mensajero.  
 A mí me he de poner muy grande enmienda:  
 jamás he de prestar, si no es la prenda  
 de plata, oro, perlas o diamantes,  
 dándome por el logro buenos guantes,  
 y que las prendas valgan largamente  
 al doble que se diere de presente.  
 Ya que el mísero año  
 tan corto ha dado el grano por mi daño,  
 pero ha de valer muy lindos reales:  
 la hanega va a sesenta; en mis costales  
 doblones han de entrar si el tiempo dura.  
 Desde mañana pienso hacer cochura;  
 que ya el pan ha subido:  
 catorce y quince cuartos ha valido.  
 Gima el pobre, su afán y estrella siga.

*(Vase)*

*Loco.* ¡Dos varas de cordel y buena viga!

En el cuarto de Judas  
 ha de tener aquéste lindas mudas.  
 Decir que éste es logrero es gran dislate,  
 pues lo pregona tanto disparate.  
 Cuatro años hace hoy que no valía  
 la capa que traía  
 para unas entretelas de calzones,  
 y hoy tiene dos hanegas de doblones.  
 De aquéstos hay diez mil en esta Corte,  
 y sólo en ellos es lucido el porte.  
*Verdad.* No me parece que jamás le he visto.  
*Loco.* Ni él te conoce a ti, por Jesucristo.

(Sale la Vellera)

*Vellera.* Luego daré la vuelta, Justinilla.  
 ¡Qué sazónada está la rapacilla!  
 Una carilla tiene con mil sales.  
 Muy bien pagó la barba con dos reales;  
 mas mucho más me debe,  
 hasta que el ajo de mi engaño pruebe  
 no saldré yo medrada.  
 Todo se canta al fin de la jornada:  
 con mi engaño de entrar a quitar vello  
 (verdad ello por ello)  
 quito el sosiego, quito las quietudes,  
 quito los gustos, quito las saludes,  
 quito el contento y la inocencia quito,  
 quito el dinero y toda la flor marchito.  
 Con billetes, papeles y recados  
 quito la paz a cuatro mil casados.  
 Con recados, papeles y el billete  
 soy entre las quietudes alcahuete.  
 Sé dónde está el deseo  
 y la ocasión con treinta ojos veo.  
 Junto partes, dispongo mil marañas;  
 que yo no he de perder mis malas mañas,  
 pues que con ellas como;  
 (que mis pies para esto no traen plomo).  
 Sé dónde está la dama que doncella  
 piensan muchos que es (sin pensarlo ella),  
 pues ya su testimonio tiene el signo,  
 cancelada la nema<sup>53</sup> por maligno.

Pero voy abreviando,  
 que habrá gran rato que me está esperando  
 una dama que, quieta,  
 la misma quietud creo que la inquieta.

*(Tropieza en la Verdad)*

Pero ¡ay de mi! ¿Qué es esto que he encontrado?  
 ¿Qué es lo que está en el suelo tan postrado?  
 ¡Ay, qué visión que veo! Mis pecados  
 sin duda quieren ser aquí juzgados,  
 pues la soga arrastrando  
 traigo en la vida con que aliento y ando,  
 por donde escapará la triste vida.

*(Vase)*

*Loco.* Ya cayó en la Verdad esta perdida;  
 pero, aunque en la Verdad así ha caído,  
 creo que a la Verdad no ha conocido.

*(Sale el Pobre)*

*Pobre.* ¿Hay quien en penas tantas  
 la pesadez alivie destas plantas  
 desnudas y cansadas  
 con holguras y fiestas ya pasadas,  
 y del pobre vestido,  
 roto a las pesadumbres de mi olvido,  
 alivie su amargura?  
 ¿Hay quien mitigue el hambre y desventura  
 deste pobre mendigo?  
 De tantos como tuve, ¿habrá un amigo  
 que me dé en su limosna parabienes?  
 Mas no; que amigos fueron de mis bienes,  
 y, viéndome entre males,  
 no habrá alguno que llegue a mis umbrales.  
 ¿Habrá de mis parientes,  
 en mi prosperidad impertinentes,  
 ansiosos a mi hacienda,  
 quien a mis males tire de la rienda?  
 No habrá; que deudos solamente fueron  
 cuando entre hacienda próspero me vieron.  
 Todos huyen de mí viéndome pobre,  
 dejándome en las cuitas que zozobre.  
 No hay peste ni otro mal de hedor profundo  
 como ser pobre un hombre en este mundo,

y, pues no hallo favor en los nacidos,  
si no es huir de mí mostrando olvidos,  
vivamos desta suerte  
hasta que llegue el plazo de la muerte.  
Mas en tierra postrada  
una mujer he visto maltratada.  
El verla me desvela,  
aunque un pobre con otro se consuela.

(*Llégase a la Verdad*)

Mas ¿qué miro? ¿En tierra y abatida,  
siendo la Verdad santa conocida?  
Y ¡lloro mi agonía,  
siendo mayor la suya que la mía?  
¿Quién así te ha postrado?  
Levanta, pues mi dicha te ha encontrado;  
que, aunque pobre, mis brazos he de darte,  
ya que no puedo más en esta parte.  
¡Qué tarde que te topo!,  
cuando no puedes tú, ni yo tampoco.  
*Loco.* ¡Muy bien venido, amigo!  
*Pobre.* Pues conozco que tu fortuna sigo,  
ambos los dos a la Verdad alcemos,  
pues conocerla entrambos merecemos.  
*Verdad.* Sólo el Loco y el Pobre  
procuran que mi barco no zozobre.

(*Digan dentro*)

*Dentro.* ¡A la escuela Juanillo, que ya es hora!

(*Un Niño, dentro*)

*Niño.* ¡Ya tomo la cartilla y voy, señora!

(*Sale el Niño*)

*Niño.* Sin almorzar y sin llevar dineros  
ya siento lo que guardan los cocheros.  
Pero el hambre me aprieta:  
días ha que en mi casa hay brava dieta,  
porque mi padre gana cinco reales  
y se comen tres panes muy cabales  
entre mis padres, yo y Catanlita,  
y mi hermano Antonio y Mariquita;  
con que ya los más días

con sólo pan tenemos alegrías,  
 sin que sirvan las ollas.  
 Y en casa del vecino comen pollas,  
 como trata en cebada.  
 El que no es hoy logrero no hace nada,  
 y sólo lo que siento  
 ver de mi pobre madre el sentimiento,  
 llorando a todas horas,  
 como ve tan postradas sus mejoras.  
 Y ahora queda entre pena y agonía  
 porque sin almorzar al hijo envía.  
 Pero dos piadosos  
 ayudan a un caído, cuidadosos,  
 y el alzarle del suelo  
 procuran. Voy también. ¿De qué recelo?  
 La Verdad ¿no es aquélla? ¡Ay, Cielo santo!  
 Por eso la Mentira vale tanto.  
 Pero, pues he llegado,  
 también la he de ayudar por este lado.

*(Légase)*

¡Ea, Verdad, levanta!  
 ¡Alégrese la tierra con tu planta!,  
 que desde que has faltado  
 todo el campo está triste y agostado.  
 Y pues los tres te vemos,  
 juntos la gala, alegres, te cantemos.

*(Bailan alrededor de la Verdad, ya levantada)*

*Pobre.* El Pobre, entre miserias,  
 llorando sus lacerias.  
*Niño.* Y el Niño, triste ayuno.  
*Loco.* Y el Loco, algo importuno,  
 suplican al Senado  
 que, desapasionado,  
 sólo sean sus votos  
 que *otros hay más locos que no nosotros.*

## DISCURSO XVIII DE LOS GIGANTONES EN MADRID por defuera y prodigioso entretenido

**A**UNQUE lo humilde del verso pudo llamar a la risa lo impidió lo sazonado de la gente; que muchas veces, o las mas, consiste la bondad en la representación, aunque el verso no sea muy relevado.

Hicieron su oficio los instrumentos. Después de cantar algunas coplas, con que dieron fin, sobre «¡Ande ese coche!», si «¿Ha de andar o no ha de andar?», se armaron unas confusas cuchilladas, oyéndose de un coche a una dama que decía: «¡No has de salir!». Otra: «¡No te he de soltar!». Otra: «¡No me des pesadumbres!». Pero como era toda la gente de la tenaza, en fin, hombres de el gordillo, con que entre ellos mismos se apaciguó; y, conseguida la paz, ordenaron la partida, cuando, rompiendo los aires una espantosa visión a quien daba luz una espada de fuego que en sus manos traía, decía a grandes voces:

—¡Guárdate, miserable gusano; que la justicia de Dios levanta el brazo de su rigor viendo las demasías que haces a la vista de su santo templo! Pero también te quiero consolar; que en lugar de sangrienta cuchilla te enseña una espada de fuego para que si arrojas lágrimas de tu empedernido corazón, al salir por los ojos en forma de agua pueda mitigar y templar el fuego de aquesta espada. Y así, disponte para la enmienda, pues tanto te importa.

Con esto desapareció, y como la gente se iba ausentando también nosotros hicimos lo mismo; y al llegar cerca de las huertas que en aquel camino hay vimos un gran ruido de gente y confusas voces. Unos decían: «¡Anímese, señora!». Otros: «Ya tenemos coche en que vayan uced». Otros con gran bulla decían: «¡Ea, que no hay que temer a la fortuna!». Llegamos a ver la causa y, antes de saberla, oímos llorar a un recién nacido; que a su madre la habían cogido los dolores en el camino, ya que, por holgarse, no había hecho caso de tanta gravedad de peso. El hijo lloraba y la madre lamentaba. En fin, la metieron en un coche y, muy arropada, guiaron a Madrid, cuando a pocos pasos vimos otro alboroto y, sabida la causa, era un hombre que yendo al estribo de un coche, romaneando mucho la cabeza, había dado en el suelo y por encima del cuerpo pasó una rueda. Unos pedían agua, otros llamaban un confesor; pero no le había por allí, que si los sacerdotes andan esta vereda será con la decencia que sus hábitos piden, y la hora no era para que estuviesen sin recoger. En fin, el tal hombre volviendo algo en sí, le metieron en el coche (que entre cuatro apenas podían).

Guio el cochero, y a breve estancia oímos que un mozo de una huerta, entre cantado y representado, dijo estas décimas guiadas a la vida del hombre desde que nace hasta que muere, pintándole en el discurso de la vida entre penas, dolores, angustias y pesares. Y sin más instrumento que el silencio, que ya iba estendiéndose por la tierra, dijo así:

Escúchame, navegante  
que vas surcando tu sombra.  
Atiende, pues que te nombra  
mi voz en tu paso errante.  
Detente ya, caminante  
desde el nacer al morir;  
que te pretendo decir  
que tu vida es toda un susto.  
Y así, escucha sin disgusto  
si te quieres divertir.

Antes de nacer causaste  
a tu madre mil dolores,  
penas diste por favores  
y el alma la congojaste.  
Naciste, mas no cesaste  
de prevenirla tormento.  
Lloraste, y el escarmiento  
te se quedó en el olvido.  
Pues a Dios has ofendido,  
busca el arrepentimiento.

En fin, a la tierra sales  
(de tu patria desterrado)  
triste, sujeto y postrado,  
a padecer muchos males;  
penas te cercan mortales  
que lo humano aun no resiste;  
jamás al descanso viste,  
y así, estudia en discurrir  
si naces para morir  
o para vivir naciste.

Nace el mortal en el suelo  
sujeto al fiero rigor  
de trabajos y dolor,  
ansias penas y desvelo;  
y aunque con cariño y celo  
y sobrada promptitud  
la partera a su salud  
pide albricias, ya le ha echado  
en una cuna: dechado  
de miserable ataúd.

Empiezan a batallar  
con el hombre el ansia y pena;  
y aunque alivio se le ordena,  
sólo mejora en llorar.

A una ama le ordenan dar  
por ver si cesa su lucha.  
La madre, con ansia mucha,  
llora porque se le va.  
Él se queja, y no se da  
a entender a quien le escucha.

Con su lengüezuela muda  
«Ay» repite muchas veces.  
Flor que apenas amaneces  
cuando el respirar se anuda:  
ya en ti lo vital trasuda,  
ya es pena todo tu ser;  
tu día va a nochecer,  
tus luces ya se apagaron  
y tus ojos vacilaron  
cuando empezaban a ver.

Empieza a mostrar sentido  
en el mirar y atender,  
las luces procura ver  
y ya busca lo encendido.  
En medio desto. el quejido  
sacude en su primacía,  
ya se llega el agonía,  
y los parientes cercanos,  
apretando las dos manos,  
le anuncian alferecía.

Empieza a nacer el diente:  
levanta el fiero alarido  
porque ya se siente herido  
de aquel mal tan de repente.  
Y aunque el remedio frecuente  
muestra la madre en su amor,  
no le mitiga el dolor  
que el diente feuda al nacer  
(y lo mismo hace al caer,  
pues se ausenta con rigor).

Pica la fiera viruela;  
y aunque con tierno cariño  
toma en los brazos al niño  
la amada y querida abuela,  
mas la fiebre le desvela  
y ya el crecimiento dura,  
donde el afán y amargura  
de aquel ser con que nació

diferente le volvió,  
pues le quitó la hermosura.

Ya la belleza faltó,  
ya el pelo hermoso encrespado  
de su lugar ha faltado,  
ya todo el ser se ausentó.  
La misma que te parió,  
viéndote otro al nacer,  
ya mudado el rosicler,  
tan triste en su pena advierte  
el desearte la muerte  
por no verte padecer.

Pasa de la edad de niño,  
y la piadosa madre  
repara ya que su padre  
le va negando el cariño;  
el que se creyó brinquiño  
a veces se mira ajado,  
y ya el padre, congojado,  
se apresura y se desvela  
para que vaya a la escuela,  
adonde se ve azotado.

Luego el fiero sabañón  
sacude con tal braveza  
que, sin mirar su terneza,  
le pone espuela al talón.  
Ya su alegría es pasión,  
ya empieza a llorar sintiendo  
qué es lo que está sucediendo  
por este recién venido,  
pues apenas es nacido  
cuando ya está padeciendo.

El tabardillo oportuno  
y el garrotillo traidor  
le dan angustia y dolor  
sin dejarle alivio alguno;  
ya en sus poros uno a uno  
se ve por alivio herido,  
ya da tributo al gemido,  
ya le maltratan las venas,  
ya es toda su vida penas,  
cuando apenas ha nacido.

Tal se mira, que parece  
que la muerte, algo atrevida,

pisa el umbral de su vida  
o que su luz anochece.  
Di, mortal, qué te parece:  
si has nacido a descansar  
o a gemir y suspirar  
en cuanto la vida dura,  
pues sólo en la sepultura  
tu cuerpo ha de descansar.

Pasa de aqueste tormento  
fiero, horroroso y amargo;  
déjale, en fin, el letargo;  
pero, débil el aliento,  
flaco, triste y macilento,  
en su juventud lozana  
le sacude la quartana,  
dejándole de tal suerte  
que ya desea la muerte  
para su triste mañana.

Déjale la fiebre dura  
acabándose el humor;  
ya el mal templá su rigor  
en la triste criatura.  
Pasa de tanta amargura,  
convalece y va creciendo;  
ya de las suyas va haciendo  
la edad en su fortaleza;  
ya el amor a herir empieza,  
su castidad destruyendo.

Este es el mayor letargo,  
mal que destruye la vida.  
La hacienda va ya pérdida  
con aquel hechizo amargo.  
Ya el sentido está en embargo,  
preso del lascivo amor;  
ya le hiere el pundonor,  
gasta la hacienda del padre;  
aconséjale la madre,  
llorando al ver su dolor.

Ya es reclamo en él la queja,  
ya no le faltan dolores  
nacidos de los amores.  
Ya la quietud se le aleja,  
ya lo maternal le deja,  
ya el padre cela tal hijo.

Al nacer, ¡qué bien lo dijo  
el eco del «Ay, ay ay!»,  
pues ya la muela se cay  
con fiero dolor prolijo.

Pesadumbres y pependencias  
le tienen triste, abatido;  
ya se mira perseguido;  
cansado de resistencias,  
ya procura conveniencias,  
y, para poder pasar,  
estado intenta tomar:  
ya busca esposa a su gusto;  
ya quedó esclavo del susto,  
pues con cruz vino a cargar.

Pida a Dios el que esto intenta  
que se la dé honesta y santa.  
¡Dichoso el que alegre canta  
libre de infame tormenta!  
Joya de valor sin cuenta  
es una honesta mujer;  
mas dicha no espere ver  
el hombre sobre la tierra,  
pues, sin virtud, todo es guerra,  
y sin quietud no hubo ser.

Ya se mira sosegado,  
libre de afanes prolijos;  
pero, en cargando de hijos,  
se ve aburrido y postrado.  
Si es pobre, es fiero su hado,  
pues es su cuidado y mal  
la talega de la sal  
(que sustentarla es forzoso);  
de la fortuna quejoso,  
batalla en lo conyugal.

Ya entra el fiero veneno  
en lo frágil de su esposa.  
Ya, cansada y enfadosa,  
contempla a su esposo ajeno.  
De áspides el pecho lleno,  
celos le pide a su amor:  
él la mira con rigor,  
ella le da pesadumbres,  
tantas, que en montes y cumbres  
toca su fiero clamor.

Procúrala agasajar,  
con que la materia enciende,  
pues, viéndole blando, entiende  
que es cierto su imaginar.  
Suspirar y suspirar,  
llorar con ansia y sentir,  
a cualquiera hora gemir  
(hasta en el lecho amoroso),  
tanto, que pone a su esposo  
en la senda del morir.

Pide sólo a Dios consejo,  
hombre; que apenas naciste  
cuando en el umbral caíste  
de la muerte ya perplejo.  
Suegra y suegro, por lo viejo,  
en lugar de consolarte  
te pasan de parte a parte  
con documentos cansados.  
De su hija apasionados,  
liciones intentan darte.

Ya la edad toca a clamor  
con espantosa aldadada;  
pica el afán de la ijada,  
a la muela va el dolor.  
Ya se olvida del amor,  
ya de sí mismo se olvida.  
¡Oh, que miserable vida!,  
pues todo es afán y susto,  
ansias, penas y disgusto,  
hasta el fin de la partida.

El corrimiento madura  
las mejillas de los ojos,  
pálidos vuelve los rojos  
senderos de la hermosura.  
Ya es otra la criatura;  
aunque no, si bien se advierte,  
pues al nacer (¡caso fuerte!)  
vio juntos cuna, ataúd,  
enfermedad y salud,  
gusto, vida, pena y muerte.

Si llega a verse dichoso  
por amores, lo entendido  
toca espantos al oído  
con acento cuidadoso.

Acuérdale lo horroroso  
de la ofensa con espanto.  
Hombre, ¿es éste amor o encanto?  
¿Cuando al descanso llegaste?  
Si es dicha, ¿cómo lloraste?  
Y si es gozo, ¿cómo es llanto?

Llega el dolor de costado,  
llega el sincopal ardor  
(inremediable dolor).  
¡Oh triste y cándido hado!  
Si escapa, queda lisiado  
para el feudo del morir,  
la orina le hace crujir,  
los riñones dan punzadas;  
sus fuerzas, todas postradas,  
ciertas señas del partir.

El acomodar los hijos  
y las hijas remediar  
le obligan a suspirar  
viendo los sustos prolijos;  
sus bienes, tan poco fijos,  
siente enajenar, forzoso;  
ya es en él todo enfadoso,  
y entre sustos, vacilante,  
camina cual navegante  
en el mar triste y hundoso.

La vela de tu vivir  
y el fanal ya dio al través,  
el timón rompido ves,  
las jarcias ves destruir,  
el áncora no hay sufrir,  
porque faltó lo lozano.  
Desde el mar del Oceano  
al Sur de un brinco pasaste,  
adonde apenas pisaste  
cuando no hubo pie ni mano.

Si muere el hijo querido  
y ves pálida su flor,  
da suspiros el dolor  
de tu corazón herido.  
El suspirar va al gemido,  
y el gemido se convierte  
en la congoja más fuerte,  
viendo en la fresca mañana

que de aquella flor temprana  
cogió el esquilmo la muerte.

Si a la esposa regalada  
la muerte la sobrevino,  
todo es ansias tu destino,  
toda penas tu jornada.  
Con el alma traspasada  
miras que de su candor  
ya se deshojó la flor  
y ya faltó el respirar,  
y quien solía consolar  
es causa de tu dolor.

Ya la gota le sujeta  
a que en su tronco repare,  
y por que atento le are  
le presta triste muleta.  
Ya sólo el alma le inquieta  
y, en llegando a discurrir,  
sólo pretende advertir  
en todas conversaciones  
documentos y liciones,  
de cómo se ha de morir.

Ya mira su lobreguez  
vacilante su edificio;  
ya mira su fin propicio;  
ya sus canas y vejez;  
ya ofrece a la muerte vez  
contemplando su figura;  
ya solamente procura  
(como postrado se vio)  
mirar para qué nació  
y prevenir sepultura.

Maravilla que al nacer  
entre pañales hallaste  
tu sepulcro, y le pisaste  
cerca del anochecer:  
di lo que pretendes ver  
en caduca vida incierta.  
¡Ea, del sueño despierta!  
Mira bien que has de morir,  
y, por si te quieres ir,  
ya te cerraron la puerta.

Por cualquier parte que vas  
topas de tu fin señales;

si hay riqueza, toda es males;  
si hay pobreza, llorarás;  
hacienda desearás  
que en tu fin será amargura.  
¡Escucha, triste criatura!  
que todo cuanto tuvieres  
será afán, si no adquirieres  
para el fin el alma pura.

¡Oh tú, que el mundo has pisado  
divertido en la belleza!  
¡Oh tú, aquel que a la grandeza  
guiabas precipitado!  
¡Oh tú, que de ti olvidado  
nunca en morir reparabas!  
¿Para cuando lo dejabas?  
Si te creíste inmortal,  
será gran desdicha y mal  
si como vives acabas.

Vuelve la vista a tu fin,  
planta caduca y mortal.  
Huye cadenas del mal,  
presta el oído al clarín  
a quien hiere el Serafín  
en aquel fatal instante,  
adonde verás delante  
a Dios, que cuenta te pide.  
¡Ea! Tus acciones mide  
y detén tu paso errante.

Huye de profanidad,  
huye de lo que te acaba,  
huye de aquel que se alaba  
siendo todo vanidad.  
Busca sólo la humildad,  
busca el arrepentimiento,  
busca el pan del sacramento  
que ofrece vida a la vida;  
porque otra vida es perdida  
y otro ser todo tormento.

Procura un buen abogado  
para aquel pleito final;  
que suele ser criminal  
y puedes ser sentenciado.  
Y si quedas castigado,  
¡ay desdichado de ti!

¿Qué descargo darás? Di,  
miserable peregrino;  
que, perdiendo el buen camino,  
entre barrancos te vi.

Vive como el que murió  
y muere como has vivido;  
que el muerto juzgado ha sido  
del caudal que destruyó.  
Arrepentido quedó,  
deseando nueva vida  
para hallarse a otra partida  
sin el menor tropezón,  
porque vio la sinrazón  
desdichada y abatida.

Un pobre, que a un azadón  
libra su común sustento,  
canta, para su escarmiento,  
entre pena y confusión,  
viendo que es todo ilusión  
cuanto se vive y se anhela,  
y que la juventud vuela  
al morir desde el nacer.  
Y así se retrata al ver  
en sus manos la candela.

Apenas acabó, con harto pesar de los que le habíamos escuchado, cuando, volviendo mis ojos a los compañeros, no los hallé, y dando voces llamando a la Verdad y al Desengaño, sin duda fueron tantas que, con el ansia que tenía, disparté y me hallé en mi cama. «¡Feliz sueño!», dije corriendo las cortinas a mis ojos, y, santiguando mi rostro, prometí a Dios de escribir lo que me había pasado, suplicándole no permita que aquel que profesó en su santo bautismo muera condenado, sino que a todos nos dé la vida eterna. Amén.

## LAUS DEO

